

EMILY WINDSOR



CAUTIVADA
POR EL
VIZCONDE

CAUTIVADA POR EL VIZCONDE

EMILY WINDSOR

Traducido por
ANGI BALDRICH

Título original: Captivated by the Viscount

Copyright © 2016 by E. Windsor

1ª edición en inglés: mayo 2016

1ª edición en castellano: mayo 2020

Copyright © de la traducción: Angi Baldrich

Copyright © de esta edición: E. Windsor

Todos los derechos reservados.

Este es un texto de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor. Todos los personajes son ficticios y cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Este libro no puede ser reproducido ni total, ni parcialmente, ni utilizado de ninguna forma sin el expreso permiso de la autora, excepto para el uso de citas breves en reseñas del libro.

Este volumen ha sido escrito originalmente en inglés británico y traducido al castellano.

ÍNDICE

1. Capítulo uno
 2. Capítulo dos
 3. Capítulo tres
 4. Capítulo cuatro
 5. Capítulo cinco
 6. Capítulo seis
 7. Capítulo siete
 8. Capítulo ocho
 9. Capítulo nueve
 10. Capítulo diez
 11. Capítulo once
- Agradecimientos
Biografía

CAPÍTULO UNO

*«Una vez alguien intentó secuestrar a mi perrito Blinky.
Lo golpeé allí donde no puedo nombrar.
Nunca falla, mi niña».*
Tía Augusta

EN UNA MANSIÓN SOLARIEGA EN INGLATERRA, 1813.

Lucy recuperó la conciencia con un sollozo y trató de abrir los ojos. Los pesados párpados no se levantaron, sometidos por la palpitante cabeza. No percibió luz en la alcoba y trató de alzar las manos para frotar el dolor. Pero estas no se movieron.

Una punzada le apuñaló las muñecas. Entonces se dio cuenta de que las tenía atadas a la espalda, no con demasiada fuerza, sino de tal manera que no podía girarlas. Esa rígida posición había conseguido que se le entumecieran los dedos. Se lamió los labios reseco y luchó de nuevo por abrir los ojos. El pánico, que le surgió desde dentro, la ayudó a elevar los perezosos párpados.

Bastó una oscura y suave penumbra, filtrada por una ventana, para que Lucy pudiera discernir que se hallaba en un gran dormitorio; un fuego brillaba suavemente en una esquina. Era a mediados de mayo, pero había vuelto a ser un amargo invierno y el frío aún persistía en primavera. Las llamas ayudaban a calentar aquel lugar de aspecto bastante decrepito, aunque no conseguían reducir la humedad de la atmósfera. Las desnudas paredes, llenas de manchas, hacían que la habitación fuese opresiva. Unos grandes muebles oscuros se alineaban en los laterales.

Parecía estar acostada en una recargada cama con dosel, que, a pesar de la impresión general de abandono y humedad, vestía unas sábanas de lino que olían frescas y lucían secas. Viendo que no había ninguna amenaza inmediata, Lucy intentó sentarse; dando a las pobres manos un poco de la libertad, que tanto necesitaban. Cerró los ojos nuevamente para evocar lo que podía recordar.

Lluvia. Había estado lloviendo. Dejó a la modista y el lacayo se apresuró, más que ella, hacia el carruaje para que no se mojasen los paquetes. Colette de Montmarron, la dueña francesa, comentó algo respecto a cómo, en ocasiones, sus grandes creaciones se empapaban.

Decidió no esperar a que el sirviente volviera con el paraguas y salió corriendo de la tienda, cuando, de repente, unos brazos la agarraron por un costado. En el momento en el que se encontraba a punto de gritar, una palma grande y carnosa le cubrió la boca y se sintió lanzada al

interior de otro coche.

Tan pronto como se sentó en el sólido asiento trató de huir por la puerta opuesta, pero una mano robusta la sujetó con fuerza por el hombro arrojándola lejos de su objetivo. Golpeó con la cabeza el panel lateral del carruaje. Sintió un gran dolor y malestar, y, por un momento, el mundo quedó en blanco antes de caer envuelta en la oscuridad.

Se batió en contra de esa sensación, y abrió la boca para chillar, mientras golpeaba el aire y rasgaba con las uñas afiladas todo aquello que encontraba. Escuchó un débil gruñido como única respuesta, antes de ser empujada hacia atrás en el asiento, y, una vez más, se golpeó la parte trasera de la cabeza.

Le colocaron una tela áspera y maloliente sobre los labios para detenerle los alaridos, y el cuerpo de la muchacha finalmente cedió en aquel combate contra las tinieblas. No recordaba más...

Lucy no estaba completamente segura de qué debía hacer entonces, considerando que nunca antes había sido secuestrada. Los pensamientos le daban vueltas y la mente le vagaba a la deriva.

Se sugirió a sí misma la idea irracional de que quizás soñaba. Especialmente, porque acababa de leer una novela espeluznante de Mrs Whittaker, en la cual una deslucida heroína se veía involucrada en un secuestro pirata. Esa heroína, sin embargo, recuperó la conciencia en un barco decadente rumbo a Jamaica y no en un cuarto, viejo y desnudo, que olía a moho y hollín húmedo.

Además, tampoco había señales de un héroe de tez y pelo moreno. Incluso uno pálido y rubio hubiese sido suficiente. Se imaginó al vizconde de Danbury, el caballero que la estuvo cortejando el mes anterior, ya que con certeza sería un apuesto adalid. Aunque, para ser sinceros, con el cabello negro como el carbón y los ojos tan profundos como la misma oscuridad, correspondía mejor en el papel de pirata. Era fácil imaginárselo con el machete en alto, la camisa abierta por el cuello, la garganta desnuda y...

El relincho de un caballo sobresaltó a Lucy y le hizo abrir los ojos de par en par.

No era un sueño, se dio cuenta, y eso no era una novela.

Las paredes de la pieza se encogieron. ¿Quién la había secuestrado y por qué? ¿Querrían hacerle daño? El terror se apoderó de ella y la respiración se le tornó superficial. ¿Querrían asesinarla?

–Tranquilízate, Lucy –susurró, tratando de calmar la rápida respiración. Pero la visión se le expandió de manera incontrolada, causándole el efecto contrario en el aliento. El pecho la oprimía. Necesitaba pensar en otra cosa para serenar la mente. «Piensa en... piensa otra vez en el pirata Danbury», se ordenó a sí misma.

Lord Danbury... Dejó escapar un largo y lento suspiro. Lord Danbury –o Jasper, como a ella le gustaba llamarle en privado, solo para ella– probablemente se estaba preparando para asistir al baile de etiqueta de Thornwood. Indudablemente, allí hallaría a muchas jóvenes guapas para acompañarlo y flirtear con él.

No, ella negó abruptamente. Era injusto etiquetarlo como un casanova ya que él había estado muy atento en los últimos meses. La respiración comenzó a equilibrarse y obligó a sus pensamientos a continuar fluyendo, por más triviales que fuesen.

Jasper había sido tan amable, de hecho, que ella a veces no podía creer en la suerte que tenía. Esa percepción le provocaba una timidez no deseada ante la presencia del vizconde. Después de todo era simplemente la hija de un baronet, un título que poseía ahora su hermano. Además, Lucy solo se creía hermosa de forma aceptable.

Ella, ciertamente, no era una gran belleza; pero sí tenía unos enormes ojos azules. Sus otras características las consideraba normales, incluso aburridas. En el estado de ánimo más optimista

describiría el tono de su melena como castaño claro en vez de pardo, un color más preciso. No era toda de una misma tonalidad, más bien una mezcla de rubio y marrón que se aclaraba u oscurecía en función de la estación. Ni rolliza ni delgada, tenía, eso sí, un pecho bastante abundante para la moda corriente; la mirada de Jasper siempre parecía detenerse allí placenteramente, causando en ella un escalofrío que le recorría hacia abajo la espina dorsal. Quizás, la tendencia del momento no afectaba las inclinaciones personales de ese hombre.

Mientras se retorció, para sentarse aún mejor en la cama, Lucy se dio cuenta de que la distracción la estaba ayudando. La nerviosa respiración había disminuido y los latidos del corazón eran más o menos normales, es decir, normales para una persona recién secuestrada.

Pronto vería a Jasper de nuevo.

En ese momento solo la ira la invadía. En realidad, ella no era una pusilánime como para acobardarse en una esquina ante sus captores.

Debía haber una salida.

A juzgar por la triste luz de la tarde, pensó que deberían ser alrededor de las siete. Feliz de no tener las piernas atadas, se deslizó hacia un lado de la cama y dejó caer los pies al suelo.

Se dio cuenta de que el secuestrador le había quitado los botines, qué extraño. Lucy odiaba el calzado. No importaba cuánto tiempo tardase el zapatero en confeccionarlo, siempre se sentía incómoda. Para ella, caminar con medias, o, mejor aún, con los pies descalzos, era un placer incuestionable. Los botines, los podía ver, se hallaban en el otro extremo de la cámara cuidadosamente colocados debajo de un diván descolorido.

–Mmm, un secuestrador al que no le gusta el calzado sobre las sábanas limpias. Entonces no es, ni un ser descuidado, ni un villano cualquiera –murmuró, levantándose de la cama.

Deambular alrededor del aposento resultó ser una pérdida de tiempo: tan solo le produjo algún estornudo, provocado por el polvo, y el conocimiento de que al dueño de todo aquello le gustaba leer sobre extrañas razas de cerdo. Descubrió un espejo mugriento, aunque, con las manos sujetas, no podía hacer nada con los cabellos; que, en ese momento, soltados de las horquillas, le caían en cascada por la espalda en un torrente de bucles bastante lacios. Una mancha oscura le cubría la frente y el vestido de paseo, color limón, se encontraba arrugado y sucio.

–Realmente no deberías preocuparte por tu apariencia –le reprendió su reflejo–. El peinado es ahora el menor de tus problemas.

De repente, unas voces masculinas sonaron desde fuera, cada vez más cerca. Si esa alcoba era el destino previsto de quienesquiera que fuesen, posiblemente podría enterarse de lo que estaba sucediendo si ellos la creían dormida; por lo que corrió hacia la cama y se lanzó sobre ella. El colchón se hundió bajo la apresurada llegada y levantó una nube de polvo.

El pelo le cubrió el rostro y lo único que pudo hacer fue escupir aquellos que se le introdujeron en la boca, mantener inmóviles los miembros y esperar.

La llave giró y la puerta se abrió con un crujido.

Lucy sintió como si los latidos acelerados de su corazón hiciesen eco en toda la habitación. Se materializaron la luz tras sus párpados, así como unos pasos viniendo hacia ella.

Trató de mantener la respiración profunda y lenta, aunque el mundo se le evaporaba sabiendo que unos extraños la observaban desde arriba.

Una mano le apartó suavemente el cabello hacia atrás. Casi se estremeció. Habría esperado un fuerte pellizco, o una bofetada para despertarla, pero los dedos eran afectuosos mientras le acariciaban parte de la cara, retirándole más mechones de las mejillas ardientes. La mano siguió el flujo de los cabellos, cuello abajo, hacia el hombro, y los dedos se deslizaron perezosamente sobre los tirabuzones, suaves y enredados, antes de posarse en el pecho. Lucy, desesperadamente,

mantuvo el aliento.

No es que ya no tuviese miedo. Sencillamente sintió una expectación, casi placentera, sobre a dónde irían a parar aquellos delicados dedos merodeadores.

Escuchó la fuerte exhalación de otro individuo y percibió la retirada brusca de las manos.

–¿Era necesario golpearla? –preguntó una voz profunda y fuerte–. Está sonrojada y respira con rapidez.

–¡Uf! Era igual que un gato en el infierno, casi me araña los ojos. Y no es que yo la golpeará exactamente, solo le di un empujón y quedó sin conciencia. Déjala hasta mañana, estará bien – contestó el otro varón, mostrando bastante indiferencia hacia Lucy.

–¡Por el amor de Dios! ¿Y qué pasaría si ella enfermase mientras está inconsciente? ¡Maldita sea, aquí tampoco hay agua!

–¿Para qué? –respondió–. Las manos de la niña están atadas.

Siguió un comentario muy grosero, algo que ella había escuchado en palabras de su hermano cuando estaba de mal humor... o con unas copas de más.

Suavemente se sintió girada hacia un lado y se esforzó por mantener el cuerpo flácido. Pero no pudo detener un leve quejido de dolor, que se le escapó, mientras le liberaba las manos rígidas.

Otra maldición salió de la boca del hombre mientras la colocaba en una posición más cómoda. Debía estar preparada para patearlo y huir. Aunque entonces tendría que lidiar también con el otro majadero, que había demostrado menor interés por su bienestar.

Lucy tampoco podría contener demasiado tiempo esa apariencia agradable, ni la falsa inconsciencia, mientras ese personaje la atendía. Este le frotaba las manos heladas. Persistía en la zona dolorida, allí donde la cuerda le había rodeado las muñecas. Después le asentó dulcemente las manos sobre la cama.

–Bill, ve a por un poco de agua –ordenó la voz profunda.

El patán llamado Bill gruñó, y luego escuchó unos pasos que se alejaban.

Era la oportunidad de escapar. Repentinamente sintió cómo el otro hombre se inclinaba y le posaba una cálida y callosa mano en el cuello.

¡Oh, Dios! Él solo pretendía ser amable y, ahora que el despreocupado Bill se había ido, la iba a estrangular.

Pero no. La mano se movió buscándole el pulso en la garganta, presionando suavemente con los dedos. El corazón se le aceleró y los ojos le parpadearon imperceptiblemente. Seguramente él ya debía saber que ella estaba despierta, sin embargo, los dedos siguieron vagando.

Se movieron hacia arriba, pasando por la oreja, la mejilla y deteniéndose al final sobre la frente, donde el hombre oprimió la palma buscando cualquier signo de fiebre. Finalmente, ella lo sintió escorarse aún más cerca; la camisa de lino crujió y otra vez aquella sensación horrible, aunque innegablemente placentera, la envolvió.

Podía oír la ruda respiración, y notar el cálido aliento y el perfume de sándalo impregnándole los sentidos. La familiaridad se apoderó de Lucy. Ese perfume. Ella conocía ese perfume. Incluso la voz le parecía ahora familiar. Sintió que la persona se le acercaba más y el cuerpo se le tensó involuntariamente.

«No abras los ojos, Lucy, no abras los ojos», se repitió para sí misma.

–Aquí está el agua.

La voz llegó fuerte y repentina, rompiendo la tensión, y se dio cuenta de que ninguno de los dos había escuchado los pasos bruscos del sujeto que retornaba. La agradable mano se apartó de la frente y ella sintió como él retrocedía.

Al sonido de un vaso colocado junto a la cama lo siguió el del cobertor, que la cubrió hasta la

barbilla, y luego las pisadas se alejaron. La puerta chirrió y, en el último momento, se atrevió a alzar los párpados un poco.

Un individuo se detuvo bajo el marco de la puerta sosteniendo un candelabro, y, aunque su visión era todavía algo borrosa, pudo distinguir con facilidad unos rasgos fuertes: era alto, de pelo corto, moreno y de pómulos elevados. Unos labios finos y una singular mandíbula le hacían el perfil duro a la luz de las velas, pero no tenía ninguna duda: era Jasper Carnforth, vizconde de Danbury.

CAPÍTULO DOS

*«Cuando los perros hacen un desastre, siempre hay alguien que debe limpiarlo...
Normalmente es el lacayo. Entiendes el concepto, ¿lo entiendes?».*
Tía Augusta

«¡Cristo, qué absoluto desastre!», consideró Jasper para sí mismo recostado en su sillón de cuero rojo favorito. ¿Por qué alguna vez pensó que aquello sería una buena idea?

La miniatura de un varón joven, le sonrió desde el escritorio del estudio con un brillo malicioso en los ojos. No se habría sorprendido si la imagen le hubiera guiñado uno, ya que a su hermano menor siempre le habían entusiasmado las mujeres y hubiese aprobado, con satisfacción, el pequeño y sabroso bulto que había escaleras arriba.

Sin embargo, esa fue la perdición de Simon: era fácilmente tentado, fácilmente engatusado y, por último, fácilmente convencido.

«Recuerda por qué estás haciendo esto», se reprendió Jasper. La niña, como dijo Bill, estaría bien. Ella solo permanecería allí por poco tiempo y luego podría dejarla ir. Su cuerpo resultaría ileso, pero en cuanto a su reputación... No, él no pensaría en eso. Después de todo, en realidad, le estaba haciendo un favor.

Sirviéndose un abundante whisky, se reclinó para disfrutar el sabor ilegal a turba. El ardiente rastro de licor bajó quemándole la garganta y serenándole el estado de ánimo, no obstante, cuando se encorvó, sintió una punzada en la pierna y sus pensamientos se volvieron nuevamente sombríos.

La guerra en España contra las tropas de Napoleón había logrado transformarse en la peor de las pesadillas. Él había recibido una bala en el muslo derecho durante el asedio a Ciudad Rodrigo y, tras recuperarse, renunció a su mandato.

Las razones por las cuales abandonó fueron dos: la pierna aún le dolía –si bien era cierto que no tenía ninguna cojera discernible– y aquello se había convertido en una desventaja para él en las batallas. Además, aunque creía en los ideales de la guerra, el expolio y el saqueo que tuvieron lugar tras el ataque lo horrorizaron.

Y, entonces, él regresó a casa, a la más desgarradora de las revelaciones. El hermano menor había muerto hacía casi un año y el padre yacía prácticamente sin vida por una apoplejía. Era un fantasma de su propio ser.

Al parecer, se le había enviado una misiva con la terrible noticia del fallecimiento del hermano, pero Jasper jamás la recibió. Lo más probable es que la carta reposara en el fondo de alguna trinchera española. Las últimas palabras de su progenitor destinadas a él, pudriéndose muy

lejos...

El padre nunca recuperó la conciencia; jamás pudo ver al hijo mayor retornar de la guerra, ni escuchar la sincera petición de perdón de Jasper. Debería haberse quedado en casa.

Por diversas fuentes, supo que el hermano murió en un fumadero de opio, en los muelles. Incluso entonces no podía imaginar a Simon en uno de esos locales. Relativamente escasos en número, y visitados principalmente por marineros, no eran sitios donde verdaderamente tropezases con alguien por accidente.

Para Jasper representaban el refugio de los desesperados y necesitados, quienes buscaban el olvido y el escape de su existencia. Sin embargo, Simon fue el extremo opuesto: la vida lo deleitó a cada paso en una aventura en apariencia interminable.

Con el tiempo, había desenmascarado la identidad del hombre que llevó a su hermano al fumadero de opio y dejado allí aquella noche fatídica.

Sir Richard Lazenby.

Estaba seguro de que Lazenby no tuvo que arrastrar a Simon, ya que este poseía la curiosidad de un gato, pero las historias que había escuchado sobre ese individuo eran invariablemente embaucadoras. La utilización por parte de Lazenby del dinero y el nombre de Danbury, sumado al burdo abandono de Simon cuando hubo perdido el conocimiento en aquel lugar infernal, enfurecieron a Jasper.

Se echó hacia adelante distraído por el remolino del licor ambarino en el vaso, que, intensificado por el color de la llama de la bujía, le recordó a la deliciosa Lucy que permanecía arriba. Con anterioridad, solo le había visto el cabello confinado, torturado entre tirabuzones y moños. Pero esa noche se encontraba gloriosamente libre, en un denso torbellino de olas que se desmoronaban, y, aunque la oscuridad reinaba en la habitación, la vela había teñido los mechones con mil sombras diferentes.

Demasiado whisky, reflexionó Jasper, lo estaba volviendo un romántico. El único hecho que debía recordar era que Lucy era la hermana de Richard Lazenby.

Tres meses antes, él, sinceramente, no tenía ni idea de lo que deseaba hacer.

Congraciarse con el círculo de Lazenby –para satisfacer su necesidad de saber más– no había sido difícil: el vizconde siempre era bienvenido, y, además, fingió que no tenía conocimiento de la amistad entre su hermano menor y Richard.

Pensó que, tal vez, descubriría simplemente en él a un ser desdichado, a un bebedor o a un presumido ignorante, demasiado libertino con la vida y el dinero.

En cambio, halló a una persona inteligente que manipulaba su entorno con clarividencia y astucia. El dinero constantemente parecía fluir por su camino, a veces, gracias a los naipes o a las apuestas. Sabía manejar a los nobles títulos de la alta sociedad para abrir puertas exclusivas, y perseguía, utilizaba y rechazaba a las mujeres.

Cuando Jasper rogó al padre que le permitiese luchar contra Bonaparte, a pesar de ser el primogénito, le manifestó que sentía una inmensa necesidad de defender a los inocentes. Con mirada retrospectiva, era la familia, en su hogar, la que necesitaba protegerse de la infiltración del vicio en manos de Richard Lazenby.

Ahora, quería venganza.

Al comienzo de la temporada londinense había conocido a Eloise Hamilton, una viuda que había sido una de las damas repudiadas por Lazenby. Ella también quería resarcirse del sujeto responsable de humillarla; aunque él encontraba aquellos fundamentos bastante triviales. La mujer conocía bien al individuo, al igual que sus hábitos.

Jasper no tenía una estrategia clara, salvo observar, asimilar y aguardar. Eloise, por otro lado,

sabía que Lazenby esperaba hallar un joven rico como marido para su hermana Lucy, y, juntos, él y Eloise, trazaron un plan.

No obstante, como aprendió en el ejército, incluso los planes mejor diseñados podían salir mal. Y este así había sido.

La idea parecía sencilla. Él iba a cortejar y persuadir a Lucy para que huyera a Gretna Green con él —ella se mostraba lo suficientemente maleable—, pero luego la abandonaría antes de la boda. Tres o cuatro días a solas con él, en un carruaje, serían una impropiedad. ¡Demonios! Una sola hora ya sería más que suficiente, aunque a él le gustaba ser meticuloso.

Su reputación estaría arruinada.

Un Lazenby afrentado, se quedaría con una hermana no casadera y sin la dote que esperaba. El título de Danbury podría verse empañado, si bien a él realmente le importaba un comino. El plan no era honorable y tenía absolutamente claro que no era moral, pero Jasper sabía que, en ocasiones, había que combatir el fuego con fuego.

El único principio que no permitiría sería corromper la inocencia de Lucy. Su vida entre la alta sociedad podría haber terminado, pero ella permanecería intacta.

Sin embargo, el astuto Lazenby los había superado a todos.

A pesar de las atenciones que Jasper prodigó hacia Lucy, el muy zorro, había negociado un acuerdo para otorgar la mano de su hermana al —abandonado de la mano de Dios— duque de Kettridge; dejando a Jasper sin otra alternativa que enmendar precipitadamente el plan y abordar la cuestión por sí mismo.

Todavía no llegaba a ser honroso, pero sentía entonces cierta justificación: él también estaba salvando a la muchacha del hermano conspirador y del duque lascivo.

Solo quedaba por resolver el pequeño problema de Lucy.

Jasper tomó otro sorbo de whisky antes de dejar que la mente recapitase sobre eso.

Cuando había comenzado a cortejarla esperaba descubrir a una arpía manipuladora, ya que, después de todo, era la hermana de Lazenby. Pero ella fue totalmente lo contrario. Era dulce, muy dulce. Con una inocencia, en apariencia inmaculada, frente a las maquinaciones del hermano. Era levemente tímida —consideró recordando aquellos ojos abatidos— aunque, de igual manera, encontró la conversación de la dama cargada de humor e inteligencia.

Y sus labios... se curvaban en una sonrisa sincera, la cual le hacía sentir... Ella le iluminaba el corazón. ¡Maldición! No se había sentido así desde hacía demasiado tiempo.

Durante el cortejo habían debatido sobre libros, teatro e incluso la guerra, hallando siempre un nexo común entre ellos.

Era una joven bonita, con un rostro tranquilo enmarcado por un cabello del color de la miel. Destacaban unos grandes ojos azules, y apostaba a que nadie sería capaz de negar el atractivo de estos. A menudo olía a jazmín, una fragancia bastante exótica para una debutante. Él deseaba hundir la nariz con desesperación en aquel cuello, inhalar esa dulce esencia.

Tenía una figura endemoniadamente perfecta. Las líneas femeninas que establecían la moda del momento no le excitaban en absoluto, pero Lucy... Lucy tenía una cintura delgada, unas caderas anchas y unos senos prominentes. Jasper se repitió a sí mismo la promesa de no tocarla. Pero no pudo evitar evocar la agradable imagen que había visto en el dormitorio: ella aún tendida, quieta y dócil sobre la colcha, como un sacrificio núbil.

Habría deseado abalanzarse sobre aquella ofrenda, como un león contra una gacela, para devorarla, saborearla...

Sin embargo, simplemente le había acariciado el cuello y la frente. Aunque estuvo muy tentado... Tan tentado que ni siquiera escuchó a Bill llegar con la miserable agua.

Dios, cómo deseaba que no fuese la hermana de Lazenby. No obstante, también anhelaba haber regresado a casa para encontrar la sonrisa de su hermano y la tosquedad de su padre.

Alguien debía destruir la vida de Richard y, desafortunadamente, Lucy sería el dispositivo con el que él lo haría. Tenía que recordarse a sí mismo, una y otra vez, que ella no era más que un peón cautivo en ese juego de ajedrez.

Un peón atractivo; pero un peón, al fin y al cabo.

El whisky finalmente causó efecto y Jasper cerró los ojos. Los últimos pensamientos fueron para Lucy: la imaginaba atada a una roca, como una sacrificada Andrómeda, y se preguntó si él debía ser el monstruo marino o Perseo...



¿Por qué diablos iba a secuestrarla lord Danbury?

Lucy había disfrutado de su compañía esa temporada y él le mostró siempre una conducta atenta y amable. ¿Era todo un pretexto? ¿Estaba utilizándola? ¿Para qué? No tenía la suficiente dote como para que alguien pudiera raptarla para pedir un rescate, e, indudablemente, era demasiado simple para ser secuestrada por razones más viles.

Aun así, al menos, él había sido más solícito con sus necesidades que el otro malandrín. La amabilidad del vizconde se hallaba a su favor, ya que, no solo le desató las manos, sino que también había dejado la puerta abierta suponiendo que todavía se encontraba desvanecida. Bueno, no iba a quedarse allí esperando el destino que tenían previsto para ella. Esa noche escaparía de la casa, del dueño y buscaría ayuda.

Lucy esperó, hasta que los pasillos guardaron silencio, y avanzó, sigilosa, a través de la alcoba.

La endiablada puerta chirrió de nuevo al abrirse, lo cual no era de extrañar teniendo en cuenta el estado de abandono general de aquel lugar. Se deslizó por el pasillo, agradecida de que alguien hubiera dejado una vela encendida en el candelabro de la mesilla.

Retratos de parientes polvorientos cercaban los muros. Todos los ojos desaprobaban su vuelo hacia la libertad. Estaba segura de que si ellos pudieran hablar alertarían de la fuga, pero, afortunadamente, los labios permanecerían perpetuamente sellados en los lienzos.

Al final del pasillo descubrió las escaleras. En la pared, aproximadamente a mitad de camino, había un retrato de un varón joven y guapo. En vez de una mirada de reprobación, tenía una sonrisa pícaro y un destello en los ojos. Parecía disfrutar con los sucesos de la noche.

—¡A mí no me parece divertido! —bisbiseó Lucy al cuadro—. Lo mínimo que podría hacer ahora es explicarme si alguno de esos escalones cruje.

El retrato no se dignó a contestar, aunque siguió pareciendo divertido, así que ella sucumbió desarmada ante aquella sonrisa y comenzó a bajar por la oscura escalinata.

Todo iba bastante bien hasta el penúltimo peldaño. La tabla emitió un fuerte gemido de sufrimiento, como si ese peso le causara la ruina. Ella permaneció inmóvil un instante y, sosegadamente, se apartó hacia un lado. Esperó oculta entre las sombras, suplicando a Dios que nadie la hubiese escuchado.

Jasper despertó del sueño con la cabeza llena de pensamientos confusos. Abrió un ojo y se dio cuenta de dónde estaba. En el estudio, en Danbury Manor, cálido y ligeramente aturdido.

En general, era un buen lugar donde estar.

Pero luego recordó todo lo demás e, instantáneamente, sus sentidos se pusieron en alerta.

¿Qué había sido ese ruido? Aún quedaban algunos sirvientes en la casa, los esenciales, y por supuesto Bill. Jasper había solicitado al mayordomo que colocara una bandeja con la cena en el despacho y que despidiera a los demás sirvientes, ya que esa noche no tendría más necesidad de personal. Cenaron temprano, a la habitual hora del campo, y después Bill se dirigió a la posada local.

Todo el mundo debería haber seguido sus diferentes caminos.

Excepto... eso era, quizás una persona. De repente no pudo recordar si había cerrado la puerta de Lucy, si bien, seguramente, no se habría despertado tan pronto. Al mirar el reloj, en la repisa de la chimenea, vio que solo habían pasado unas pocas horas desde la última vez que estuvo en su habitación y parecía profundamente dormida.

Levantándose de la cómoda silla, estiró la pierna rígida, abrió la puerta del estudio y miró hacia la penumbra. Un solitario candelabro iluminaba el salón principal, sin embargo, las sombras se aferraban a cada rincón y a cada grieta, haciendo improbable ver algo con claridad. ¿O era culpa del exceso de whisky? Debería tomar brandy, ya que no le dejaba malestar alguno; pero no podía evitar sentirse antipatriótico al alimentar los cofres franceses, bebiendo esos brebajes.

Al regresar al despacho un destello en la escalinata le llamó la atención.

—¿Quién está ahí?

Lucy despotricó por lo bajo. Se le habían desmontado las faldas y estaba intentado devolverlas a la posición correcta con recato, aunque no con el suficiente... Tal vez el hombre tenía un gato y pensaba que se estaba escabullendo, por lo que se mantuvo quieta.

El vizconde avanzó hacia la luz de la vela y entonces los rasgos de Jasper se revelaron con el cálido resplandor.

—Lucy, sal de las escaleras —dijo con suavidad.

¡Rayos y centellas! Obviamente no había animal entonces. Y él tampoco se iría, así que Lucy salió de las sombras. ¿Era eso un ademán de alivio en el rostro de aquel sujeto, tan irritante y atractivo?

—¿Ya te sientes mejor? Estoy contento por ello. Espero que no te duela demasiado la cabeza. Supongo que tendrás algunas preguntas que hacerme.

—No debería tomarse tantas confianzas, lord Danbury. *Su Ilustrísima* debería llamarme miss Lazenby —replicó ella.

—No parece, pues, muy sorprendida de verme, Lucy... —La respuesta fue en un tono suave.

Ella se mordió el labio. No estaba dispuesta a justificar cómo había permanecido despierta cuando ellos entraron con anterioridad en la habitación.

—Le vi salir del cuarto, eso es todo. Y, naturalmente, estoy muy conmocionada. Aunque siendo usted amigo de mi hermano, cualquier acto de libertinaje por su parte no me sorprendería en absoluto. ¿Es esto acaso una especie de apuesta inmadura?

—Libertinaje... —susurró Jasper con la voz grave y ronca—. ¿De dónde sacó esa idea?

La forma en la que él entonó esas palabras le causó un estremecimiento. Lucy se sintió claramente incómoda, pero determinó que el ataque era la mejor defensa.

—Un energúmeno me dejó inconsciente, con métodos mezquinos, y desperté aquí, lord Danbury. ¿Podría quizás aclararme esta situación?

Jasper frunció el ceño ante la referencia al secuestro. «¡Ajá! Entonces él sentía remordimientos», pensó Lucy, alargando la mano para frotarse el bulto del cogote.

—Eso fue lamentable y tan solo puedo suplicarle perdón —se disculpó él—. Me contaron que

peleó usted admirablemente. A lo mejor deberíamos haberla enviado a combatir a las tropas de Napoleón. –Sonrió con los ojos entornados.

–No me suelte una perorata, lord Danbury –«¡Por los clavos de Cristo! ¿Cómo puede estar tan guapo arrojando semejante excusa?». Sin embargo, observaciones como esas quedaban fuera de lugar si consideraba el día que había tenido–. Tengo hambre, estoy cansada y deseo irme a casa. *Ya.*

En ese instante, Jasper arrugó la frente una vez más, mientras Lucy rechazaba la bonita disculpa. Siempre la había considerado una chica dulce y tímida, no obstante, ella estaba delatando un nuevo aspecto de su personalidad que él desconocía.

Lamentablemente, le gustó. Le gustó mucho.

–Por desgracia eso no es posible, pero puedo ofrecerle algo de comida en el estudio. Luego podrá descansar –respondió, tratando de reprimir una sonrisa.

Se volvió antes de que Lucy pudiese replicar más, por lo que ella se vio obligada a seguirle.

Esa pieza era la más bonita que había visto en la casa, aunque, a decir verdad, solo había visto un frío dormitorio y un salón vacío. El fuego rugió en la chimenea cuando Jasper añadió más leña. La sala se hallaba acogedoramente decorada con libros, cuadros de parientes –allí tenían semblantes de mayor aprobación– y cortinas de un profundo color burdeos que, supuso, debían conducir a las puertas exteriores.

Había también una bandeja de embutidos, quesos y un tazón de fresas con un aspecto delicioso.

Lucy logró abstenerse de arrebatarse un poco de pan. En cambio, se sentó recatadamente en un pequeño diván junto a la mesa de la comida.

–Por favor, sírvase, Lucy. Yo tomé algo antes.

–Sí, sí, *ya veo...* –replicó, mirando la licorera medio vacía sobre la mesa.

La tía Augusta había sido partidaria de una copita de whisky, ya que la rama materna de su madre provenía de Escocia, aunque era poco común que un lord inglés lo bebiera.

Se le pasó brevemente por la cabeza que la comida podría estar contaminada con un narcótico. Pero estaba demasiado hambrienta como para preocuparse, así que se sirvió un poco de todo. Jasper se recostó en una silla de piel acolchada para terminar el whisky. Luego medio cerró los ojos. Aunque parecía relajado, ella dudó que estuviese dormitando. Casi podía sentir el estado de alerta en el que él se encontraba.

En algún momento de la noche, el vizconde se había despedido de la decencia y se había quitado el abrigo y el chaleco. Eso era muy indecoroso. Del mismo modo, se repantingaba perezosamente con la corbata aflojada mostrando el bronceado de la garganta, similar al de la cara.

La mayoría de los caballeros del entorno de Lucy eran blancos como un lirio: el sol era un anatema en la existencia de la alta sociedad, especialmente durante la temporada. Danbury, sin embargo, había estado en el continente a causa de la guerra y parecía haber adquirido un permanente tono tostado en la piel. Ella se preguntó si tendría esa misma tonalidad por todas partes y luego se ruborizó, justo cuando él elevó las oscuras pestañas.

¿Acaso el canalla la había estado estudiando todo ese tiempo a través de los ojos medio cerrados, exactamente tal y como ella había hecho anteriormente con él...? Lucy bajó la vista y mordió más queso, tratando de no mirarle el cuello desnudo de nuevo.

Jasper la observó. Le gustaba la forma en que comía, con pequeños y delicados mordisquitos, como un ratón. Fugazmente, se preguntó cómo sería sentir esos dientes royéndole el cuello.

No tenía la menor idea de qué había hecho que ella se sonrojara. Aunque el solo hecho de

estar en un aposento a solas con un hombre, era suficiente para hacer que algunas debutantes se desmayaran. Por el contrario, después del intento de fuga y de sus preguntas enojadas, no creía que ese fuera el caso de Lucy. Ella no le tenía miedo en absoluto.

En ese preciso momento, él estaba cavilando qué más declararle. Había considerado encerrarla en un cuarto durante una semana sin explicación, pero ¿por qué iba a renunciar al placer de su encantadora compañía?

Debía concentrarse en el actual contratiempo que Lucy le suponía. Desde que mudó el plan original podía permitirse ser generoso con el tiempo. Después de todo, el secuestro había resultado más rápido y sencillo que un viaje a Gretna Green.

Entonces, le expondría una verdad a medias, sentenció. Por supuesto, él no le mencionaría su propia búsqueda de revancha personal, así ella lo vería como un salvador. Y le estaría inmensamente agradecida.

—¿Sabía que su hermano firmó un contrato para su compromiso? —preguntó Jasper, mientras ella comenzaba a comer fresas. Él encontró esa escena mucho más distraída.

Lucy detuvo la mitad de una fruta de camino a la boca. No, ella no lo sabía. El hermano rara vez le explicaba algo, además, nunca habían estado cerca.

Sus padres habían muerto en un accidente cuando ella solo tenía cinco años de edad. Richard tenía diez. Se dictaminó, apresuradamente, que vivirían con otros miembros de la familia, separados, y Lucy fue enviada a casa de la tía solterona Augusta, en Dorset, mientras que al hermano lo mandaron a la del tío Cosmo, en Londres.

Personalmente, Lucy sospechaba que le había tocado la mejor de las dos opciones. El tío Cosmo, ella siempre lo creyó, no era una persona demasiado agradable.

—No, no lo sabía —respondió finalmente, dándose cuenta de que Jasper todavía estaba esperando una respuesta. Antes condenada que preguntarle a ese puerco arrogante quién era ese prometido. Percibió que Jasper parecía deleitarse manteniéndola en suspenso, así que ella terminó el resto de la fresa con calmado desinterés.

—¿Quiere saber de quién se trata?

—No me cabe la menor duda de que me lo contará en su momento. —El tono fue brusco. Luego mordió otro fruto.

Jasper sonrió y se tiró de la camisa, sintiendo un calor inexplicable al verla devorar la succulenta fresa. Él nunca hubiese esperado que Lucy fuera tan terca. Previamente, en su compañía, había sido muy educada. Siempre de un modo maravilloso. Nunca dudó del humor de la muchacha, pero descubrir que ella también podía ser obstinada era una alegría.

El simple hecho el estar a solas con ella ya significaba su deshonor, al menos ahora él podría intentar salvarla de un, incluso, peor destino.

Simon la habría amado. A menudo este se burlaba de que Jasper sentía una atracción perversa hacia las mujeres impulsivas. La idea del hermano le borró la sonrisa del semblante. Recordó que aquella era la hermana de Lazenby. Podía ser encantadora, pero tenía la misma sangre que el individuo que causó la muerte de Simon y, en última instancia, también la de su padre.

—El duque de KetrIDGE —anunció Jasper.

—¿Qu... quién? —Lucy no pudo evitar balbucear. Nunca había escuchado nada sobre ese hombre.

—Él no sale mucho, y hay una razón para eso. —Hizo una pausa, como para ganar coraje—. Disculpe mi grosería, Lucy, pero es necesario. ¿Ha oído usted hablar de la viruela francesa?

Lucy enrojeció, mirando a la alfombra. Ella no *tendría* que saber un ápice sobre la sífilis... sino fuese porque una vez escuchó a escondidas a la tía y a un amigo hablando sobre el escudero

local.

–¡Hace que ciertas cosas se desprendan! –espetó ella de sopetón.

Esa no era exactamente la respuesta que Jasper esperaba y se le escapó una carcajada antes de poder reprimirla. Miss Lucy Lazenby no debía tener absoluto conocimiento del tema, por tratarse de una casta doncella. Él esperaba impresionarla con una descripción y garantizar así su obediencia.

–¿Algo más? –insistió, casi con miedo a preguntar.

–Sé... sé que es una enfermedad desagradable que, en general, es letal.

Jasper arqueó una ceja como si esperase más.

«¡Oh, demonios!», pensó Lucy, «solo dilo».

–Sé que se contrae a través de... a través de las relaciones entre un varón y una mujer – enunció de corrido–. Especialmente con prostitutas –añadió, recordando dónde supuso la tía que el escudero se había contagiado.

–¿Me atrevo a preguntar de dónde surgió semejante información?

–Yo, mmm... escucho cosas.

–¡Ah! –asintió–. Tendré que recordar entonces que es usted una espía.

Lucy sintió que el rubor se le intensificaba al recordar cómo había prestado atención arriba, mientras fingía dormir.

Jasper se aclaró la garganta.

–Bueno, no sé cuánto ha escuchado, pero también existe la repugnante creencia de que acostarse con una doncella cura la enfermedad –e, ignorando los sorprendidos resuellos de Lucy, continuó–: La han prometido con el duque para resolver esa pequeña contrariedad; y para darle un hijo, matando dos pájaros de un tiro, por así decirlo. A cambio su hermano, el día de la boda, recibirá una gran cantidad de dinero.

Eso hizo callar a Lucy. Jasper sintió una punzada de culpa por descubrirle la traición. La dominó implacablemente y apretó los puños. La perfidia continuaría al no describirle toda la verdad.

Richard necesitaba una lección y, desafortunadamente, Lucy estaba atrapada en el fuego cruzado. En todas las batallas existían víctimas inocentes.

–Lo más probable es que usted también contraiga la enfermedad y tenga una muerte agonizante. –«No había necesidad de decírselo así...», pensó para sí mismo, viendo a Lucy palidecer.

–¿Por qué yo?

–KetrIDGE cree que la doncella debe ser pura de sangre y cuerpo, y, aunque usted es solo hija de un baronet, su linaje es largo. La enfermedad causa demencia, Lucy, y KetrIDGE va camino a eso. La condición de ese cretino es de conocimiento público y la mayoría de los individuos, cercanos al duque, mantienen a sus hijas alejadas de él. Su hermano en cambio... vio una oportunidad. Lo siento.

Lucy se sintió mal del estómago.

–¿Por qué estoy aquí entonces?

–Lucy, usted ha llegado a gustarme... como una amiga, y no puedo consentir que esto le esté pasando. KetrIDGE ya tiene la licencia de matrimonio, por lo que no había tiempo para hacer otra cosa. –Eso, al menos, era verdad–. Puede quedarse aquí por un tiempo y luego volver a casa. El duque la considerará mancillada, dirigiendo sus atenciones hacia otra parte, especialmente si sospecha que usted ya no es pura.

–Así que... ¿o debo agravarme ante los ojos de la alta sociedad, o debo casarme con un sujeto que quiere infectarme con una enfermedad mortal? –La voz de Lucy vaciló al principio,

pero luego ganó fuerza. Fuerza e ira—. ¿No le parece todo esto un poco *gótico*? —cuestionó—. ¿Qué me sucederá después? ¿Y cómo puedo simplemente *volver a casa*?

Jasper esperaba que ella estuviera, de algún modo, complacida por salvarla de las garras de Ketridge; sin embargo, estaba enfurecida de igual manera y, francamente, no la culpó.

—Estoy seguro de que los chismes desaparecerán finalmente. —Se movió inquieto, consciente de la falsedad.

—¿Finalmente? —Lucy lo repitió con aire disgustado—. Supongo que debería estarle agradecida por haberme arrebatado ese destino. No obstante, esa opción también me resulta intolerable, sobre todo teniendo en cuenta que no me dejó elección alguna. Yo podría haber pensado en otra salida.

—Él es un duque, Lucy. Hay pocos lugares a los que no pueda llegar. —Jasper se levantó y se puso a su lado, colocándole una mano en el hombro—. Lo siento.

Ella no quería que le acercara la mano. Y, aunque estaba horrorizada por la situación, las únicas palabras que le venían a la cabeza eran: «ha llegado a *gustarme* como amiga».

¡Qué emoción tan insípida! A Lucy le gustaba el pianoforte, le gustaba el color azul y hasta le gustaba bailar endemoniadamente. No quería *gustar* a Jasper. Deseaba que él la ayudara porque la necesitaba, porque sentía algo más por ella.

Cielos. Con toda probabilidad, él comenzaría a parlotear sobre el honor, de un momento a otro, y ella tendría que rechinar los dientes y dar las gracias...

—Bueno —declaró Lucy, encogiéndose de hombros para escurrirse de la mano—, realmente no hay mucho más que decir. Me retiraré a mi alcoba.

Jasper permanecía más cerca de lo que la conversación habría justificado y ella tropezó con él cuando se levantó. Los cuerpos se tocaron brevemente. La autocompasión se instaló en ella por un momento: su hermano quería venderla y lord Danbury... él solo estaba siendo un buen *amigo*.

Las lágrimas le hicieron escocer los ojos y, no queriendo que Jasper lo notase, se volvió con rapidez. Aunque no la suficiente, ya que él le posó una mano en la mejilla para acunarla. El vizconde trató de alzarle la cabeza, pero ella se resistió; así que le deslizó la otra mano sobre el brazo, hacia el hombro, hasta que los dedos le acariciaron la nuca con suavidad.

Lucy disimuló un temblor y repitió para sí la oración: «ha llegado a *gustarme* como...».

—Si hubiera alguna otra manera... —murmuró Jasper. Las palabras sonaron sinceras, pero ella no pudo aliviarse en la comodidad que le ofrecían. La voz baja continuó: —Fue el único modo honorable...

Ella comenzó a alejarse.

—No hay necesidad de extender la cuestión, lord Danbury —murmuró—. Buenas noches. —Y, dicho esto, salió corriendo de la estancia.

Jasper se quedó mirando la puerta abierta. El aroma a jazmín permaneció flotando en el aire, jugueteando con sus fosas nasales e irguiéndole el vello de la piel.

—Soy un bastardo —farfulló—. Un indecente y mentiroso bastardo, que quiere a Lucy Lazenby en la cama: desnuda, dispuesta y, definitivamente, no como amiga.

Suspirando con disgusto, agarró la licorera y se dejó caer en la silla.

CAPÍTULO TRES

«Todos mienten... Excepto los perros».
Tía Augusta

Por un momento Lucy entró en pánico. Se preguntó dónde se encontraba mientras abría lentamente los ojos, incrustados de sal, y miraba alrededor de la borrosa habitación.

Luego todo la desbordó: la traición del hermano, el secuestro *honorable* de Jasper y el hecho de que se hallaba absolutamente deshonrada –aunque, a decir verdad, ni siquiera había tenido ese placer–; y determinó que era mejor cerrarlos de nuevo.

Al menos ella estaba viva. Lo que no hubiera pasado de estar casada con el Duque de la Muerte, como entonces le gustaba llamarlo. Su tía constantemente le aseguraba que el humor ayudaba en todas las situaciones, no obstante, un escalofrío la agitó ante la idea de casarse con un ser tan malvado.

Suponía que Jasper la había *salvado*, pero ¿por qué no habló primero con ella en el carruaje y le aclaró la situación? Podría haber tenido más opciones. Tal vez habría recurrido a sus parientes de Escocia, o marchado al continente –sin embargo, no tenía dinero, eso era cierto–, o... o convertido en una cortesana bien remunerada. De pequeña, en el campo, vio en alguna ocasión animales aparearse; así que no podría ser demasiado difícil.

Lo cierto era que en ese momento se encontraba atrapada.

Cuando Jasper le había contado las intenciones del duque, lo primero que ella pensó entonces fue que la pretendía para sí mismo, que él le propondría matrimonio. Que bobalicona. Los vizcondes no se casan con las humildes hermanas de un baronet... Especialmente con las de pelo pardo.

Le gustaba como amiga. ¡Qué humillante! Ella pensaba que la había estado cortejando. ¿Cómo pudo ser tan malditamente ingenua?

–¡Malditamente ingenua! –gritó a la cámara vacía para expulsar la cólera.

El vocabulario de la tía Augusta siempre fue muy colorido, pero había explicado en alguna ocasión a Lucy que solo ella estaba autorizada a blasfemar en voz alta: «Yo soy una solterona» –le reveló–, «tengo más de cuarenta años, vivo solo contigo y mis perros y me importa un pepino la sociedad. Tú, mi niña, eres joven y delicada» –Lucy había resoplado–, «y con mucha probabilidad te casarás» –Lucy había bufado una vez más–. «Así que haz lo que digo y no lo que hago».

En consecuencia, a Lucy solamente se le permitía articular palabras inadecuadas en la cabeza,

y así lo hizo con frecuencia.

La mente le daba vueltas al recordar el mes anterior. Nada tenía sentido. Jasper había actuado como si la estuviese cortejando, enviándole ramos de flores, bailando con ella y, en general, siendo muy galante.

No. Sucedió algo más. Algo que apestaba. Estaba absolutamente convencida.

¿Tenía su hermano algo que ver con esto? Todavía no podía descartar una estúpida apuesta entre los dos. ¿Estaría Richard buscándola? ¿Se habría dado cuenta siquiera de que había desaparecido?

Lucy se volteó y alzó los ojos hacia el cielo. Se topó con un par de espeluznantes querubines rosados, que se erguían sobre las esquinas de la enorme cama de nogal con dosel.

«Dios mío, ¿dónde ha conseguido este hombre los muebles?». Ella contempló la habitación, ahora que el día había amanecido. No se veía mucho mejor. Con la delicada luz, se distinguía que el papel de las paredes se estaba despegando y quedaban claramente visibles las manchas de humedad de las esquinas. Enterrando la cara profundamente en la almohada, se preguntó si valía la pena levantarse cuando alguien llamó a la puerta.

—¿Quién es? —Lucy contestó con voz apagada.

—Soy Elspeth, milady, vengo a ayudarla a vestirse. Le traigo un poco de chocolate y pan tostado para desayunar.

Por lo menos algo por lo que salir de la cama. Además, podría intentar interrogar a la criada para obtener más información. Le ordenó pasar y una jovencita de semblante fresco entró arrastrando los pies, controlando, la nada envidiable tarea, de abrir la puerta con una mano y sostener en equilibrio una bandeja de desayuno en la otra.

Lucy se precipitó sin titubear sobre la cama y comenzó el festín, haciéndole a la sirvienta algunas preguntas puntuales de vez en cuando. Pero, a pesar del aire general de inocencia de Elspeth, esta se negó a responder nada. La única información que le dio, fue que lord Danbury estaría fuera la mayor parte del día visitando arrendatarios y organizando reparaciones en el pueblo.

Si el pueblo se asemejaba de alguna manera a la casa, eran claramente reformas urgentes.

La doncella le informó de que por la tarde le prepararía un baño, lo que le supuso una alegría ya que se sentía decididamente sucia. Comentó, en voz baja, que era una lástima no disponer de un cambio de vestido; y la sirvienta, con el oído fino como el de un búho, abrió el armario para mostrarle una pequeña colección de trajes, camisas dobladas, enaguas y medias. Lucy acarició el vestido de día de muselina más cercano y hermoso.

—¿De dónde ha salido todo esto? —preguntó, admirando abiertamente el conjunto. Pero al poco deseó no haberlo mencionado, ¿y si pertenecían a una *amiga* de Jasper?

—Su Ilustrísima mandó hacer todo esto en los últimos días. Las costureras de la aldea lo confeccionaron, me dijeron que habían estado trabajando durante horas. Todavía hay algunas piezas en camino.

—Es tan... —Lucy buscó la palabra adecuada— amable. —Ella realmente no sabía qué pensar.

La doncella, con desdén, cerró las puertas del guardarropa. En absoluto parecía impresionada por un maestro que hacía prendas para mujeres desconocidas.

Elspeth también la informó de que el almuerzo se serviría en la terraza y que lord Danbury cenaría con ella esa noche.

Gracias a Dios, Lucy al menos estaba autorizada a usar la biblioteca. De otra manera, sin lugar a dudas, perdería la cabeza durante el largo periodo que podría estar retenida allí. Solo esperaba que las estanterías contuvieran libros sobre temas distintos a la crianza de cerdos.



El día pasó sorprendentemente rápido. Entonces se dio cuenta del poco tiempo del que disponía para sí misma en casa de su hermano. Cuando ella hubo finalizado la administración doméstica de Richard, incluidos los libros de la gestión interna de la casa, él no demostró ningún interés. Lucy presentía que sin la manera en que ella había estirado cada penique, durante todo el año anterior, habrían caído en la bancarrota.

Por la tarde se dio un baño. Fue muy placentero, ya que incluso tenía jabón en pastilla con aroma a jazmín. Todo parecía conspirado para confundirla aún más. Solo Jasper podía haber ordenado sus artículos favoritos: jabón perfumado, vestidos azules e incluso los zapatos del cuero más suave.

¿Por qué manifestaba con ella tales extremos de bondad? Dejó escapar un suspiro de desconcierto. Quizás recibiría más respuestas al anochecer.

Se vistió para la noche con el vibrante vestido de crepé azul procedente del tenebroso armario. Era un poco osado para una debutante, pero el color la hipnotizaba. Se deleitó con la ropa nueva, que le encajaba sorprendentemente bien. No se atrevía a discurrir cómo él, en efecto, sabía o había acertado sus medidas.

Ciertamente, la cena sería reveladora. Informada de que esta sería a las siete –una hora relativamente tardía para el campo–, Lucy concluyó que el viaje de Jasper al pueblo debía haberle llevado más tiempo del planeado. Durante el camino, bajando las escaleras una hora antes, deseó leer un capítulo de *Sentido y sensibilidad*, sin embargo, al llegar al salón oyó voces en el estudio.

Se dice de los cotillas que nunca escuchan cosas buenas sobre ellos mismos, aunque ella siempre creyó que los que no espían nada descubren. Así que eso mismo resolvió y se colocó cerca de la puerta, con la oreja casi tocando el panel.

–Me estoy ocupando de la situación –aseveró Jasper seriamente.

–Tú no me informaste del cambio de plan –respondió una voz de mujer. El tono era alto y culto, pero con una gran cantidad de enojo.

–No hubo tiempo. Él tiene una licencia especial de matrimonio y yo tenía que actuar aprisa. De cualquier modo, no tengo por qué responderte, Eloise. –La última oración fue pronunciada con firmeza y no admitió argumento alguno.

–Por supuesto que no, cielo –dijo la mujer, pareciendo entonces más conciliadora–. Solo quiero cerciorarme de que tenemos todavía la misma opinión.

–Nada se ha alterado, ya que el resultado sigue siendo el mismo. He estado con arrendatarios todo el día y necesito mudarme y refrescarme para cenar. ¿Debo llamar ya a tu carruaje?

–Me temo que he enviado al mozo a la posada, cariño. Pensé en quedarme a pasar la noche, estoy convencida de que tienes una cama libre... ¿No es cierto, Jasper? –ronroneó la mujer con seguridad.

La fisonomía de Lucy entró en llamas, cuando percibió un susurro y lo que sonó claramente como un beso.

–Eloise... –dijo Jasper.

Lucy no escuchó más, ya que, de repente, apareció aquel cafre saliendo del otro cuarto. Ella irguió la espalda. Vaya por Dios. Bill, como ella recordaba que se llamaba, no era un tipo feo, pero sí gigantesco, y la había sorprendido de pie, fuera del estudio, con la cabeza contra la puerta.

Rápidamente, consideró poner expresión de ingenuidad, aunque luego rechazó esa idea. ¿Por qué debería? Ella no estaba haciendo nada malo y, por lo que pudo escuchar, algo más turbio pasaba ahí dentro.

El zoquete la fulminó con la mirada. Sin embargo, Lucy simplemente le devolvió una ojeada de superioridad y se encaminó a la biblioteca. Bill podía fruncir la frente todo lo que quisiera: se sentía satisfecha de los tres profundos rasguños que él mostraba en el rostro. En efecto, ¡ella era una Gata del Infierno!

Lucy leyó durante un rato, antes de retornar el marcador al comienzo del capítulo. No servía en absoluto, no podía recordar nada del libro, estaba demasiado preocupada rumiando la conversación que había escuchado. En lugar de seguir leyendo marchó a la sala de estar, y, furiosa y en silencio, esperó a Jasper y a... su *amante*.

¿Qué planes tenían previamente y cómo los habían modificado? ¿De qué manera le concernían a ella?

Después de una media hora larga, en la que trató de no imaginar lo que Jasp..., no, enmendó, lo que lord Danbury hacía arriba con la furcia, finalmente él entró. Obviamente se había bañado, y un aroma a madera de sándalo impregnó el aposento. Lucy apretó los dientes, en respuesta a la masculina fragancia, la visión del cabello todavía húmedo, la figura delgada y la lánguida sonrisa.

Llevaba un hermoso abrigo color verde botella con un chaleco de un tono similar, una fina tira de plata corría verticalmente a través de él. La corbata, blanca como la nieve, era simple y estaba immaculada. Al vizconde de Danbury no le iban los complicados paños de cuello orientales. Ella pensó que no debía bajar demasiado la mirada.

—Mis disculpas por llegar tarde, Lucy. Los arrendatarios tardaron más de lo que yo había previsto. También han tenido la culpa un cercado roto y unas vacas que se fugaron.

Lucy cerró los puños para evitar responder a la ligera broma y a la sonrisa, increíblemente atractiva, que acompañaba a esa declaración. Lo más probable era que llegara tarde por tratar de encontrar espacio en la cama para su querida.

—Realmente, milord, las vacas son *tan* fascinantes... —reconoció en su mejor tono aburrido, complacida al ver cómo la sonrisa de Jasper decaía un poco.

Él le sostuvo la mirada y ella no apartó la suya. Un tenso silencio descendió sobre la sala y, mirándole a los ojos, un espasmo inesperado, aunque emocionante, le recorrió el cuerpo.

Fue Jasper quien rompió la calma. Levantó una mano desde el costado, se la llevó a la boca, rozando suavemente los nudillos con los labios, meciéndolos de un lado al otro, y alzó la vista. Los ojos se le habían oscurecido como dos obsidianas, las pestañas enmarcaban pecaminosamente las intensas pupilas.

—¿Hice algo para disgustarla? He sido muy sincero en mis disculpas por la tardanza —musitó él.

El tono era profundo y ella se sintió congelada, tanto por la caricia, como por el sonido ronco. Los labios volvieron a encontrar la mano, pero esta vez la volteó, dando un suave beso en la sensible palma. La boca de Jasper se abrió para decir algo más, sin embargo, la puerta irrumpió de golpe expandiendo un aroma de azahar por la dependencia.

—Jasper, cariño, preséntanos.

Él dejó caer la mano mientras ambos se giraban hacia la apasionada voz, y divisó a la mujer por primera vez.

Ella era... deslumbrante. Incómodamente, terriblemente deslumbrante. El primer pensamiento de disgusto de Lucy, fue que poseía el pelo de un rubio perfecto: un hermoso color claro, como el de un rayo de sol en verano. Tenía los maliciosos ojos marrones fijos en ella y las cejas elevadas.

Su estampa era exquisita: una figura, delgada y estilizada, vestida de un verde que combinaba con el abrigo de Jasper. Exhibía un busto de tamaño normal, cintura fina y caderas esbeltas. También le parecía vagamente familiar, pero ¿dónde la había visto antes? Lucy no podía

asegurarle.

Le tomó un momento darse cuenta de que Jasper las estaba presentando.

—Esta es Mrs Hamilton, una amiga de Londres. Está de camino de regreso, si bien se retrasó por un impedimento en la calzada. Teniendo en cuenta lo avanzado de la hora, y sabiendo que la mansión se encontraba cerca, Mrs Hamilton pensó en aplazar el resto del viaje hasta mañana —relató Jasper, suave como la seda.

«¡Embustero, embustero, embustero!», fue lo que le recorrió la mente. Supuso que también podría habérsela presentado como «mi pedacito de muselina» o «Hamilton la Ramera». Lucy se felicitó en silencio por la ocurrencia y, de inmediato, recordó que los celos eran una emoción repulsiva.

Lo que más le dolía era que si aquel hombre sabía mentir tan bien, ¿en qué más le habría engañado?

—Estoy muy contenta de conocerla, Mrs Hamilton. ¿No está su marido con usted? —preguntó Lucy, arrugando la frente para fingir una cándida preocupación.

—Desafortunadamente, soy viuda. Mi pobre James murió en una batalla hace unos años. —La mujer sonrió benignamente—. Pero nuestro querido Jasper me mantiene el ánimo... y yo el suyo —anunció, apoyando una mano sobre el frac.

—*Eso seguro* —cuchicheó Lucy en voz baja.

Echó una ojeada a Jasper, que en realidad parecía irritado. Eso la sorprendió, ya que suponía que él estaría feliz de que la fulana se quedara a pasar la noche. Desde luego su rostro contaba otra historia. A diferencia de cuando había entrado por primera vez en la estancia, ahora tenía el cuerpo tenso y miraba a Mrs Hamilton con algo parecido a la antipatía.

«Algo está podrido», pensó Lucy con aire de suficiencia.

El mayordomo les requirió para la cena, poniendo fin a las incómodas presentaciones y al silencio que sobrevino.

Estaban sentados informalmente, con Jasper a la cabeza y ella y Mrs Hamilton a cada lado. Como solo existían tres comensales la mesa había sido colocada en un extremo; por lo que no tendrían que alzar la voz para ser escuchados en el enorme comedor, que podía recibir, al menos, a treinta invitados.

Para ser honestos, Lucy habría preferido un entorno algo más formal, en lugar de sentarse tan cerca de Jasper y tener enfrente la despreciable cara de Mrs Hamilton.

El coloquio fluyó principalmente sin tenerla en cuenta. Mrs Hamilton habló de los chismorreos actuales, deteniéndose en alguna insinuación ocasional. Jasper parecía totalmente aburrido. Esporádicamente, posaba los ojos en Lucy y esta, aunque le tomó todas las fuerzas, se limitó a sentarse sosegadamente a cenar sin apenas fijarse en lo que comía.

Durante el postre, un delicioso pastel que sí recordaría, se escuchó una tos disimulada bajo el marco de la puerta.

—Mr Edwards desea verlo, milord —anunció el mayordomo—. Sus disculpas por la interrupción, pero debe tener unas palabras con usted respecto al molino de agua.

Jasper las observó a ambas antes de dejar la servilleta en la mesa.

—Disculpen, señoras, no me alargaré demasiado.

La puerta se cerró tras él y Lucy, de repente, se sintió como un pequeño ratoncillo enfrentado a un enorme tigre de dientes afilados.

—Bueno, querida —ronroneó Mrs Hamilton, reclinándose en la silla—. ¿Y cómo lo está usted sobrellevando? Pobre niñita. Jasper me contó su..., bueno, su situación.

—La realidad no es de mi agrado, sin embargo, está claro que no tengo ninguna opción en este

asunto.

–Mmm, Jasper me ha hablado de usted en los últimos meses. Espero que no haya percibido sus atenciones como algo más que... una mera amistad. Él es tan guapo que podría hacer a cualquier chica perder el equilibrio.

Lucy se sintió como si estuviese tendida sobre un potro de tortura.

–Soy cualquier cosa menos una chica con vértigo, Mrs Hamilton. Entiendo las atenciones de lord Danbury y le agradezco que haya intervenido.

–Bien, bien. Por las noches, cuando Jasper y yo estábamos... *juntos* –lo dijo suavemente, prolongando la palabra, como si Lucy necesitase más alusiones sobre su relación con lord Danbury–, él la mencionaba a usted y a su hermano. –La dama vaciló–: ¿Cómo está su hermano, hija? ¿Supongo que no estará muy satisfecha con él en este momento? –El comentario pareció formulado con júbilo.

Lucy se sintió desorientada con el cambio brusco del interrogatorio, pero de repente recordó dónde había visto antes a esa mujer.

–¡Usted era la querida de Richard! –espetó bruscamente.

Los rasgos de Mrs Hamilton se endurecieron. Contrajo los labios y golpeó la copa de vino, derramando el líquido rojo sobre el prístino mantel.

–¿Querida? ¿Es eso lo que el fantoche me llamó? –gritó–. ¿Cuándo me vio con Richard? Nunca se dejó ver conmigo, excepto en la cama.

–Usted se encontraba en una sombrerería en New Bond Street. Yo caminaba con Richard y uno de sus amigos, cuando le oí por casualidad alardear ante el compinche de... de...

–Sí, ¿alardear de qué?

–De lo dispuesta que estuvo usted –soltó Lucy de carrerilla. Toda la serenidad se le había esfumado.

–¡Calavera del demonio! Lo hice todo por él. Esperaba ser la futura lady Lazenby, pero ¿cómo me lo devolvió? ¡Con nada! –escupió las palabras, forzando a Lucy a retroceder ante aquella vehemencia casi física–. Bueno –continuó–, tendremos nuestro desquite y usted, pequeña, será nuestro cebo. Y ya puede dejar de mirar a su precioso Jasper con ojos de cordero, ya que él...

La puerta se abrió y entró a zancadas él mismo, en persona. Los ojos del vizconde se deslizaron entre el semblante agresivo de Mrs Hamilton y el sorprendido de Lucy.

–¿Está todo como debería ser, señoras? ¿Eloise? Espero que te comportes ante nuestra invitada. –Las palabras sostenían una advertencia que incluso Lucy pudo calibrar.

Mrs Hamilton respiró profundamente y luego se recostó, sin cuidado alguno, en la silla, con todo el odio borrado de la apariencia.

–Es solo una charla entre mujeres, cariño, ya sabes cómo somos.

–No, en realidad, no –negó Jasper rotundamente–. Y me disgustaré muchísimo si has perturbado a Lucy.

–B-bueno –tartamudeó la mujer mientras se levantaba elegantemente de la mesa–, estoy bastante cansada a causa del viaje, querido, así que creo que me iré a la cama.

–Buena idea, Eloise.

Mrs Hamilton salió con gallardía de la sala, pero parecía incapaz de irse sin un tiro de despedida.

–Te veré más tarde entonces, Jasper –murmuró, cerrando la puerta.

Doblando la servilleta, Lucy también se irguió. Había tenido más que suficiente por esa noche y anhelaba la intimidad del dormitorio.

–También yo me retiraré, lord Danbury.

–Jasper –dijo él.

–¿Perdón?

La voz de él se suavizó.

–Debería usted llamarme Jasper, considerando... las circunstancias. –Lucy lo miró fijamente, incrédula, y él se movió incómodo–. Espero que Eloise no declarase nada que la molestase. Ella no suele ser así. Debe haber sido el fatigoso trayecto. –Lucy se encontraba demasiado cansada para reírse y solo pudo encogerse de hombros.

–Estoy convencida de que ella solo dijo la verdad, *lord Danbury*. Le deseo buenas noches.

Salió sin mirar atrás. El único pensamiento que le vino en mente fue que, cuando los dos estuviesen *ocupados*, ella escaparía de la casa. Esa noche, sin más demora.

Jasper la vio salir del salón casi corriendo.

Dios, que endiablado lío. Lucy obviamente estaba enfadada, a saber lo que le había dicho Eloise. ¿Le había revelado su plan de venganza o sencillamente fue malévola? No deseaba verla después, ni para obtener respuestas, ni para nada más.

Con una mano frustrada se estiró el cabello. Cuando mintió a Lucy esa tarde, sintió por primera vez vergüenza. Trató de recordar a su hermano y todas las razones por las que hacía aquello, pero los endemoniados ojos azules lo habían fulminado, tan abiertos, tan inocentes. Era como si ella supiese que cada palabra que le salía de la boca era una falsedad.

Esa noche se sentía verdaderamente culpable. Culpable y un maldito cobarde por tratar así a Lucy. Salió a grandes pasos hacia su santuario, echó el cerrojo de la puerta, se dejó caer en la silla y se sirvió un largo whisky.

CAPÍTULO CUATRO

*«Blinky se escapó una vez, pero regresó a por queso.
Cada uno tienen su talón de Aquiles».*
Tía Augusta

Lucy se recostó en la cama bocarriba, completamente vestida, tras despedir a la doncella. Elspeth solamente le había desabrochado el vestido de noche azul y, tan aprisa como se fue, lo reemplazó por el arrugado traje de paseo amarillo limón que llevaba el día anterior.

Sin la ayuda de Elspeth los cordones estaban un poco sueltos y le colgaban sobre los hombros, pero no podía ser de otro modo. Entonces urdió un plan y esperó a que la casa y sus moradores durmieran.

Sabía cómo cuidarse a sí misma lo suficiente, tal como la tía Augusta bien le había enseñado. Sinceramente, no creía que su tía hubiera podido imaginarla jamás frente a una situación similar a esa.

Había pasado más de un año desde la muerte de Augusta, sin embargo, aún la añoraba enormemente. Amable y cariñosa, representó todo lo que Lucy pudo necesitar para crecer; no obstante, también fue bastante estricta, ferozmente independiente y terca. Esta última característica parecía haberla heredado ella.

Una modesta hacienda en Lanark había procurado a la tía un ingreso particular, aunque, después de su defunción, la propiedad volvió a la rama materna de la familia que todavía residía al norte de la frontera. Lucy estaba segura de que sería bienvenida allí, arruinada o no.

En el momento de la muerte de Augusta, esos parientes le preguntaron si deseaba ir a Escocia a vivir con ellos. Pero se encontraba ansiosa por encontrarse con el hermano, a quien no veía desde la infancia. Él era oficialmente su tutor ahora y Lucy supuso que aquello les acercaría.

Richard parecía de acuerdo y ella se sintió emocionada por pasar finalmente una temporada en Londres. A la tía nunca le habían interesado demasiado ese tipo de cuestiones sociales, prefería estar en casa con sus perros, caballos y una variada mezcla de animales abandonados; por lo que el momento idóneo para la presentación de Lucy ya había quedado atrás.

A menudo, Augusta afirmaba que prefería a los perros antes que a los hombres, ya que no mienten y comen menos. Lucy siempre sospechó que debió haber tenido una gran decepción amorosa en la juventud.

En el pasillo de la planta baja continuaban los sonidos de pasos rápidos, entonces Lucy repasó las opciones disponibles tal y como estaban. Sería inviable volver a la casa del hermano, además,

no tenía dinero.

Tampoco conocía completamente su ubicación actual. Sabía que la mansión de Jasper se hallaba a poca distancia de Londres, en Surrey, y, aunque nunca la había visitado antes, supuso que era donde se encontraba en ese momento. No podían haber viajado demasiado lejos en carruaje el día que Bill la había secuestrado, por lo que dedujo que sería posible retornar a Londres, con bastante rapidez, ya fuese a caballo o en carro.

Una vez allí, la única solución que se le ocurrió fue recurrir a Rosalind o a Clara, las dos amigas que había hecho en Londres. Rosalind tenía veinticinco años –era cuatro mayor que Lucy– pero también era su primera temporada, así que forjaron una estrecha amistad. Era bastante serena y tenía una misteriosa habilidad para saber lo que estaba sucediendo en todo momento, tal vez era una espía secreta. La última vez que se vieron, le había dado a Lucy una pequeña navaja de bolsillo para el bolso: «Por si las moscas» –le murmuró Rosalind. Desafortunadamente, el cuchillo permanecía en la retícula que dejó en el coche aquel fatídico día.

Clara tenía una personalidad dulce y no era tan calmada como Rosalind, aunque, ocasionalmente, en las reuniones en sociedad, se volvía torpe y desgarbada. Sin embargo, Clara, recordó abruptamente, estaría esa semana en una espantosa fiesta organizada por el conde de Rookdean. El hombre era guapo como un pecado, y tenía una reputación que daba fe de ello, pero Lucy no lo había visto sonreír nunca. Así que rezó para que Clara no tropezase, literalmente, con él demasiado a menudo. Rosalind sería la única esperanza entonces.

Su venta todavía la trastornaba, pero ya no le suponía una gran sorpresa. Si tan solo pudiera dar marcha atrás al reloj. ¿Por qué Richard no era el hermano cariñoso que ella siempre había deseado? Al principio tenía la esperanza de poder hacerse amigos, pero pronto se dio cuenta del error de esa presunción.

Cuando se mudó con él, el otoño anterior, habían pasado unos días en el campo, en la casa familiar de Kent. En realidad, no lo veía mucho, ya que él continuamente estaba fuera, aunque la trataba con un mínimo de respeto. Era solo que a veces, al posar el hermano la mirada sobre Lucy, sentía que algo en ella lo disgustaba y eso la hacía sentir incómoda e intranquila.

Una vez que el clima lo permitió, habían ido a Londres a pasar la temporada y los modales de Lazenby cambiaron considerablemente.

Recordó los tremendos acontecimientos ocurridos la última vez que habló con Richard. «¿Realmente solo hacía una semana?». Parecía que había pasado un año en los últimos días. Se encontraban en la residencia de Londres cuando ella oyó ruidos a altas horas de la noche. Preguntándose qué pasaba, se envolvió en un manto y bajó las escaleras.

Richard se hallaba en el salón, con los ojos vidriosos, incapaz de quitarse la chaqueta. El cuerpo le exhalaba un olor dulce y enfermizo, y ella pensó que estaba como una cuba. Precipitándose para ayudarlo, él se dio la vuelta antes de que ella lo alcanzara.

–¿Qué estás haciendo fuera de la cama? –le preguntó, arrastrando las palabras–. ¿Vas a reunirte con el lacayo un ratito? ¿No? Te necesito pura, mi pequeña muñeca. –Él la pellizó en la barbilla, sin demasiada suavidad, y el humor de Lucy se quebró.

–Estás borracho, Richard Lazenby. ¿Cómo te atreves a decirle cosas tan groseras a tu hermana...? –La reprimenda concluyó cuando unos dedos magullados la agarraron por la parte superior de los brazos y la zarandearon bruscamente, de un lado a otro.

–¡Cállate, perra! Lo has tenido bien durante los últimos quince años. Ahora es mi turno. –La apartó con un fuerte empujón, que la envió tambaleándose contra una mesilla.

Las delgadas patas no resistieron el peso impulsado de la muchacha y la mesa se derrumbó debajo de ella. Todo el lado derecho de Lucy golpeó el suelo con un gran estruendo y algunos

trozos de madera astillada se le clavaron bruscamente en la cadera.

No era natural en ella acobardarse, pero se aferró a su propio cuerpo, con fuerza, y se quedó quieta. Nada en la vida la había preparado para tal violencia y la conmoción la mantuvo inmóvil. Richard masculló algo entre dientes, y ella lo observó por el rabillo del ojo, mientras él se arrastraba escaleras arriba. Lucy se alzó pausadamente con una mueca de dolor.

Desde entonces el hermano la evitaba. Ella esperaba que aquello que le había provocado semejante enojo fuese solo la bebida. Acaso no debió haberlo reprendido por ser tan maleducado, aunque, sin lugar a dudas, eso no merecía una respuesta tan atroz.

La vida presente le parecía muy complicada, si la comparaba con los tiempos fáciles y pacíficos en el campo. La tía Augusta solía decirle que todo se transformaba.

–Pero no siempre para bien, tía, no siempre para bien –susurró Lucy a la habitación vacía.

Finalmente, se levantó de la cama y escuchó nuevamente a través de la puerta. La casa entera parecía mortalmente silenciosa y el reloj de la repisa de la chimenea mostraba que eran casi las once.

Después de ponerse unas botas robustas y una gruesa capa marrón que encontró en el guardarropa, Lucy abrió con lentitud la puerta. Todas las velas del pasillo estaban apagadas, por lo que tomó las suyas para iluminar el camino. A pesar de que la casa y los muebles se encontraban descuidados, las bujías eran de cera de abeja de la mejor calidad y Lucy no había tenido ningún reparo en mantener esa noche la luz con dos velas encendidas.

Al cruzar el pasillo, se detuvo de repente al escuchar un fuerte gemido masculino.

–Sí... Sí... Más fuerte –chilló una mujer entusiasmada, con la voz *in crescendo*.

Lucy arrugó el entrecejo y sintió náuseas. Bueno, al menos Jasper y su amante no la oirían, aunque ella galopara a caballo escaleras abajo. Siguió corriendo, reconociéndose a sí misma que, por una vez, no se había detenido a escuchar a escondidas.

Afortunadamente, recordó saltar en el último momento sobre el penúltimo escalón, antes de parar y mirar hacia adelante. La sala yacía en la oscuridad, los bordes se difuminaban de modo que parecía una enorme caverna esperando engullir a un desprevenido explorador o, en ese caso, a una damisela que huía.

De puntillas por la penumbra, se detuvo para colocar el candelabro sobre una mesa auxiliar antes de abrir, con cautela, las cerraduras de la puerta principal.

El último cerrojo chirrió y ella permaneció rígida, sosteniendo el aliento. Abajo, en la cocina, existían otras puertas que podría haber probado, pero, al desconocer el camino, pensó que habría más posibilidades de tropezar en la oscuridad y por consiguiente de caer.

Con la mano quieta, escuchó.

Nada se agitó, todo estaba en silencio.

–¡Oh, Jasper! Creí haber oído algo... No, a quién le importa... ¡Más fuerte! –cuchicheó Lucy consigo misma, imitando la voz aguda de Mrs Hamilton.

Y, de hecho, ¿a quién le importaba? Realmente a nadie.

Silenciosamente, Lucy se escabulló y luego cerró la puerta tras de sí de un modo suave. Tenía la intención de ir a las caballerizas, donde esperaba encontrar una yegua obediente.

Algunas solitarias gotas de lluvia le salpicaron el rostro. Eso era lo que le faltaba. ¿Por qué no caía también un poquito de granizo para completar aquel día lleno de penurias?

Se coló por el borde de la puerta del establo y, para su decepción, encontró al mozo de cuadra acostado sobre el heno profundamente dormido. Estaba fuera de uno de los puestos, con la cabeza apoyada en una silla de montar. Lucy intentó por todos los medios no hacer ruido, aunque, ante una pisada, el individuo resopló y volteó la cabeza, afortunadamente sin abrir los ojos.

Los latidos de su corazón aumentaron de intensidad y temió que el mismo sonido lo despertara. Entendió que no sería capaz de ensillar a una yegua sin perturbarle el descanso; así que se retiró, dejando rienda suelta a los sueños del joven.

¿Y ahora qué? Corrió, presa del pánico, de regreso al patio, frente a la casa solariega.

En lo único que podía pensar era en ir al bosque. A lo mejor, pasar el resto de la noche allí y luego dirigirse a la aldea al amanecer. Al menos tenía un manto caliente. Con suerte, tratar de atrapar un carro de granjeros o algo similar. Quizás podría encontrar un cobertizo como refugio. Tan solo le quedaba la esperanza, ya que, claramente, no gozaba de ninguna otra alternativa.

De repente, la puerta principal se abrió de par en par, permitiendo que una luz débil cayera sobre el patio. Ella jadeó, pero, incapaz de ver quién estaba allí, se volvió y huyó hacia la floresta.

Jasper despertó del sueño y se sintió decididamente un cabeza de chorlito. Caer dormido en el estudio parecía haberse convertido ya en una costumbre. Las velas se habían deshecho, extinguiéndose, dejándolo en las tinieblas, excepto por los rescoldos que brillaban tenuemente en la chimenea.

Por un momento, disfrutó del vacío que eso le proporcionaba: sin problemas, sin desquites, sin muchachas curvilíneas de ojos azules. Alargó la mano hacia la mesa buscando a tientas el vaso.

Gracias a Dios, todavía tenía algo de whisky. No solo lo necesitaba por el efecto que causaba, sino que le quitaría además el engorroso y detestable sabor de las mentiras. Ingerió el líquido purificante. Quizás solo debería olvidarse de todo. «Dile a Lucy la verdad y luego...» ¿Y luego qué? «Devuélvesela a Richard Lazenby». Eso no era posible.

Se rascó con una mano la incipiente barba. Lazenby obtendría un merecido castigo, si no en esta vida en la siguiente. Sopesando aún más la situación, tuvo que admitir que se había visto influenciado por Eloise: sus constantes críticas le alimentaron el odio y lo habían llevado a emprender decisiones apresuradas.

No. Negó con la cabeza e hizo una mueca. Era cobarde culpar a Eloise. Él era dueño de sí mismo. Había determinado, precipitadamente, ser a la vez juez y jurado y decretar así sobre quién recaía la condena de la muerte de Simon. Podía señalar a muchas otras cuestiones, sin embargo, debería cargar él mismo con el peso de la culpabilidad.

¿Habría logrado encontrar otra forma de ayudar a Lucy sin arruinarle la reputación? Seguramente ella tenía otros parientes a los que poder haberla enviado. Si Lazenby no hubiera negociado aquel trato con Ketrige, posiblemente la necesidad de vengar la muerte de Simon habría disminuido con el tiempo.

Acaso Lucy y él podrían haber...

El característico ruido de la puerta principal le interrumpió los pensamientos. Bill debía estar en alguna parte de la casa; si bien él normalmente la cerraba con mucha más fuerza, la suficiente como para sacudir las vigas.

Jasper anduvo dando vueltas buscando velas. Finalmente, encendió una gracias a las ascuas del fuego —que, afortunadamente, no se habían apagado completamente—, ya que no podía encontrar el endiablado yesquero por ninguna parte.

«Será mejor que eche un vistazo afuera».

Recogiendo los zapatos, aunque sin molestarse en ponérselos, buscó el abrigo. No estaba por ningún sitio. Maldiciendo su propio desorden y elogiando el buen hacer de Robinson, se dirigió a la puerta principal. Al ver las velas encendidas encima de la mesita del salón, le mutó la

expresión.

Todos los cerrojos se encontraban abiertos. Los sentidos de Jasper se agudizaron cuando un crepitar fuera, en el patio, lo forzó a lanzarse a abrir la puerta.

La luz parpadeante de las bujías lidiaba por iluminar la oscuridad inmediata, pero, incluso a través de la penumbra, pudo ver a Lucy, que permanecía de pie, a unas treinta yardas de distancia.

Ella resplandecía, pensó Jasper en primer lugar. Luego le notó la mirada de horror abyecto en el semblante y, antes de que él pudiese separar los labios para hablar, se dio la vuelta y huyó como si se hubiese topado con un lobo. «Qué diablos...».

—¡Lucy! —gritó.

Jasper tiró los zapatos al suelo —tropezando mientras intentaba calzar los pies en ellos— y comenzó a perseguirla, arrojando el candelabro al patio. Estaba oscuro como la brea. Las pesadas nubes bloqueaban la luz de la luna, pero sus pupilas pronto se acostumbraron a la densa negrura y casi pudo ver el destello de las enaguas bajo la capa.

Ella se encaminaba hacia la arboleda.

—¡Dios, no, Lucy! —vociferó.

Él no había estado allí para mantener el bosque de los alrededores, así que eran frecuentes los cazadores furtivos. El método preferido por ellos para apresar la cena eran los cepos de metal. Pensó en Lucy. La imagen de la cara retorcida por la agonía y un cepo aferrado alrededor de la pantorrilla, lo espolearon hacia adelante.

«Maldita sea». Era rápida y, antes de que él pudiese coger aliento, ella aceleraba más siguiendo a la cabeza. En ese momento, el cielo dispuso entorpecer aún más sus esfuerzos y la lluvia comenzó a caer con fuerza. La ausencia del abrigo, sin embargo, le dio ventaja en la persecución y se aligeró esquivando los árboles. Finalmente la vio frenar, esforzándose por liberarse de la capa mojada que la detenía.

—¡Lucy!

Ella alzó la vista brevemente, pero volvió a echar a correr otra vez. Jasper no podía soportar que se desplazase una pulgada más, sabiendo que podía caer presa de una trampa en cualquier momento. Esa idea le apresuró el paso, hasta que estuvo lo suficientemente cerca como para lanzarse hacia adelante. La atrapó por la cintura y sostuvo el peso de la caída girando sobre sí mismo, para que ella le cayera encima. Lucy siguió forcejeando, así que los dos rodaron por el terreno. El pesado cuerpo de Jasper la sujetó contra el lecho de hojas, y tuvo que alzar un poco el torso cuando ella intentó arañarle la cara.

—¡Déjeme ir! ¡Déjeme marchar! —aulló ella.

Jasper le asió las inquietas muñecas, aferrándose a cada lado de la cabeza. Todavía se debatía. La figura de la muchacha se contorsionaba bajo la suya en un intento por liberarse, aunque no tenía esperanzas de escapar. Él era más pesado, más fuerte, y podía mantenerla dominada tan solo con la presión del cuerpo, por lo que la dejó pelear hasta que se agotó.

Finalmente, Lucy se rindió, extenuado todo su brío.

Jasper sepultó la cabeza entre el cabello mojado de ella, que se encontraba suelto a la altura del cuello, y se dejó hundir entre aquella suavidad. Oía a jazmín, a lluvia y... «Lucy», él inspiró profundamente. Dios, había tenido tanto miedo de que pudiera lastimarse.

Lentamente, él elevó la cabeza de aquel grato lugar y, al hacerlo, los labios bisbisearon algo sobre la mejilla de la joven probando la lluvia y la sal.

Lucy estaba llorando en silencio.

Las miradas se encontraron cuando ella abrió los ojos y todo pareció apaciguarse. La lluvia. Las respiraciones. El bosque. Incluso el acelerado latido del corazón de Jasper se había aplacado.

Este era consciente de la cercanía de las bocas, del torso de la muchacha estrechamente apretado contra él, y los pechos, caderas y piernas entrelazadas con las suyas.

La lujuria le bramó a través de las venas. *Allí* era donde quería que Lucy Lazenby estuviera, sería un idiota si reconocía alguna otra razón. Dobló la cabeza y le rozó levemente los labios con los suyos. Ella no se movió. Tampoco se opuso, simplemente aceptó la vacilante caricia como si fuera inevitable.

Así lo era. Y volvió a bajar la cabeza.

Mientras los labios de Jasper descendían sobre los suyos, los horrores de los últimos días se desvanecieron y la mente de Lucy se vació; incapaz de hacer frente al mismo tiempo a la percepción y al pensamiento. La boca de él era firme, moldeando con los labios los suyos, moviéndose de un modo exquisito y atemporal. Luego se retiró ligeramente, aunque tan solo para morderle suavemente el labio inferior.

–Bésame –le suplicó él, contra una mejilla.

Ella abrió la boca para expresar algo, pero solo pudo pronunciar un silencioso soplo de aliento. Jasper le miró los labios entreabiertos, musitó algo ininteligible y la besó de nuevo. Esta vez la lengua le acarició dócilmente, como solicitando permiso antes de seguir explorando.

El placer recorrió todo el cuerpo de Lucy, acariciándola por completo, y no pudo contener un pequeño gemido cuando su propia lengua se topó con su igual. Jasper gimió, bajo y profundo, y las manos se tensaron alrededor de las muñecas de la joven.

Él se movió sutilmente y todos los nervios de Lucy se llenaron de sensaciones. La boca de Jasper siguió desplazándose, continuó rozándole la mejilla y bajó hasta la garganta. Ella se sintió completamente despojada. Era muy sensible en esa zona y no pudo evitar arquear la espalda y girar la cabeza hacia un lado. Suponía una ofrenda voluntaria para aquel codicioso merodeador.

Jasper le pellizcó un lóbulo de la oreja con la boca y tiró suavemente de él, lo que causó en Lucy un estremecimiento de gozo. Luego los labios se trasladaron en busca de un nuevo territorio, encontrándole un punto despiadadamente sensible en el cuello y lo golpeó violentamente con la lengua. Sorbió la piel con la boca y ella sintió cómo los dientes le mordían levemente. Entonces regresó la lengua para humedecer la falsa herida.

Lo hizo una y otra vez, y Lucy lanzó un chillido de placer. No fue suficiente y, sin embargo, fue demasiado. Ella quiso agarrarle el pelo con los dedos para tirar de él y acercarlo aún más, aunque seguía con las muñecas sostenidas con medida. Las caderas de Lucy se movieron bajo las de él, no parecía poder evitarlo. Había perdido el control sobre el movimiento del cuerpo.

Jasper gimió bruscamente respondiendo a aquel entusiasmo, sin apartarle nunca la boca del cuello, y comenzó a restregarse sobre Lucy. Esta sintió cómo la fuerza de las caderas la impulsaba hacia la suave capa de hojas que tenían debajo. Él empujaba y ella jadeaba contrayéndose. Podía sentir a Jasper a través del mojado calzón, duro y ansioso, presionando contra su propia ternura.

Jasper cargó nuevamente, pero esta vez fue él quien gimió. Luego levantó el rostro del amparo del cuello, liberándolo. Tenía los rasgos tensos.

–Dios, Lucy, por favor... –Las palabras fueron guturales y pesadas.

El sonido de su nombre la hizo volver en sí. La imagen de Jasper diciéndole que era como una amiga le apareció ante los ojos, seguida de cerca por la de Eloise Hamilton aferrada a él... berreando de placer.

Él entonces le besaba la clavícula por encima de la tela mojada del vestido. La persistente boca mordisqueaba, desplazándose hacia abajo. Ella sabía que si llegaba a los senos no sería capaz de resistirse.

–Jasper –se atrevió a decir, sosegada, aunque resuelta–. No podemos hacer esto. Suéltame los

brazos. ¿Jasper?

Como réplica, las manos le oprimieron las muñecas. Pero Lucy no sintió miedo. De hecho, sentía que tenía controlada la situación. Era Jasper quien ahora necesitaba calmarse.

–No... –La voz sonó casi animal, el lobo no estaba dispuesto a soltar a la presa.

–Jasper, iré a casa contigo. Tengo frío y necesito ropa seca. –Y, en efecto, el cuerpo le comenzó a tiritar a la par que las palabras.

Alzando la cabeza, con los ojos todavía vidriosos por la pasión, él advirtió los temblores que conmovían la delicada figura de Lucy.

–Lucy, yo... –masculló, resoplando.

–Regresemos. Podemos hablar allí.

Ella aspiró profundamente. Jasper se detuvo, con el resuello entrecortado mientras luchaba por dominar sus deseos, pero finalmente aceptó la petición.

Los dedos dejaron a regañadientes las muñecas y se deslizaron por los brazos, antes de enderezarse para ponerse en pie. Lucy, al instante, se sintió fría y sola. Entonces una mezcla de emociones la inundó: alivio, cansancio, decepción... Aceptó las manos extendidas de él y se incorporó. Jasper se giró y se quedó vuelto de espaldas, con la respiración aún pesada en el silencio de la espesura.

Un momento después, con el semblante indescifrable, se dio la vuelta mientras se agachaba para romper una delgada rama.

–Mantente detrás de mí y sigue exactamente mis pasos. Hay cepos en este bosque.

–Por supuesto.

Ella lo siguió, mientras Jasper barría frente a él la superficie de la foresta con la rama.

¿Era eso lo que le había causado preocupación por ella? ¿Que una trampa podría haber dañado su *cebo*?

Lucy sintió náuseas. Cuando la besó salvajemente pensó...

Una violenta sacudida la sorprendió, aunque no podía confirmar si se debía a un escalofrío o a la idea inminente de retornar a la mansión.

CAPÍTULO CINCO

*«La honestidad es siempre la mejor política. No se lo digas a los embusteros.
Blinky, si has robado esa galleta será mejor que me lo digas ahora».*
Tía Augusta

–Baja cuando te hayas cambiado. Necesitarás algo de sustento.

Lucy asintió mientras los dientes le castañeaban. El cansancio la asfixiaba, pero necesitaba algo más que ropa seca para poder calentar los huesos helados.

Se encontraba sin energía para colgar las prendas mojadas. Al día siguiente tendría que ofrecer una discreta disculpa a la doncella, que encontraría el vestido empapado, las enaguas fangosas y el corsé y las medias tiradas en una esquina de la alcoba.

Después de batallar con una camisola nueva, se puso sencillamente una túnica borgoña, muy ancha, que había encontrado en el fondo del armario. Era capaz de envolverse con ella varias veces y se giró para mirarse en el espejo.

La cubría desde el mentón hasta los dedos de los pies, de hecho, ocultaba más que la mayoría de los vestidos de noche, pero aun así se seguía sintiendo un tanto desnuda.

Aunque ¿qué importaba? Su reputación no podía arruinarse más de lo que ya estaba. Una pequeña voz dentro de ella le dijo que *sí* podía, sin embargo, optó por ignorarla y seguir el camino escaleras abajo, hacia el estudio.

Jasper también se había mudado, llevaba un *banyan* suelto sobre la camisa y los pantalones. Era de un azul profundo, un tono que contrastaba con los rasgos morenos. Lucía glorioso. Ella había sentido la fuerza de Jasper esa noche y se había dado cuenta de que aquella complexión delgada era además fuerte y firme.

Otra sacudida la atormentó. Realmente se sentía helada.

El fuego ardía ferozmente con nuevos troncos y Lucy se acercó, tendiendo las manos, para absorber algo de calor en la piel. Cuando ella había entrado, los ojos negros de Jasper brillaron al observarle la ropa, y, en ese preciso momento, lo sentía detrás de ella, muy cerca, casi tocándola.

–Estás muy atractiva con mi bata.

Lucy parpadeó y se sintió entonces verdaderamente desnuda. Esta vez una ola placentera la recorrió de arriba a abajo. Esa era la túnica de Jasper. Le había tocado la piel. De pronto se encontró... febril.

Un vaso de líquido ambarino apareció frente a ella.

–Bebe pausadamente, es brandy. Normalmente no suelo tomar estas cosas, pero no creí que el

whisky fuera de tu agrado.

Ella bebió un sorbo educadamente. En efecto, había tomado brandy y whisky con su tía, y le gustaban ambos. No obstante, se mantuvo en silencio, ya que las doncellas bien educadas no bebían, además, a veces, esos *mejunjes* le producían un efecto singular. En primer lugar, los licores fuertes a menudo le hacían exponer comentarios inapropiados repentinamente, y, en segundo, la enviaban directa a un sueño dichoso.

Muy lentamente le estaba subiendo la temperatura, podría deberse al brandy o a la proximidad de Jasper, quien sabía.

—¿Por qué echaste a correr? —preguntó él, finalmente. El aliento repleto de whisky perturbó los rizos de la oreja de Lucy.

¿Por dónde empezar a responder esa pregunta? Ella lo consideró por un momento, sin embargo, el brandy hacía que la cabeza le flotase. Sería honesta.

—Eché a correr porque me habías quitado todas las demás opciones. —Lucy se volteó para mirarlo—. Corrí porque sé que no estoy aquí solo para ser salvada del duque de KetrIDGE. Hay otra razón, ¿no es así?

El semblante de Jasper se inclinó con tranquilidad.

—Corrí porque... —Pensó en Eloise contrayéndose de placer bajo él.

No, ella no iba a ser tan sincera. Entonces de repente frunció el ceño. ¿Cómo había llegado él a la puerta tan rápido? ¿Y cómo pudo escuchar algo con los gritos de Hamilton la Ramera en la oreja?

—Jasper, ¿cómo lograste oírme salir de la casa?

El giro repentino de la conversación hizo que este levantase la mirada, con los ojos de azabache confundidos.

—Estaba dormido en el estudio, pero creo que el sonido de los cerrojos me despertó. Entonces escuché claramente la puerta, y... me llevó un tiempo encontrar mis zapatos. ¿Por qué?

—¿En el estudio? —repitió con escepticismo.

Jasper parecía un poco avergonzado.

—Bueno, sí, parece que se ha convertido en un hábito nocturno. Necesito dejar el whisky... — Sonrió tímidamente.

Lucy no pudo contenerse.

—¿No estabas con Mrs Hamilton?

Eso lo sorprendió. ¿Por qué demonios debía estar con Eloise? Él sabía que esa mujer era un pozo de insinuaciones —las suficientes como para escribir una obra obscena—, aunque seguro que Lucy pudo ver que él no se hallaba interesado en ella.

—¿Por qué iba a estar yo con Eloise? —se aventuró a preguntar.

—Ella es tu amante. Yo escuché... Mmm... A alguien en su dormitorio. —Lucy sintió que se ruborizaba y miró hacia abajo. «Oh, cielos, que embarazoso». Unos dedos bajo la barbilla le levantaron la cabeza con cuidado.

—Mírame, Lucy.

A regañadientes, ella arrastró los ojos hacia aquella mirada intensa.

—Nunca me he acostado y nunca me acostaré con Eloise. No es mi querida. No he tenido ninguna amante, ni tampoco ninguna mujer, desde que regresé de la península. Si consideramos que Bill también anda algo extraviado, puedo suponer que era él quien estaba allí. Di que me crees.

La boca de Lucy se abrió levemente ante la idea de la elegante Eloise con... bueno, Bill.

—Yo... yo te creo —y así lo hizo—, pero ¿por qué estás conspirando con ella? ¿Tiene algo que

ver con mi hermano?

«Ah, el momento de la verdad», pensó Jasper. Se había dado cuenta, mientras la esperaba en el estudio, de que ya no podía seguir mintiéndole. Ella significaba mucho más para él. La conmoción de la huida y la posibilidad de que se hubiera lesionado le habían despejado la mente.

—Por favor, siéntate.

La condujo hasta el sofá, junto al fuego. Él acercó una silla al frente y le rellenó el vaso con brandy. Indudablemente eso ayudaría.

Se la veía condenadamente hermosa. Tenía el cabello suelto, después del remojo, y se le estaba secando gradualmente en suaves bucles. El licor también hacía su labor —quizás demasiado bien—, ya que él le notó un ligero arrebol calentándole las mejillas. Con los grandes ojos abiertos, Lucy se mordió el labio y él no tuvo otro deseo más que besarla con ferocidad. Una ráfaga de calor lo cercó al recordar el cuerpo de ella retorciéndose bajo el suyo.

Casi la había tomado.

La habría tomado si ella no le hubiera pedido que se detuviera.

Sintiéndose un poco avergonzado miró hacia otro lado, no sabía lo que le había pasado en el bosque. Se sintió tan salvaje...

Los ojos de Jasper volvieron a deslizarse por las mejillas de Lucy, hasta descansar en el cuello. Ella tiró de las solapas de la bata hacia arriba, aunque a él le dio tiempo de ver la marca, roja intensa, que la succión de su boca le había provocado. Se estaba tornando lentamente púrpura.

En ese instante él hubiese deseado perseguirla, atraparla y apropiarse de ella.

Se aclaró la garganta ante esa embarazosa admisión y se sirvió otro whisky. Nunca se consideró un ser particularmente posesivo. Le gustaban las mujeres, por supuesto; sin embargo, nunca sintió la necesidad de una relación permanente.

¿Qué debía pensar ella de él? ¿Que era una bestia? ¿Un libertino? O, viéndole el sonrojo en las mejillas, ¿le había gustado?

Ese pensamiento le produjo una agradable agitación. Él la recordaba apasionada, respondiendo a los besos, con la espalda arqueada y las caderas frotándose inquietantemente contra las suyas. Cuando ella había hecho esto último, él estuvo a punto de perder completamente el control.

—Pareces enojado, ¿te pasa algo? —le preguntó Lucy titubeante.

Jasper, obligando a que los dientes apretados se aflojasen, bebió un sorbo de licor.

—No, no estoy enfadado. Excepto conmigo mismo. Espero no haberte asustado esta noche.

Ella echó un vistazo dentro del brandy.

—No... sí... tal vez. Realmente no lo sé. No había sentido nada igual antes —admitió, con los párpados velándole los ojos azules.

Jasper suspiró. Ni él tampoco, aunque, a diferencia de Lucy, no iba a confesarlo. No hasta que él no le hubiese explicado toda la verdad.

—Necesito contártelo todo, pero, por favor, tan solo escucha.

Ella asintió con la cabeza en silencio, elevando las pestañas con expectación.

Comenzó por el principio. No un año antes, sino por la infancia, con Simon. Entonces ella lo entendería. La hizo reír con las escapadas de ambos y la hizo llorar cuando le relató su propio regreso, para encontrar a Simon muerto. Al llegar a la implicación del hermano de Lucy, ella guardó silencio.

—Confieso que originalmente te cortejé para acercarme más a tu hermano y obtener información sobre la situación.

«Esto está yendo a peor», pensó Lucy. Antes, al menos estaba ayudándola a escapar de Ketridge. En ese momento, en cambio, él reconocía que solo le prestaba atención para vengar al hermano. Luego, continuó esbozándole el indignante plan para cortejarla y abandonarla, la participación de Eloise y el secuestro final. Ella engulló más brandy.

Lucy se sentía fatal. Él le había mentido. Y no solo eso, sino que tramaba arruinarle la reputación. ¿Qué tipo de hombre era capaz de hacer algo así? El licor debió suavizarle el estado de ánimo, ya que el corazón le respondió: uno que amaba mucho a su hermano.

Ella no tenía energía para sentir indignación alguna. De hecho, simplemente se sentía entumecida y un poco aturdida. Jasper aún le explicaba algo, cuando se dio cuenta de que no lo estaba escuchando. Lucy arrojó los pies descalzos entre ella misma y el sofá.

—¿Por qué me besaste —le interrumpió— esta noche en la arboleda? —Ella degustó el brandy. Este se le subió a la cabeza y se mordió la lengua.

Jasper parecía sorprendido, y Lucy tuvo la impresión de que había interrumpido el monólogo en algún punto importante.

Un temblor la sacudió mientras esperaba la respuesta. Notó que los pómulos de él adquirían un matiz rojizo y que se estaba frotando la parte posterior del cuello. «*Marrravilllloso*», formularon sus pensamientos mal articulados. Él se encontraba avergonzado.

Ella cerró los pesados ojos, todavía esperando la respuesta mientras sofocaba un bostezo. Acercándose la bata al cuerpo inhaló el aroma de Jasper, que podía detectar débilmente en la tela. Se sentía caliente. Caliente y cómoda.

Observando el interior del vaso, Jasper vaciló. No podía mirarla directamente a los ojos heridos mientras le decía aquello. Utilizó entonces un tono de voz bajo y suave, como si hablar más fuerte pudiera asustarla.

—Te seré franco, Lucy. He disfrutado enormemente de tu compañía en el último mes, lo que hace que mis actos hacia ti sean aún más despreciables. Yo además... Siento... algo más que un mero afecto amistoso por ti —se apresuró a decir—. Te deseo, Lucy, en el sentido más físico. Y en el bosque, al sentirte debajo de mí, al tenerte finalmente tan cerca, después de todo este tiempo... ¡Maldita sea, casi exploto! No quise ser grosero, ni espantarte. ¿Puedes entenderlo?

Jasper levantó la vista, a tiempo para ver cómo el vaso caía de la mano de Lucy y rodaba sobre la gruesa alfombra verde. Estaba vacío. La cabeza le colgaba hacia un lado y tenía los labios ligeramente separados y los ojos cerrados.

—¡Condenado infierno!

Justo acababa de declarar las palabras más difíciles e importantes de su vida. En realidad, pensaba extenderse aún más. Y se había quedado dormida. Al día siguiente, se despertaría pensando todavía que él era un sinvergüenza a quien ella no importaba un ápice; y eso quedaba muy, pero que muy lejos de la verdad.

Lucy no se movió cuando Jasper se incorporó y la alzó en brazos, aunque este sintió cómo un ligero espasmo le afligía el cuerpo. Estrechándola contra sí, la llevó al dormitorio y la colocó tiernamente sobre la cama. Le tensó las mantas hasta el cuello y le apartó los cabellos de color miel de la frente.

¿Había sido ayer cuando le pidió a Bill que la secuestrase? Ella parecía tan firmemente atrincherada bajo la piel... Jasper le presionó una mano sobre la mejilla. Estaba caliente. Él puso cara de preocupación y retiró el cobertor.

Los ojos se posaron en la marca de amor del cuello de Lucy. De todos los desatinos a lamentar, ese no era uno de ellos. Aún podía saborearla: limpia y deliciosa. Habría deseado seguir marcándola por todas partes. Y, al hacerlo, se dio cuenta de que nunca la dejaría ir.

CAPÍTULO SEIS

*«Un hombre leal, al igual que un perro leal, debe ser bien apreciado.
Siempre y cuando, claro, no muerda al lacayo.
Puede resultar muy complicado encontrar uno bueno... Un hombre, no un perro».*
Tía Augusta

–¿Cómo pudiste? Teníamos un acuerdo.

Una mujer vociferando con furia despertó a Lucy y le produjo un doloroso martilleo en la cabeza.

De hecho, le dolía todo: las piernas, los brazos, los ojos... y el corazón.

Un rayo de sol la espizó a través de las cortinas bastante raídas y ella se cubrió la cabeza, para bloquear la luz, con una manta que le produjo comezón. Eso no ayudó. Estaba ardiendo intensamente, así que retiró la frazada e intentó erguirse. La habitación se extendió de una manera bastante desagradable cuando balanceó las piernas hacia el suelo.

Endiablado brandy. Que horrenda y repugnante pócima de Satanás.

La boca le sabía igual a la del viejo perro faldero de la tía Augusta, Blinky, que la había lamido en alguna ocasión con su lengua fétida. Catalogó otras percepciones: la cabeza le repiqueteaba, la garganta parecía haber hecho gárgaras con cristales y los huesos le dolían en solidaridad con la cabeza. En efecto, se sentía horriblemente en general.

Reconociendo que las voces seguían discutiendo, se abrió camino hacia la ventana.

–Te arrepentirás de esto, Jasper –berreó la mujer–. Vosotros, los hombres, sois todos idénticos, pensáis que podéis usarme y desecharme a voluntad.

–Yo no desecho a nadie. Tú y yo *hemos sido* y todavía *somos* amigos. Recuerda que también me estabas utilizando para hacerte el trabajo sucio.

–A pesar de eso quieres abandonar todos nuestros planes. ¿Entonces, qué? ¿Te vas a ir a vivir, feliz como una perdiz, con miss Ojos de Cordero? No, si yo tengo algo que ver. Sé cosas, Jasper, y que me condenen si otro varón me vuelve a utilizar.

–No me amenes, Eloise. Te aconsejo que lo dejes todo como está –propuso Jasper con un tono de acero.

–Al diablo contigo, estúpido... *dandy*.

Una puerta se cerró de golpe, seguida por el sonido de las ruedas de un carruaje crujiendo sobre la grava y los cascos de unos caballos martilleando en el cráneo de Lucy.

Así que, al final, había enviado a tomar viento fresco a Mrs Hamilton y abandonado los

planes... Eso estaba bien, pero ¿en qué lugar le dejaba a ella? No tenía claro qué pensar. ¿Qué pretendía hacer Jasper ahora?

—Miss Ojos de Cordero. —Lucy repitió deambulando pausadamente frente el espejo, ceñuda ante su reflejo—. Nunca he visto a nadie con ojos de cordero en mi vida.

Esa mañana, sin embargo, debió aceptar que mostraba un aspecto realmente preocupante. Tenía el semblante pálido y los ojos ensombrecidos y confundidos. Jasper, con toda probabilidad, pensaría que ese día se parecía más que nunca a un cordero.

Al menos ella todavía no era una estúpida *dandy*. Aunque no estaba completamente segura de lo que eso significaba, sonaba como un buen insulto; uno de los que su tía habría apreciado.

La doncella había dejado una pastilla de jabón y un aguamanil, y Lucy vertió gustosamente un poco de agua dentro de la bonita jofaina esmaltada de rosa. Se enjabonó el rostro y la garganta, disfrutando de la frialdad del agua en la piel caliente.

En el espejo polvoriento vio que tenía una marca oscura en el cuello. Cielos, era enorme. ¿Qué demonios le había hecho Jasper? Recordó las sensaciones increíblemente sensuales que le produjeron los labios, los dientes y la lengua, pero nunca pensó que aparecerían tan vívidas.

«¿Le pasaría lo mismo a un hombre? ¿Él se magullaría también tan fácilmente?». Pensó en hacerle eso mismo a Jasper, chuparle el cuello, morderle la piel morena y sorberla con la boca hasta que él gimiese...

Lucy sumergió la cara en la palangana deseando que el agua estuviese aún más fría.

Después de bajar sosegadamente las escaleras, tomó el desayuno, y, al ser ya muy tarde, le dijo a la criada que no necesitaría el almuerzo. Jasper le había dejado una escueta nota, declarando simplemente que iba al pueblo para ver a un arrendatario al que se le había desplomado el techo.

La noche anterior, él le explicó que el padre había empeorado rápidamente después del fallecimiento del hijo menor. Supuestamente, consideró a Jasper tan muerto como al hermano, y, al estar este combatiendo contra los franceses y sin otros herederos directos, el hombre dejó que la casa y las tierras cayeran en deterioro.

Ciertamente, parecía que había mucho que hacer allí.

Pasar el resto de la mañana en la biblioteca fue agradable, pero las palabras impresas se le volvían borrosas ante los ojos. Por último, admitió para sí misma que tal vez había pescado un resfriado. Estaba agotada, así que se dirigió a la cama.

No obstante, el sueño fue inquieto, los pensamientos se le enmarañaron hasta que despertó sobresaltada. El sonido de los cascos de un caballo la perturbó y, cuando el reloj finalmente se enfocó, vio que ya era media tarde.

La alcoba se expandió mientras ella se tambaleaba. Y, al decidir caminar sobre las, creía, robustas piernas, dando tumbos de lado a lado, aquellos monstruosos muebles —que ya eran lo suficientemente atroces— se le hicieron aborrecibles.

La siesta la había dejado agitada. Necesitaba ver a Jasper, preguntarle dudas, saber si él se preocupaba por ella después de todo. Lucy era lo suficientemente hábil como para reconocer que, aunque él pudiera sentir lujuria, no necesariamente debía sentir otros sentimientos más tiernos.

Abriendo la puerta, fue hacia la parte superior de la escalinata y se inclinó sobre la barandilla. Pronto deseó no haberlo hecho. La vertiginosa altura produjo que la cabeza le resonara metálicamente y tuvo que cerrar los ojos, por un instante, frente al dolor agudo.

Una voz masculina estaba hablando a la doncella, baja y levemente rasposa, como si dialogar le causara incomodidad. No era Jasper entonces. Abrió bien los ojos para acechar al individuo que entraba en el vestíbulo. Era increíblemente alto, más que Jasper y eso que ella lo creía grande.

Le pasó el sombrero de castor a la criada y, Lucy, finalmente, pudo ver una mata sucia de pelo rubio. Se volteó para quitarse un gran abrigo marrón y entonces su perfil derecho quedó a la vista. Era una cara hermosa, también cansada y deteriorada, con líneas de fatiga surcándola. Las ojeras que mostraba parecían aún peor que las suyas.

Él se dio la vuelta de nuevo, y Lucy contempló unas cuantas cicatrices de quemaduras en la mejilla izquierda. Estas le descendían por la garganta, bajo el nudo desaliñado de la corbata. En algún momento, aquel sujeto había estado presente en un terrible incendio.

«Qué agonía debió soportar», pensó, recordando cómo de niña se quemó la mano con una tetera caliente. Se había colado en las cocinas para robar unas galletas, pero aquel cacharro se le interpuso en el camino. Ella simplemente tomó con los dedos el mango para moverlo hacia un lado. El dolor fue insoportable y los médicos no pudieron hacer otra cosa que dosificarle láudano hasta que la piel hubo curado.

Ese pobre hombre debió sufrir durante meses.

Sería mejor bajar y saludarlo. A lo mejor Jasper también había regresado. Ella apartó los codos del pasamano y se enderezó, aunque el movimiento repentino le volvió a causar dolor de cabeza. El martilleo retornó de nuevo.

El dolor penetrante casi la hizo vomitar, a medida que el vestíbulo giraba frente a sus ojos. Bruscamente se alejó de la baranda, sabiendo que estaba a punto de desmayarse. Sentía el cuerpo muy caliente y pesado. Sin embargo, la inconsciencia llegó lentamente. Pudo sentir como descendía una niebla negra. Pero, en lugar de bregar contra ella, como drogada, dio la bienvenida a la oscuridad, libre de dolor, y se desmoronó contra el suelo.



Jasper finalmente volvió a Danbury Manor poco después de las seis, totalmente exhausto. Después de llevar a Lucy a la cama la noche anterior, no fue capaz de dormir bien. Las imágenes del día, además de algunas estampas de Lucy en el bosque, le habían revoloteado tras los párpados. La imaginación había llenado ciertos vacíos, consiguiendo olvidar la parte donde ella protestaba por sus atenciones.

Al final se quedó dormido.

Despertó alterado y dolorido. Sentenciando que no podía pasar todo el día así, resolvió coger el toro por los cuernos y solucionar el problema. Entonces oyó a Eloise chillar a la doncella. Eso le sofocó el ímpetu. Así que tuvo que prepararse para afrontar el día.

Desayunar con esa mujer y manifestarle que no tenía intención de abandonar a Lucy, fue liberador. Simon lo habría aprobado. Eloise, en cambio, no se fue sin provocar un alboroto y lo que ella pudiese hacer, en ese momento, le preocupaba.

Estaba a punto de ir a buscar a Lucy cuando Samuel, el administrador de la propiedad, apareció con la noticia de que parte del techo de un inquilino se había derrumbado. Normalmente lo habría dejado al mando para lidiar con un incidente así, pero la hija del arrendatario también resultó lesionada y el trabajo requería personas y dirección.

Casualmente un buen médico se hallaba cerca. Se trataba de su viejo compañero, Lucas Mainwaring, que se alojaba en la casa de un vecino. Jasper había enviado a Bill, que parecía bastante cansado, a buscarlo. Mainwaring se formó en medicina tras retornar a casa de la guerra en Francia, hacía un par de años, y poseía una aptitud natural para esa profesión.

En cuanto al papel exacto que su camarada desempeñó en la guerra, nunca estuvo convencido del todo. Lucas era oficialmente Mayor, no obstante, Jasper tenía bastante claro que también fue

una especie de espía. Sin embargo, uno no formulaba ese tipo de preguntas acerca de un caballero, especialmente teniendo en cuenta que este había sido gravemente herido durante ese periodo.

Jasper todavía estaba sirviendo en España durante el tiempo de convalecencia de Lucas en Inglaterra, aunque hubiera deseado estar allí para ayudarlo a mantener alejados a los demonios azules. Durante la recuperación de las terribles quemaduras de Mainwaring, le fue administrado láudano. Luego había tenido que pasar otro largo periodo de tiempo restableciéndose de sus efectos.

Mientras estuvo apartado durante casi un año, su amigo leyó todo lo que le cayó en las manos sobre medicina y ahora era un profesional excelente. Había conseguido el título de conde de Helmdon tras la muerte de un primo, seis meses antes, pero él aún prefería ser Mayor o Doctor que aquel noble linaje; para gran disgusto de la madre.

En un santiamén, el médico dispuso una tablilla para la pierna de la niña. Lucas manifestó un cuidado y una ternura que Jasper raramente veía en él. El hombre era efectivo y temible en el campo de batalla, pero en casa tenía un corazón sensible.

Una vez atendidas las contusiones, Jasper lo invitó a Danbury Hall a cenar y a pasar la noche. Era lo menos que podía hacer.

Hallar a los inquilinos restablecidos y recibir la promesa de la reparación por parte del techador de paja, le había llevado un par de horas más de lo esperado; por lo que llegaba tarde. Jasper se encontraba ansioso por ver, al menos, un instante a Lucy antes de la cena. Que Lucas se quedara allí, significaba otra noche en la que no podría hablar con ella adecuadamente. Pensaba visitarla en su cuarto más tarde, aunque, al ser Mainwaring un buen bebedor, bien se les podía ir la mano.

Pidió que le preparasen un baño y luego se encaminó al estudio para tomar un rápido trago de whisky. Lucas se encontraba de cara a la ventana con un vaso de licor ya entre los dedos.

—¡Qué bueno ver que has comenzado sin mí! No puedo agradecerte lo suficiente el haberme ayudado hoy.

Lucas se dio la vuelta, con la mandíbula tensa y los ojos como el sílex.

—¿Qué pasa? —La garganta de Jasper se agarró por la preocupación—. ¿Es por Lucy?

—Por así decirlo.

—¿Dónde está? —Jasper arrugó la frente.

El amigo colocó el vaso suavemente sobre la mesa, pero Jasper pudo percibir que estaba muy molesto.

—Llegué para descubrir que la joven se había desplomado en el pasillo de la planta superior. Oímos el golpe desde la entrada. Probablemente se desmayó por el cansancio y por el enfriamiento que parece haber contraído.

—¡Demonios! ¡Debo verla! —Jasper dio la vuelta para salir. Sin embargo, no acudió a ninguna parte, ya que fue repentinamente agarrado de la camisa, arrastrado de regreso y golpeado firmemente contra la puerta. —¿Lucas, debo...?

—No, hasta que yo obtenga algunas respuestas.

Forcejeó para liberarse del control de su amigo, pero, aunque Jasper era fuerte, el otro lo había cogido por sorpresa y lo tenía amarrado con firmeza. Podía patearle los testículos, y no dudaría en hacerlo durante la lucha, aunque, francamente, le parecía poco caballeroso. Él también quería saber qué demonios estaba pasando.

Lucas le acercó el rostro: —Yo, mejor que nadie, sé que la guerra puede modificar a un hombre, Jasper. Así que, cuéntame ahora si fuiste tú quien le hizo esos hematomas a la chiquilla de allá arriba.

¿Querría decir el moratón en el cuello? Jasper arrugó el ceño. Indudablemente, no. Lucy pudo quedar magullada por el secuestro, en cambio Bill le prometió que solo había recibido un pequeño golpe en la cabeza. La caída que sufrieron en el bosque le vino a la mente, pero él se giró para que Lucy le cayera encima. En todo caso, había sido el propio trasero de Jasper el que recibió el impacto.

Ante su indecisión, Lucas lo golpeó contra la puerta una vez más.

–No he lastimado a Lucy de ninguna de las maneras. Te lo aseguro.

–¿Cuánto tiempo lleva ella aquí?

–Hoy será la tercera noche.

La frente de Lucas se relajó y soltó a Jasper, sonriendo tímidamente mientras le alisaba la camisa.

–Lamento haber pensado mal de ti, Jasp, pero los repetidos combates pueden crear extrañas mutaciones en una persona, incluso al más fuerte.

–No pasa nada. Tú siempre has protegido a las mujeres. Háblame de Lucy, ¿qué ocurre?

–Lo primero, es que ella se recuperará; puedo ver que estás preocupado por la chica. Tiene un resfriado, nada serio que no solucione un día de cama, y también algo de fiebre, aunque no creo que evolucione más. El sueño es fundamental. Ella parece muy cansada. –Lucas lo observó acusadoramente, sin embargo, luego se volvió y se pasó una mano por el desordenado cabello rubio. Vaciló por un momento–: También tiene una gran cantidad de hematomas en un costado. En el muslo, la cadera y el brazo derecho. Es posible que ella se haya caído, pero, si me lo preguntas, fue algo más violento. Los cardenales están sanando y en la actualidad son amarillentos, lo que significa que se produjeron hace más de cuatro días.

–¿Una caída desde un caballo?

–No me interrumpas, Jasp. –Lucas sonrió. Percibió cómo su amigo se estaba mordiendo la boca, impaciente por tener noticias sobre la muchacha–. Ella también tiene morados en la parte superior de los brazos, hechos en el mismo momento... Son marcas de dedos.

Jasper sintió que la furia lo atravesaba.

–¡Condenado malparido! –escupió. El único ser en el que pudo pensar, capaz de poner las manos sobre Lucy, era el hermano.

Agarró el vaso que le ofreció Lucas sin mirar el contenido, lo presionó contra la palma de la mano e ingirió todo el brandy de un largo trago. Entonces se sacudió.

–¡Brrr! ¡Por los clavos de Cristo! No me des esta bazofia francesa. Dame un brebaje como Dios manda. –Su camarada le pasó un whisky y esta vez bebió un sorbo, justo el suficiente para librarse del sabor galo–. Debe ser el hermano, es un completo bastardo.

–Cuéntame más. Preveo una larga historia.

–Lo haré esta noche, pero necesito ver a Lucy primero y bañarme después.

–Estoy de acuerdo –Lucas asintió con ironía–, aunque haz primero lo último. Apesta, hombre, no la importunes. Le di un sedante a base de hierbas, pero, incluso así, tu hedor despertaría al diablo.

–Majadero. –Se desquitó.

–Ah, por cierto –observó el amigo mientras Jasper alcanzaba la puerta–. Tiene un feo morado en el cuello. Parece ser que también fue atacada por algún tipo de alimaña, una fiera, en mi opinión.

Sin girarse, Jasper levantó el dedo corazón por encima del hombro y abandonó la sala, colmada por la risa de Lucas.



Ambos individuos habían abandonado las corbatas y las botas mientras holgazaneaban en el estudio. Se hallaban bastante embriagados. Jasper había visitado antes a Lucy, pero esta dormía profundamente. Por fortuna, Elspeth le informó de que la fiebre estaba bajando y los escalofríos disminuían.

La ira aún latía a través de las venas de Jasper, no solo hacia el hermano de Lucy, sino también a sí mismo por haberle hecho pasar por esa odisea los últimos días. Lo que sí le dejó en claro, sin embargo, fue un plan para el futuro. Saboreó un trago de whisky mientras se la imaginaba en los brazos, en la cama, debajo de él...

—¡Puaj! Se te ha puesto otra vez esa cara... Es de lo más repugnante, compañero —masculló Lucas.

Le había contado todo a su colega y Lucas decidió no decir ni una palabra hasta el final, cuando lo llamó descerebrado. Él no se lo tomó como una ofensa, de hecho, era la verdad. En todo caso, Lucas había sido bastante comedido.

Jasper se escoró hacia adelante.

—¿Y qué hay de ti, amigo mío? Necesitas una esposa.

—Miss Lazenby es preciosa... Y la he visto con solo la camisola puesta. —Sonrió con malicia.

—Estoy al corriente de eso y trato de olvidarlo, pero si vuelves a mencionarlo te mataré —replicó Jasper con su tono más amable.

—Lo mismo te ocurrirá si me repites de nuevo la palabra *esposa*. No creo que mi vida sea muy propicia para el matrimonio. Soy un desastre, Jasp, en todos los sentidos. Ninguna mujer en su sano juicio me aceptaría.

—¡Entonces habrá que encontrar una que no lo esté!

Se sentaron con un silencio cómplice, mirando fijamente las ascuas agonizantes del fuego.

—¿Eres consciente de que antes podría haberte pateado las pelotas? —gruñó Jasper.

—¡Ja! Me hubiera sido indiferente. ¡Tengo las pelotas de hierro! ¡No ves que me las apalearon sin parar en Francia!

—¡Pelotas de Hierro! —declaró, carcajeando—. Nunca permitiré que olvides eso. Será tu nuevo mote.

—Como tú quieras, Jasp, como tú quieras...

Ambos se dejaron caer en las sillas, sabiendo, en el fondo, que todavía estarían allí por la mañana.

CAPÍTULO SIETE

«Prefiero escuchar antes a mi Blinky maullar como un gato, que a un hombre jurando que me ama».

Tía Augusta

Jasper despertó sintiéndose revivido, a pesar de que Lucas y él se habían ido, dando bandazos, a la cama, casi a las cuatro de la madrugada, después de desvelarse en el estudio tras un fuerte ronquido del compañero. Ya eran más de las diez, bastante más tarde de lo que él hubiera pretendido, pero no era fácil ver a Lucas a menudo.

A toda prisa, desayunaron juntos; con la curiosa expresión «pelotas de hierro» flotando sobre los huevos con tocino, lo que provocó que Lucas se fuera riendo a carcajadas. Sentaba bien verlo de buen humor por una vez, ya que se notaba que la vida no le satisfacía. En la escuela siempre había sido travieso y de naturaleza bondadosa, y el cambio en él, desde que retornó del continente, era notable.

Lo primero que hizo el buen doctor fue explorar a Lucy, anunciando a Jasper que respiraba mejor. Entonces este último se apresuró a ir a verla. Lucas le había administrado otro somnífero a la mañana, por lo que Jasper tomó un libro y despachó a la criada. «¡Al diablo con el decoro!», pensó; aunque ya era algo tarde para eso. Además, Elspeth parecía agotada.

Arrastrando una silla, se sentó junto a la cama. Con suerte, Lucy se recuperaría ese mismo día y él podría poner en marcha sus planes. En realidad, se la veía mejor, puesto que las ojeras ya no le atormentaban los ojos y el agudo rubor le había abandonado las mejillas.

Parecía que le gustaba dormir despatarrada sobre la cama, aunque podía ser a causa de la fiebre. La doncella le había anudado el cabello con una cinta, sin embargo, este se había escapado de sus confines y grandes mechones se extendían sobre las almohadas. Un brazo lo tenía posado de forma brusca sobre la cabeza, tirando tensamente de la camisola sobre los senos. El otro lo estiraba lejos del cuerpo. Él se agachó muy cerca para cubrir aquel delicioso panorama con la manta.

–Jasper –murmuró ella.

–Estoy aquí, corazón, tú descansa. –Él le apartó el cabello del rostro y ella sonrió adormilada.

Girando hacia un lado, Lucy hizo una mueca. Volvió nuevamente a la posición anterior, y Jasper se dio cuenta de que debía haberse apoyado sobre los moratones. La furia le brotó desde dentro al recordar tanto su propio maltrato como el de los demás.

Cuando Lucy se dio la vuelta, la camisola le resbaló del hombro y él asistió a una hermosa

vista de la suave piel. Sabía que estaba mal, pero no pudo evitar deslizarle una mano por el cuello y hombro. La sintió sedosa y delicada. Frunciendo el entrecejo, atisbó el borde de un hematoma en el brazo y bajó un poco la manga. Hizo un gesto ante la lívida marca amarilla. Era consciente de que algunos individuos eran sencillamente malvados, pero ¿qué le había sucedido a Richard Lazenby para hacer algo así?

Durante el galanteo con Lucy descubrió que el hermano era astuto y malicioso, pero ni por un momento imaginó a un ser violento.

¡Demonios! ¿En qué había estado él pensando? Originalmente, Jasper había planeado enviarla de regreso junto a Lazenby con la reputación arruinada. ¿Qué le habría hecho ese zafio entonces? Maldijo su propia estupidez. Sacudió la cabeza antes de devolver la manga de Lucy, de mala gana, al sitio, cogiendo en su lugar el libro sobre razas extrañas de cerdo.

Lucy se despertó con una sed horrible y un aún más horrible sabor en la boca. Se quedó inmóvil, y se preguntó por qué siempre se despertaba últimamente sintiéndose tan tremendamente mal.

¿Había vuelto a tomar demasiado brandy? No, no lo creía. La cabeza no le dolía lo suficiente como para eso, pero todavía notaba la garganta inflamada. Un resfriado, eso era lo que tenía. Abrió los ojos y, aunque brillante, todo le pareció normal.

Bueno, tan normal como podía serlo cuando unos querubines rechonchos te sonreían de esa forma inánime y estúpida.

Ella movió la cabeza hacia la izquierda y agradeció que la alcoba no se balanceara de forma antinatural, sino que se mantuviese en el sitio, como debía ser. Jasper estaba sentado en una silla, leyendo.

Cielos... Ella cerró los ojos y los abrió de nuevo. Sí, él aún permanecía allí. Se le antojó riquísimo, lo suficiente bueno como para comérselo, todo bronceado como... como un bizcocho tostado. El estómago le retumbó bastante fuerte. Tal vez él era un espejismo causado por la inmensa hambre, sin embargo, el espejismo la miró y sonrió.

–Estás despierta. ¿Cómo te encuentras? –Dejó la silla y se sentó en el borde de la cama, encorvándose sobre ella.

Lucy, en principio, no quería abrir la boca para responder. Sentía un pútrido sabor en la lengua, así que, bajo ningún concepto debía respirar sobre Jasper.

–Sedienta –musitó con los labios fruncidos.

Después de verter un poco de agua, la ayudó a sentarse para beber. Ella tragó con voracidad.

–Espacio, espacio, o volverás a enfermarte.

El estómago parecía estar de acuerdo, puesto que emitió notables ruidos de gorgoteo. Lucy se sonrojó avergonzada.

–¿Hambrienta? –Sonrió Jasper.

Ella, sencillamente, se limitó a afirmar con la cabeza, ya que el agua no había mejorado el mal sabor de la boca, solo lo había diluido.

–Pediré a la criada que te traiga algo y te ayude a comer. Son casi las dos de la tarde y debo irme a tomar algo yo también. Quizás, si te sientes bien, podrías acompañarme esta noche para cenar.

Lucy asintió una vez más y Jasper arrugó el ceño.

–¿Te duele demasiado la garganta para hablar, Lucy?

Ella asintió por tercera vez.

–No bajas a cenar a menos que te sientas lo suficientemente recuperada, ¿de acuerdo?

Afirmando con la cabeza, gracia a Dios por última vez, mantuvo los labios firmemente

cerrados mientras él se inclinaba y le daba un tierno beso en la frente. Era solo una dulce y suave caricia, pero aquel roce permaneció y el calor le caldeó las extremidades.



Después de un almuerzo a base de caldo, queso y fruta, Lucy se sintió mucho mejor. Echó otra siesta por la tarde, aunque un descanso de casi tres horas no podía considerarse ciertamente una siesta. Ahora solo el dolor de garganta persistía.

Se arregló para la cena con la ayuda de la doncella. Elspeth refunfuñó acerca de preparar otro baño tan pronto, sin embargo, Lucy se lo agradeció. También el abundante suministro de polvo dental.

El hermoso vestido de noche que eligió era rosa, un color que normalmente no le sentaba bien, pero este era de un tono oscuro con adornos blancos y hacía que la piel le reluciese. Quería exhibir lo mejor de sí esa noche, ya que necesitaba un poco de coraje para hablar con Jasper. Tenía claro lo que le quería decir y estaba convencida de que él la entendería.

Cuando entró en el salón lord Danbury ya se encontraba en pie, junto a la chimenea, luciendo muy elegante con un chaleco azul marino y un frac a juego. La corbata era de una elegante simplicidad, de un blanco nieve en contraste con el rostro bronceado.

—¿Sherry? O tenemos limonada, si prefieres algo más ligero.

—Un poquito de sherry, por favor. —Indudablemente, no debería; teniendo en cuenta la cantidad de somnífero que la criada le había vertido por la garganta la noche anterior. Además, la idea del brandy aún le hacía estremecerse, pero necesitaba un influjo tranquilizador y una dosis de confianza para cenar a solas con Jasper.

Apenas hubo tiempo para un sorbo, antes de que Robinson anunciara la cena y se dirigieran al comedor. El último ágape allí había sido un acontecimiento desastroso, con Mrs Hamilton, y esperaba que este fuera más agradable.

La comida era simple, aunque exquisita. Jasper, obviamente, había ordenado a la cocinera que fuese ligera con las viandas teniendo en cuenta la enfermedad de Lucy. Esta se preguntó, de forma inconsciente, por qué él tenía que ser tan considerado. Entonces, por qué no debía amarlo... No, no. Meneó la cabeza, no... Ese hombre le *gustaba* demasiado...

Después de todo, ninguna chica en su sano juicio podría amar a un ser que la secuestraba, le mentía y luego la besaba, sometida de un modo primitivo.

Seguramente.

Jasper vio cómo negaba con la cabeza y fruncía el entrecejo. Eso no era un buen augurio para la serie de preguntas que estaba a punto de formular, no obstante, necesitaba respuestas.

—Lucy, tengo una pregunta bastante delicada que hacerte. Espero que no te ofendas.

Ella alzó la vista, con la cabeza inclinada hacia un lado, y él hizo una pausa. Otras veces había intentado exponerle eso mismo y, sin embargo, siempre se sentía un intruso o un entrometido.

—Bueno, no lo sabré hasta que me preguntes —propuso Lucy de manera juguetona, elevando una ceja.

Diantre, ella se veía muy tentadora. Quizás no debería fastidiarla con preguntas, sino únicamente sentarla sobre el regazo y besarla con insensatez. Pero no, tenía que destapar la verdad, por lo que respiró hondo.

—¿Te ha lastimado tu hermano en el pasado? Quiero decir... con violencia.

Los labios de ella se abrieron y luego se cerraron, sin que nada saliera de ellos. Miró hacia abajo, se llevó la servilleta a la boca, dio unos ligeros toques y luego la colocó sobre la mesa,

lenta y cuidadosamente.

–¿Por qué piensas eso?

–El doctor mencionó que tienes grandes cardenales en uno de tus costados, algo que debió haberte sucedido antes de que vinieras aquí. –Ella abrió la boca para hablar, aunque Jasper se anticipó por si culpaba de ello meramente a una caída–. También encontró moratones en tu brazo, con forma de huellas de dedos –y, doblándose hacia adelante, continuó–: Puedes hablar conmigo, Lucy. Si no ha sido tu hermano, ¿quién fue? Yo puedo protegerte.

–Tuve un resfriado. ¿Qué estaba haciendo el médico examinándome el cuerpo? Es lo que deseo saber.

Jasper no había previsto eso. Ella era espontánea, él lo sabía. Creía que inequívocamente apreciaría a un confidente, a un amigo con quien hablar; sin embargo, en ese momento podía verle un creciente rubor enojado en las mejillas.

–Te encontraron tirada en el piso de arriba. Imagino que no te acordarás, porque tenías fiebre, pero Lucas debía cerciorarse de que no te hubieras lesionado al caer. Mainwaring es un amigo personal y un hombre de la mayor discreción.

–Excepto contigo, parece –replicó ella–. ¿Te dio también mis medidas? ¿O estabas tú con él en la alcoba mientras hacía la *exploración*?

Jasper no tenía muy claro cómo la conversación había conseguido descontrolarse tanto.

–No estuve en el dormitorio cuando te examinó. Hoy solo me senté un rato a tu lado, y fue porque la doncella se encontraba agotada. El doctor se preocupaba por ti. Él pensó... pensó que yo podría haberte causado esas contusiones. En todo caso, él se hallaba defendiéndote. –Observó cómo Lucy se reclinaba en la silla, aparentemente calmada–. Tu hermano, Lucy. Necesito saberlo.

–No es asunto tuyo, Jasper. Entiendo tu necesidad de venganza contra él. En verdad la comprendo, pero ya no me usarás más para lograrla. Cada vez que pienso que tú podías sentir... Oh, no importa. –Lucy volvió la cara, estaba muy indignada–. Siempre que me mires pensarás solo en lo que te hizo mi hermano. No creo que consigas olvidarlo. –Respiró profundamente y continuó–: Tengo parientes en Escocia con los que puedo quedarme y me gustaría partir tan aprisa como sea posible. Una diligencia será más que adecuada. Si pudieras llevarme a la posada más cercana, tomaré mi propio camino. No obstante, te agradecería algún dinero. Mi tía te lo reembolsará una vez que lleguemos allí.

Sin palabras. Jasper se quedó sin palabras. El ajuste de cuentas contra el hermano ya no era una preocupación. Él solo la quería a salvo.

–Por favor, Lucy, el resarcimiento es ahora en lo último que pienso.

–Mañana, si es posible. –Ella se levantó del asiento.

Jasper también se incorporó. No podía pensar en decir nada más, excepto en algo para cumplir sus deseos.

–Muy bien, si eso es lo que quieres realmente.

–Eso es. No deseo tu compañía por más tiempo.

Dolido por esas palabras, arremetió–: No te opusiste a mi compañía cuando te cortejé, ni en el bosque al retorcerte con mis caricias. ¿Te opusiste acaso? –Ella todavía veía lo peor de él, creía que lo único que le interesaba era la venganza–. Podría haberte tomado.

–¡Todo era mentira, Jasper! –aulló, llorando–. Tu cortejo, tu seducción... ¡Todo!

–No, Lucy, por favor, esto no ha salido como yo había planeado. Escúchame.

–He escuchado lo suficiente, lord Danbury. Me duele la garganta y voy a retirarme. Buenas noches.

Salió precipitadamente de la estancia y Jasper no intentó detenerla.

¿Por qué ella no debería odiarlo? Había hecho todo aquello de lo que se le acusaba, y ahora, además, también era culpable de enamorarse de Lucy Lazenby. Planeaba decirle esa misma noche que la amaba, después de que ella le descubriese la verdad sobre su hermano. Que nunca nadie más volvería a dañarla, que la querría hasta que los dos fueran viejos y canos.

Lo había echado todo a perder.

Lucy llegó al dormitorio con sorprendida serenidad y control. Se iría a Escocia y se quedaría con su otra tía. A Jasper ella no le importaba en absoluto, ya que estaba obsesionado con el desquite contra su hermano. Lo que lo impulsaba no era la preocupación por su bienestar, sino la revancha.

Escocia... Parpadeó rápidamente al sentir un escozor en los ojos. Escocia le traería nuevas posibilidades. Una lágrima se le escapó y la enjugó. En Escocia conocería a nuevos pretendientes, íntegros y honestos. Le brotaron más gotas y se dejó llevar. Se arrojó sobre la cama y lloró con frustración y dolor.



Jasper salió del estudio, a trompicones, alrededor de la medianoche. Esperaba que algunos tragos de whisky le ayudaran con el dolor, casi físico, que sentía en el pecho cada vez que pensaba que Lucy lo iba a abandonar.

Después de dos vasos, recapacitó: solo le habían servido para sentirse peor. El licor no iba a funcionar, esta vez no. Así que, como alternativa, miró al fuego con la mente llena de remordimientos. Supo que Lucy era especial en cuanto la conoció, tan diferente del hermano como la luna del sol.

Sí, debería haber escapado con ella a Gretna Green. Entonces se habrían casado y la hubiese traído a Danbury Hall como esposa.

Caminando con dificultad por el pasillo hacia su cuarto, se detuvo frente a la puerta de ella. Seguramente estaría durmiendo profundamente, feliz con el conocimiento de que se iría en breve a Escocia y podría olvidar todo acerca de ese episodio desafortunado de su vida. Oyó un bramido ahogado y se quedó inmóvil. De repente, escuchó otro y esta vez sonó algo parecido a un «¡no!».

¿Había alguien allí? Tuvo una fugaz y oscura visión de Bill airado con Lucy, por los arañazos que esta le ocasionó. ¿Estaría recibiendo un castigo? Ciertamente, no lo creía. Siempre había confiado plenamente en él.

–Lucy, ¿estás bien? –imploró, golpeando con fuerza.

No hubo más respuesta que otro grave llanto. Así que tanteó la puerta, aliviado al ver que no estaba el cerrojo echado.

No había velas encendidas, pero una brillante luna iluminaba a través de la ventana sin postigos. Las mantas se hallaban tiradas por el suelo y Lucy permanecía cruzada diagonalmente sobre la cama. El cuerpo de Lucy se movía con desasosiego de un lado a otro. El cabello era una maraña sobre la cara y tenía la camisola enroscada entre los muslos, mostrando las piernas bien proporcionadas. Se encontraba sola.

–Déjame ir... –balbuceó ella, seguido de algo más incoherente.

Instantáneamente, Jasper corrió al lado de la cama y le palpó la frente para buscar síntomas de fiebre, aunque, gracias a Dios, estaba fría. Se sentó junto a ella y le apartó los mechones de color miel para que pudiese respirar mejor.

–¡No, Richard, no...! ¡Me haces daño...! –vociferó Lucy. Él apretó los dientes.

Parecía que, en efecto, era el hermano el causante de esos hematomas y, probablemente, el interrogatorio de Jasper había originado los malos recuerdos. Se sentía, a la vez, culpable y responsable de la pesadilla.

–Lucy, mi dulce niña. –Se inclinó sobre ella acariciándole la frente, la mejilla, el cuello—. Despierta, soy Jasper. Nadie va a hacerte daño aquí. Estás a salvo. Mi amor, despierta.

La besó en la boca con ternura y los párpados de ella se irguieron vacilantes.

–¿Ja... Jasper?

–Mmm. –Él la besó nuevamente, algo menos afectuoso esta vez, más intencionado—. Estoy aquí –susurró.

En el momento en que entró en el cuarto de Lucy y la vio acostada en la cama, el sentido común de Jasper se había evaporado. No pudo impedir que los labios rozasen los de la muchacha una vez más, pellizcándolos suavemente. Ni evitar que las manos le rodeasen el cuerpo, atrayéndolo hacia él. La tenía entre los brazos, tan accesible, devolviéndole el beso. Pero él anhelaba algo más.

–Confía en mí, Lucy.

Ella le obedeció, y Jasper movió la lengua para reclamar aquella dulzura embriagadora. Lo envolvió el exótico y atractivo aroma a jazmín de la sedosa piel de Lucy. Una delicada mano le rozó el pecho y él liberó de la garganta un gemido torturado, permitiéndose entonces fraguar con la boca un camino sobre el rostro y el cuello de su amada.

Se apoyó sobre un codo y acarició con la mirada la cara enrojecida de Lucy: los ojos medio cerrados y relucientes a la luz de la luna, los labios algo entreabiertos. Parecía la encarnación misma de la tentación. Él no pudo resistirlo y dejó que una mano explorara la suavidad de la mejilla, la tersura de la garganta y el hombro. Continuó acariciándola sobre la ligera camisola, que se le aferraba ceñida y complaciente al torso.

Encorvándose, le tomó otra vez la boca, resuelto e insistente. Los dedos errantes encontraron el pecho, coronado por un pezón duro, y pasó el pulgar sobre él, rozando la punta. Lucy, con el cuerpo contorsionado, suplicante y deseoso, gimió y luego le devolvió el beso, vacilante, exigiendo todo lo que él había siempre imaginado.

Los suaves dedos de ella se posaron en la sensible nuca de Jasper, y él entonces sintió el duro roce de las uñas provocándole un latigazo hasta la ingle, abrasada y prieta. La mano de Jasper continuó su propia búsqueda de placer, tensándose con precisión sobre los senos, empujando la camisola hacia un lado. En todo ese tiempo, las bocas se encontraron y solo se separaron para reunirse de nuevo con gran vehemencia.

Los dedos transitaron el camino hacia el estómago de Lucy, recorriendo el material sedoso a medida que avanzaban. Los muslos de ella se encontraban levemente separados y Jasper acogió la invitación, deslizándose la mano hacia abajo con ansiosa necesidad. Él era ligeramente tosco, ligeramente atrevido mientras la acariciaba; pero todo el cuerpo de Lucy se curvó y se sacudió, como respuesta a ese plácido contacto.

Un gímoreo entrecortado se le escapó de los labios. Estaba tan dispuesta, que la figura entera de Jasper se oprimió con fuerza contra ella con un afán desenfrenado.

Aunque él no le haría el amor.

No allí, y no en aquel instante. La quería como esposa, y los cánones dictaminaban, sin excepciones, que debía ser correcta, decente y honrada. Desgraciadamente, los actos de amor no se incluían en ninguna de esas tres categorías.

–Por favor, Jasper... Te necesito –musitó.

Esas palabras hicieron que el hombre ardiese. Sí, le daría lo que ella suplicaba. A lo mejor, podía unirlos a él a través de la lujuria devoradora que ambos sentían. No obstante, se contendría muy bien en tomarle la virginidad, al menos mientras la incompreensión se interpusiera entre ellos.

La volteó hacia un lado y él se desplazó detrás, rodeándola con los brazos. De esta manera podría resistir mejor la pasión, la abrasadora dulzura de los labios y las palabras. Deslizó un brazo para poder masajearle el pecho, mientras que la otra mano regresaba al foco de placer de Lucy.

La acarició y provocó hasta que ella jadeó su nombre, con un aliento roto y repetido en los labios. Lucy rápidamente cogió el ritmo y comenzó a frotar la pelvis contra la mano de Jasper, presionándole los brazos con los dedos. Él disfrutó del roce apasionado de las uñas, mientras trataba de concentrarse en el placer de su amada.

Pero el cuerpo de Jasper demandaba ya sus propias necesidades. Las nalgas de ella se restregaban inquietas contra la entrepierna de Jasper, enviándole una irreprimible lujuria a lo largo de las venas. Entonces las caderas de él comenzaron un baile, empujando en tándem contra tal delicadeza.

Lucy chillaba, deshaciéndose entre los musculosos brazos. El sonido era fuerte en la quietud del cuarto. Tenía combado el abdomen y frotaba los glúteos contra él con una insensata agonía.

Jasper intentó detenerse. Apretó las mandíbulas y se puso tenso, aunque fue en vano. Estaba demasiado concentrado en el gozo, y demasiado consumido por la sensación de tener a aquella deslumbrante mujer junto a él, por lo que las caderas mantuvieron los vaivenes y la placentera fricción, empujando insistentemente, hasta que la dicha cayó sobre él.

Fue arduo, rápido y satisfactorio; y ahogó un bramido, hundiendo los dientes en el arco del hombro de Lucy.

Los cuerpos vibraron juntos. Jasper pudo percibir el aliento tembloroso y los rápidos latidos de Lucy, que armonizaban con los suyos. Estrechó aquel tesoro y ella gimió débilmente. No quería que nada interfiriese en ese momento. Nunca se había sentido tan perfecto, ni tan satisfecho.

Cuando pudo elevar la cabeza, se apartó un poco. Las ropas de ambos estaban fundidas, pegajosas y sudorosas. Tiró del hombro de Lucy. Necesitaba verle los ojos azules mientras ella los abría con lentitud. Estaba muy bella. Tenía las pupilas tenuemente vidriadas y la respiración, rápida y fuerte, le surgía de los labios rojos e hinchados. Jasper le acarició sutilmente el rostro con los dedos.

—Qué sueño más encantador... —ronroneó Lucy, y la mano de él vaciló.

—No es un sueño, mi amor. Soy real. Siénteme. —Él le llevó una palma a la mejilla, sin embargo, el lindo semblante se arrugó y negó con la cabeza, con los párpados protegiéndole los globos azules.

—Tan solo es un sueño —balbuceó.

—No, soy real, Lucy. Pruébame. —Bajó la cabeza para besarle los labios una vez más, pero ella se dio la vuelta.

De repente, nada parecía sensato.

Retirándose hacia atrás, los ojos de Jasper atraparon el vaso vacío en la mesita de noche.

—Lucy, ¿has tomado somníferos?

Aunque era obvio que lo había hecho. ¿En qué demonios estaba él pensando? La muchacha se hallaba medio fuera de sí a causa de esa pócima, no era de extrañar que creyera que todo era un sueño.

Él se restregó los ojos con un brazo. Maldita sea, casi le había tomado la virginidad mientras ella se encontraba demasiado drogada para entender lo que sucedía... Estuvo a solo unos

instantes.

La vergüenza le hizo erupción en el interior. ¿No podía hacer nada bien con Lucy? Dios, tenía que salir de allí. Al intentar levantarse, inesperadamente, sintió una suave mano acariciándole el pecho. El movimiento le envió de nuevo escalofríos eróticos a la parte inferior del tronco.

–No me dejes, Jasper. Estaba tan asustada... No me dejes otra vez –musitó la joven. El cuerpo de él, que tan aprisa había sido saciado, volvió a arder. Reprimiendo despiadadamente aquella sensación, la abrazó y cerró los ojos. Siempre recordaría esa noche, aunque ella no lo hiciera.

–No te dejaré, Lucy. Yo cuidaré de ti. –Le juró. Incluso si eso significaba que tenía que llevarla a Escocia como ella deseaba.

CAPÍTULO OCHO

«“El gato maullará y el perro tendrá su momento de gloria”.
No, no he mencionado esto por error. Y no se lo digas a Blinky, o se volverá aún más
arrogante».
Tía Augusta

Despertándose lentamente, Lucy abrió los ojos al amanecer del día. Se sentía bien. Eso era una sorpresa. También se sentía cálida y segura, y... tenía un brazo masculino alrededor de la cintura. ¡Qué indecoroso! Sin embargo, era muy, muy agradable.

Era Jasper. Lo sabía por el olor a sándalo, la forma de la mano y un conocimiento innato que no podía explicar.

Lucy también lo sabía porque se acordó de la noche anterior. Ella lo recordaba todo.

A pesar de querer permanecer en ese momento para siempre, la necesidad de ir al retrete se estaba convirtiendo en un asunto apremiante. Así que se esforzó por zafarse del brazo, pero este se le ciñó alrededor. Sintió una boca bisbiseándole cálidamente en el cabello, decía algo así como: «Lucy, mi amor». No se atrevió a escuchar más y se retorció nuevamente. Aunque esta vez él emitió un singular siseo y luego movió las caderas hacia donde la espalda de Lucy perdía su nombre.

Ella quedó paralizada al sentir ese *chisme* otra vez impulsado contra ella. Deseó saber cómo llamarlo, ya que usaba *chisme* para referirse a otros... objetos. Solía utilizar esa expresión muchas veces. Ahora no podría, ya que irremediablemente pensaría en... *eso*.

¿Qué pasaría si ella olvidaba la palabra *salero* en la cena, y le pedía a alguien que «le pasara el *chisme*»? Se derretiría en un charco de vergüenza. La tía Augusta había sido siempre bastante abierta de mente, pero jamás le comentó los puntos más delicados de la anatomía de un hombre. Por supuesto, Lucy sabía lo que era ese miembro, ya que había crecido en el campo; no obstante, nunca habló con nadie abiertamente de ello. Tampoco se había dado cuenta, hasta entonces, de que aquello se expandía mientras su propietario dormía.

¡Qué extraordinario, casi tenía una mente propia!

Sintiendo que las mejillas se le sonrojaban, trató de alejarse sutil y rápidamente. Una mano intentó sujetarla, pero fue demasiado lenta y ella empujó la almohada, en su lugar, para suplirla. Jasper se aferró posesivamente a esta. No estaba convencida de si a él le haría gracia descubrir al grumoso cojín como un burdo sustituto de ella misma.

En silencio hizo las abluciones matinales, vestida de manera simple ya que se hallaba sin

criada. Luego apartó a un lado las finas cortinas de aspecto frágil, creando un espacio para mirar por la ventana.

El jardín centelleaba con el rocío de la mañana, que tornaba el aire limpio y fresco. Así que decidió dar un paseo antes del desayuno para despejar los pensamientos y los pulmones.

Velando por no perturbar a Jasper, bajó de puntillas las escaleras. Suavemente desbloqueó los cerrojos y abrió la puerta principal. Pasó caminando por delante de la casa, hasta el jardín lateral de la vieja cocina. Estaba bastante abandonado y tenía algo más que unas cuantas malas hierbas entre las plantas cultivadas. Lucy había descubierto ese refugio el primer día. Aunque mal atendido, era pacífico y calmo. Además, recibía una razonable aportación de luz solar debido a que se encontraba orientado al sur.

Las abejas, que despertaban temprano, zumbaban en el aire procurándose el desayuno. Lucy se sentó en uno de los bancos apreciando el sol, que se alzaba sosegadamente, mientras le bañaba la cara con su débil calor.

Ella había sido atraída por primera vez a ese encantador jardín al escuchar la voz de regaño de Elspeth. La doncella estaba intentando persuadir a un puñado de perejil mustio diciéndole que, si no conseguía animarse, lo reemplazaría por una mata de menta. Habiendo Lucy presenciado, en sus propias carnes, las amenazas de la sirvienta respecto a los somníferos, no le cabía duda de que el perejil la obedecería.

Una ligera brisa fluía por el jardín y Lucy se estremeció. No tenía claro si se debía al frío o al recuerdo de la noche anterior.

Sí, recordó que poco después de apagar la vela una pesadilla la había acosado. Se hallaba en el salón con el hermano, pero esta vez también había una silueta en la sombra. Richard la zarandeaba implacablemente, anunciándole que se casaría con aquella figura envuelta en una capa, sin embargo, ella se negaba y él la abofeteaba con fuerza.

Al caer al suelo, el dobladillo de una capa apareció ante Lucy, y, como se atrevió a mirar hacia arriba, vio aterrada cómo la tela se le desprendía del cuerpo, lentamente, revelando un esqueleto de hombre con restos de carne pegados a los huesos desnudos.

Si no lo supiera con certeza, creería haber leído un relato de Mrs Radcliffe Gothic antes de dormir.

Gritó de terror, pero, de repente, Jasper estaba allí acariciándole la cara, besándola suave y dulcemente, diciéndole que nunca permitiría que nadie la dañara. Ella había sentido una gran alegría. Ese era el Jasper al que quería: protector, apasionado y tierno.

Una abrumadora necesidad la abrasó, aunque, por alguna razón, él evitó tomarla por completo. En su lugar... Lucy se sonrojó y ocultó el rostro, a pesar de que nadie podía verlo.

Las manos de él, suaves y gentiles al principio, se habían vuelto más rudas a medida que se desplazaban por su cuerpo. Ella se sintió verdaderamente obscena, contorsionándose frente a aquellas caricias. Y sí, en la oscuridad de la noche, libre de falsedades, abrazó el anhelo de Jasper.

Él la había *deseado*. Ella no era tan inocente.

Jasper continuó empujando el vientre contra la ternura de su *derrière*, con movimientos salvajes y erráticos, hasta que él también gimió liberado, con los dientes rozándole el cuello. Nunca en toda la vida había sentido nada tan sensual.

Antes de meterse en la cama, la noche anterior, había bebido unos sorbos de la poción para dormir. Solo los suficientes para ayudarla con el sueño, no para dejarla embriagada del todo. El resto lo vertió en el orinal, seguro que Elspeth blasfemaría por ello.

Sin embargo, después de las... *atenciones* de Jasper, la lasitud del placer, combinada con el

brebaje de hierbas, la hicieron sentirse bastante soñolienta. Cuando él le había dado la vuelta, ella abrió los ojos reacios. Entonces descubrió que la miraba con tanta dulzura y amor, que se vio obligada a cerrar los párpados de nuevo.

Vagamente, recordó haber murmurado que todo debía ser un sueño, y, mientras Jasper protestaba por esas palabras con más besos, sus pensamientos comenzaron a volatilizarse. Las manos de Morfeo le palparon las mejillas, arrastrándola a una cálida oscuridad, y luego una boca se posó sobre la suya exhalando un aliento que la indujo al sueño.

Eso era todo lo que recordaba.

Lucy se levantó del banco. Necesitaba regresar junto a Jasper, para ver si esa mirada de ternura y amor había sido real, para saber si esas palabras de cariño eran verdaderas. Si lo fueran, ella le permitiría conocer sus propios sentimientos.

Tal vez, Jasper sí tenía en mente su bienestar y ella había sido demasiado severa con él en la cena de la noche anterior. Pero sentía como si él siguiera persiguiendo a su hermano, sin importarle cómo la hería en ese proceso. A pesar de cualesquiera que fuesen los motivos, solo necesitaban hablar.

Cruzó el sendero de camino hacia la casa, rozando con una mano el romero. El jardín de la cocina estaba amurallado. En un lateral se hallaba la pequeña puerta, salpicada de pintura verde descolorida, que conducía a la propiedad descuidada. Lucy frunció el ceño. Se encontraba abierta. Podía jurar que la había cerrado al entrar, así que volvió sobre sus pasos para cerciorarse. Imaginó la devastación que causaría un ciervo silvestre allí, puesto que aquello ya se encontraba en suficiente mal estado.

Se demoró junto al perejil de Elspeth –que en efecto se veía mucho más saludable–, cuando, bruscamente, una mano enguantada le aferró la boca, aplastándosela. Debatiéndose por respirar, alguien le habló en voz baja al oído, muy cerca, susurrándole con intimidación.

–No emitas ningún quejido, querida hermana. Tengo un cuchillo muy afilado en tu espalda. – Lucy sintió algo oprimiéndole con fuerza la columna vertebral–. ¿Te mantendrás callada al retirar la mano? Recuerda que incluso un corte minúsculo duele considerablemente. Ya lo sabes.

El guante de cuero la presionaba y apenas podía aspirar, ya que le cubría tanto la boca como la nariz. Ante un asentimiento, Richard aflojó un poco la palma y ella pudo inhalar un poco de aire fresco y frío, sintiendo aún la presión del puñal.

–Siempre fuiste un pájaro madrugador, Lucy. Te he estado esperando. Ahora muévete con calma hacia esa puerta y no chilles pidiendo auxilio. También tengo una pistola, y no vacilaré en usarla contra cualquiera que pueda acudir en tu ayuda.

Lucy consideró ignorar la petición de no gritar, aunque sabía que Jasper se encontraba profundamente dormido –sujetando la almohada, al otro lado de la casa solariega– y era improbable que la oyera. Echó un vistazo hacia las ventanas, pero el jardín de la cocina estaba frente a unas habitaciones sin uso ocupadas únicamente por polvo. Era posible que, tan temprano, solo Elspeth o Robinson estuvieran despiertos.

–Muévete.

Esa amenaza desesperada surgió de él como una exhalación destructora. El corazón de Lucy comenzó a latir irregularmente. Él era peligroso, podía sentirlo, y no tenía dudas de que Richard llevaría a cabo su ultimátum.

El cuchillo la punzó de nuevo mientras él la empujaba hacia adelante. Tropezó con las largas faldas y se cayó, raspándose las palmas.

–¡Estúpida arpía! ¡Ponte en pie!

La mano del hermano le atrapó la parte trasera del vestido para levantarla. Lucy se dejó caer

como un peso muerto, y, cuando Richard tiró de ella, le surgió una idea. Con rapidez, se arrancó de la muñeca el brazalete que había pertenecido a su madre y lo tiró sobre el camino. Luego movió el vestido para cubrir el oro brillante de la vista de Richard, mientras el brazo de este le rodeaba la cintura para erguirla.

Sintió el puñal en la parte posterior del cuello, la hoja mordiéndole la piel.

–No creo que te estés tomando esto muy en serio, Lucy. –Presionó el cuchillo con crueldad.

–Lo siento. Solo estoy asustada –murmuró.

La hoja retrocedió una fracción.

–Entonces camina. Rápido. Llevamos aquí demasiado tiempo.

Él la empujó otra vez, y Lucy, en esta ocasión, hizo lo que le pidió; dando traspies en dirección a la puerta abierta. Al otro lado, un caballo atado los observaba perezosamente mientras masticaba la hierba, que les llegaba hasta las rodillas. Esa parte de la propiedad estaba desatendida desde hacía algún tiempo. Era un terreno abierto y cultivable, con arboledas a lo lejos y algunos árboles salpicando el bucólico paisaje.

Richard la volvió a empujar para subir al caballo, casi arrojándola al otro lado, y él se montó detrás sosteniéndola con firmeza. Siempre había sido un experto jinete, y llevó al corcel castrado a un ritmo sobrecogedor a través del prado, encaminándose a un bosquecillo en la distancia. Lucy miró hacia atrás, a la mansión en retirada, pero nada se movió. Era como si toda la morada ignorase su difícil situación, dándole la espalda.

Sin estar correctamente sentada sobre el caballo, podía sentir cada golpe de los cascos reverberando a lo largo del cuerpo. Aun así, trató de hablar.

–Richard, ¿por qué lo has hecho?

–¡Cierra el pico! ¡Tan solo cierra el pico! –Libre de tener que hablar en voz baja, berreó enfurecido entre resuellos–: Menudo problema me has causado. Necesito el dinero, Lucy. ¿No lo puedes entender? Lo necesito. Si fueses una hermana cariñosa, lo harías por mí.

Ella cerró los ojos ante la vibración de los movimientos del caballo y la demencia de Richard. Se dio cuenta de que no existía ninguna manera de razonar con él.

Al llegar al bosquecillo, vislumbró a través de unos árboles un portalón destartado colgando de los goznes, en el límite del muro de la finca. Al ruido de los cascos, un sujeto se escurrió en silencio desde detrás de uno de los grandes robles, y, con cierta dificultad, lo abrió empujándolo. Llevaba puesta una capa negra y un sombrero, y Lucy tuvo claro que ni el mismísimo guardián de las puertas del infierno podría parecer más amenazador.

Ella y Richard tuvieron que agacharse para atravesar el portalón, después el caballo franqueó una vereda, oscura y húmeda, que corría entre la pared y la floresta.

Situado allí, pareciendo más bien fuera de lugar, había un carruaje cerrado y un tiro de caballos. Richard desmontó y Lucy se deslizó, innoblemente, mientras el desconocido abría la puerta del coche. Antes de que ella pudiera refunfuñar la metieron dentro. Lucy miró al hermano cautelosamente mientras se sentaba enfrente. Este golpeó el techo y el coche se puso en marcha, traqueteando precariamente sobre el camino lleno de baches.

Entonces contempló por primera vez a Richard. Tenía la cara espantosamente pálida, grandes anillos negros le cercaban los ojos, sudaba profusamente y parecía como si hubiera dormido con la misma ropa varios días seguidos. A Lucy le habría gustado pensar que esa apariencia se debía a su preocupación por ella, aunque, en verdad, parecía mucho más intranquilo por el dinero.

–Richard, no tienes buen aspecto.

–¿Te sorprende? He estado sin... No te importa. Pronto serás el problema de otro.

–¿Qué está pasando? –Lucy mantuvo la voz fuerte y una mirada astuta avivó el rostro del

hermano.

—Le dije a KetrIDGE que estabas algo reacia. Tuve que ponerle una excusa hasta que di contigo, así que le conté que te habías escapado con unos amigos. Él no tiene ningún problema con que tú estés poco dispuesta. De hecho, creo que eso le gusta. —Los labios de Lucy se torcieron y el estómago se le revolvió con angustia—. Sin embargo, tu pureza sí es un problema. Todavía eres... ¿o no lo eres, Lucy? Siempre has sido muy estricta. Tú no fornicarías nunca antes de colocarte un anillo en el dedo, ¿verdad? No lo creo, a pesar de lo que dijo Eloise.

—¿Eloise?

—Oh, sí. Ella fue muy franca. ¡Estúpida ramera! Pensaba que yo seguía interesado en ella. Y en cuanto a Danbury, bueno, KetrIDGE ya se asegurará de destruirlo.

Lucy jadeó sin aliento.

—¿A dónde vamos?

Él se burló, observándola.

—A conocer a tu futuro esposo, querida hermana. No hay necesidad de más demora. KetrIDGE ha ido en busca de un párroco.

—Pero ¿y las amonestaciones...? —protestó Lucy.

—No son necesarias si tienes dinero y KetrIDGE nada en manteca de cerdo. Estate tranquila. Necesito descansar, no pegué ojo la pasada noche. —Tras cerrar los párpados, abrió uno—. Que no se te ocurra escapar, Lucy, vamos muy rápidos y está claro que si saltases te lastimarías. Por cierto, ¿te has fijado en Nick, mi cochero? ¡También es muy diestro con la pistola! Solo quiero que lo sepas.

Lucy se recostó. Él tenía razón, por el momento no podía escapar. Era demasiado arriesgado. Debía esperar la ocasión oportuna y aprovecharla.



Jasper bostezó y abrió los ojos mientras los rayos de sol le calentaban el rostro. Arrugando el entrecejo se dio cuenta de que aquella no era su alcoba, aunque, por una vez, no se encontraba en el estudio con la cabeza palpitante y la boca seca. Dios, estaba abrazando una almohada como un niño agarraba su juguete favorito. La soltó rápidamente.

El aroma a jazmín lo envolvió, y con él llegó todo lo que había tenido lugar la noche anterior. Rodó por la cama, maldiciendo.

¡Qué completo bastardo! Sí, él deseaba a Lucy, pero no en esas circunstancias. La única cuestión por la que debía de estar agradecido era no haberla tomado.

No existía ningún daño irreparable... excepto para él mismo.

Sintió la ausencia de su amada y el frío se le coló en los huesos, a pesar de que el sol radiaba a través de las ventanas, con las cortinas medio abiertas. ¿Qué habría pensado Lucy al despertar?

Se sentó de golpe. ¿Ella no trataría de irse nuevamente? ¿No? Jasper le había hecho la promesa de llevarla a Escocia. Pero después de encontrárselo por la mañana en la cama, quizás lo consideraba el peor de los sinvergüenzas y había vuelto a alzar el vuelo.

Levantándose de un salto, corrió a su aposento y, sin tomarse la molestia de asearse, se mudó de ropa. El ayuda de cámara se hubiese horrorizado, sin embargo, necesitaba encontrar a Lucy. Se lanzó escaleras abajo hacia la sala del desayuno, esperando fervientemente encontrarla engullendo huevos y salchichas. Incluso si ella le escupiese fuego desde el otro lado de la mesa él sería feliz, siempre y cuando estuviera allí.

—Elsbeth, ¿has visto a miss Lazenby? —Alcanzó a la doncella en el pasillo, llevándole la dosis

de café matinal.

–No, milord. Debe estar todavía en la cama. Con la cantidad de somnífero que di a milady anoche, creo que dormirá hasta más tarde. –Jasper hizo una mueca ante la mención de la maldita poción.

–Yo... eh... He asomado la cabeza por la puerta de su cuarto y no estaba allí.

–Ah, bueno, a lo mejor fue a dar un paseo. Hace una mañana encantadora. Tal vez quiso aclarar las ideas.

–Sí, sí, un paseo. Lo comprobaré. ¿Puedes también preguntar a todos los demás si la han visto? Haz que Robinson me traiga la respuesta. Estaré en el jardín.

Elsbeth hizo una reverencia. Le gustaba su señor y también le gustaba miss Lazenby, pero deseaba que resolvieran las diferencias. Cualquiera podía ver que se hallaba locamente enamorado el uno del otro. En realidad, era el cortejo más *extravagante* que jamás había visto. Ella suspiró y fue en busca de Mr Robinson.

Todo estaba quieto y silencioso en la immaculada mañana, mientras Jasper corría a los jardines principales de la parte trasera de la casa. Buscó en el patio, asomó la cabeza por los parterres de la cocina, luego en los establos –no faltaban caballos–, incluso afrontó el riesgo de entrar en una gruta medio desmoronada. Ella no aparecía por ninguna parte.

Seguramente no se habría acercado al bosque, no cuando sabía de la existencia de cepos. La única alternativa que quedaba era pensar que había cruzado el campo en dirección a la aldea. Jasper se pasó una mano sobre el mentón áspero sin afeitarse.

Conociendo a Lucy supuso que eso era posible y, si Robinson no la encontraba en la casa, comenzaría a rastrear las fincas de los alrededores con William y el otro mozo.

Robinson lo recibió en la puerta con la cara constreñida.

–Hemos registrado toda la vivienda, milord, y no se ha logrado encontrar a miss Lazenby. Me percaté de que las cerraduras ya estaban abiertas esta mañana. ¿Puedo sugerirle que pudo haber caminado hacia la aldea?

–Pienso exactamente lo mismo, Robinson. Hazle saber a William que quiero a Morgan y a otro caballo para él ensillados de inmediato.

–Por supuesto. También haré que cocinen algún tentempié para que lleve con usted.

–No lo neces...

–Un estómago vacío no es propicio para una mente clara. Milord. –Robinson agregó lo último como si, de repente, recordara a quien estaba hablando, y a quien acababa de interrumpir.

–Si te hubiésemos tenido en la Península con nosotros jamás habríamos pasado hambre –respondió Jasper, indiferente ante la ruptura del decoro–. Como desees entonces. Dile a William que estará en breve allí.

Robinson agitó la cabeza al ver al patrón subir las escaleras de dos en dos. Se había unido a la familia cuando el joven lord se hallaba en la guerra y, en aquel momento, tenía un firme apego a la hacienda de Danbury y a sus ocupantes. También le gustaba miss Lazenby y estaba seguro de que sería una buena señora para la casa.

Suspirando, se dirigió a las cocinas. La nobleza se complicaba tanto la vida...



Dos horas. Jasper y William habían estado dos horas enteras buscando y no encontraron señales de Lucy. Visitaron tanto granjas de arrendatarios como cabañas rurales, pero no toparon ningún indicio de su paradero.

El único detalle interesante que descubrieron por la mañana, fue que uno de los niños de la aldea vio un carruaje que viajaba por la carretera de Londres. No era una visión muy usual, además había sido temprano y algo... no olía bien del todo.

¿Pudo Lucy planear la escapada con el ocupante del coche? El chico declaró que avanzaba a un ritmo razonable, por lo que parecía poco probable que se hubiera detenido.

El caballo de Jasper lanzó la cabeza hacia atrás con disgusto al tirar su dueño de las riendas con demasiada brusquedad.

–Lo siento, viejo. Solo estoy terriblemente preocupado por ella –murmuró él, mientras frotaba suavemente el cuello de Morgan. Retornaría a la casa para ver si había novedades. Si no era así, congregaría a más hombres y peinaría la floresta.

Esperando en el último escalón estaba Robinson.

–¿Alguna señal? –vociferó Jasper con desasosiego mientras se arrojaba del caballo.

–No, milord, aunque Elspeth ha encontrado algo.

Pidiéndole a Robinson que fuera en busca de la doncella, Jasper se dirigió al estudio. Dios, esperaba alguna buena noticia. Hubo un toque en la puerta y ambos sirvientes entraron, cerrándola tras ellos.

–¿Qué has descubierto? –interrogó Jasper, demasiado impaciente como para molestarse con sutilezas.

–Yo me encontraba en el jardín de la cocina, milord, atendiendo al perezjil; últimamente ha estado muy pocho y lo he alimentado con estiércol de los establos, pero...

Un clareo en la garganta de Robinson interrumpió la diatriba de Elspeth sobre los ayes de la yerba, aunque no pareció sentirse aludida, ya que miró con dureza al mayordomo.

–Como le estaba diciendo, milord... Me encontraba atendiendo al pobre perezjil, cuando vi algo que destellaba en el sendero. Creo que es de miss Lazenby. No sé si milady lo acaba de perder, solo recuerdo habérselo visto en la muñeca cuando se encontraba enferma.

Elspeth le tendió un brazalete de oro. Se trataba de una pieza robusta, pero se veía delicada contra la áspera y callosa palma de la criada. Tenía un diseño inusual, ya que un par de manos unidas formaban el broche. Jasper lo reconoció al instante.

Una idea tenía clara: Lucy lo llevaba puesto la noche anterior. Recordó haberlo sentido en la nuca cuando ella lo acarició. Lo giró entre las manos y se dio cuenta de que, aunque el cierre permanecía intacto, los eslabones de este estaban rotos. Cabía la posibilidad de que se le hubiera enganchado en el vestido, o en otro lugar, mientras se hallaba en el jardín por la mañana; sin embargo, los eslabones eran fuertes. Era como si...

–Creo que ha sido arrancado, puede que por ella misma o... –No terminó-. ¿Dónde está el perezjil exactamente, Elspeth?

–En un extremo, junto a la pared.

–Muéstramelo. –Le ordenó Jasper. No estaba realmente seguro de haber vuelto a caminar por el interior de las paredes de aquel jardín desde que era un niño.

Una vez allí, se encaminaron a los parterres de hierbas aromáticas. El camino parecía que no había sido perturbado, pero las malas hierbas, junto a la puerta vieja, aparecían presionadas hacia atrás como si esta se hubiese abierto recientemente. Jasper la desbloqueó y salieron a través de ella. Afuera todo parecía pacífico y silencioso, aunque unas matas al lado del muro se encontraban aplastadas y parcialmente devoradas.

–¿Alguno de los inquilinos apacienta a sus animales aquí? –preguntó, frunciendo el ceño. Pero ya sabía la respuesta.

–No, milord. Probablemente esperarán hasta la siega del heno.

Jasper asintió distraídamente, escrutando el paisaje. Posó los ojos en el bosquecillo de robles del oeste.

–¿La vieja puerta de cacería todavía está detrás de aquellos árboles?

–No lo sé –respondió Robinson. No obstante, Elspeth interrumpió.

–Sí, milord. Los furtivos a veces la utilizan, se pueden cazar buenos conejos... parece ser...

Bueno, lo he oído... algunos dicen...

Jasper oteó en la distancia con los ojos vidriosos por los recuerdos.

–Hay un camino que conduce a la carretera principal de Londres, ¿no es correcto?

–Sí –confirmó Elspeth, por una vez ofreciendo una respuesta escueta.

Entonces Jasper comprendió.

El persistente mal presentimiento sobre el carruaje. El brazalete quebrado. La vegetación alterada.

Lucy no había escapado. Cuando esta despertó, si estuviese ofendida, le hubiera dado los buenos días con una sonora bofetada. No, había sido capturada por alguien en contra de su voluntad, seguramente mientras caminaba por el jardín.

Era cosa de Ketridge o del hermano.

Volviéndose, comenzó a regresar a casa. Su séquito desfilaba detrás. El único pensamiento que le inquietaba era que ninguno de esos dos individuos sabía que Lucy estaba allí. Sus sirvientes eran leales, ellos se lo demostraban continuamente. A Bill le confiaría la vida, había luchado con él en España. Entonces solo quedaba...

No, seguramente no habría sido Eloise.

Pero Jasper recapacitó mejor. Recordó las amargas amenazas de la mujer y su ira tras verse frustrada.

Bueno, solo existía una forma de averiguarlo. Eloise residía en Londres, y el chico de la aldea había observado que aquel misterioso coche marchaba en esa misma dirección. Los caminos estaban llenos de baches debido a las lluvias de la primavera, así que, por más perverso que fuese el conductor con el látigo, no podría ir más rápido. Si Lucy se encontraba dentro de ese carruaje, él todavía tenía una buena posibilidad de alcanzar Londres al mismo tiempo a caballo.

–Dile a William que ensille... –maldición, había agotado a Morgan, su caballo más rápido, buscando en la finca y la aldea por la mañana– a Black Bart.

Subió corriendo los escalones de la entrada.

–Ah, Robinson...

–¿Sí, milord?

–Encuéstrate conmigo en la sala de armas.

CAPÍTULO NUEVE

«Hasta los perritos más desagradables pueden cambiar, a base de un trato amable, huesos carnosos y mucho aire fresco. Las personas no son muy diferentes... Incluso a tu primo Wilberforce le encantaban los huesos carnosos».

Tía Augusta

Hacía tiempo que Jasper no montaba a Black Bart, y le sentó bien llevar las riendas. Con el camino despejado había llegado a las afueras de Londres a buena hora, pero se vio frenado al franquear las calles interiores de la ciudad.

Eloise tenía una casa en Henrietta Street, un área sorprendentemente respetable de la ciudad. Antes de subir por las escaleras hasta la puerta de la casa, le dio a un muchacho, de aspecto zarrapastroso, una moneda para que pasease al caballo.

Durante la cabalgata Jasper se había llenado de polvo. Tenía la corbata torcida y él mismo olía a caballo y cuero. Consciente de que no se presentaba en su mejor momento, dudó que lo autorizaran a cruzar la elegante entrada.

–El vizconde de Danbury quiere ver a Mrs Hamilton –informó al apuesto mayordomo mientras le entregaba una tarjeta.

–Mrs Hamilton está indispuesta y no atenderá llamadas durante los próximos días. Le informaré de su llegada... y de su partida.

«Imprudente petimetre», pensó Jasper evaluando al hombre. Era joven y delgado, aunque no se veía particularmente fuerte. A Eloise parecía gustarle esa mirada lánguida, tenue y consumida, como mostraba Lazenby y el propio mayordomo.

Trataba este último de cerrar la puerta, cuando Jasper encajó el pie para evitar que lo consiguiese. La empujó hacia atrás, tomando al mayordomo por sorpresa, y el peso de la puerta le golpeó la cara casi derribándolo.

–Milord... –Pero la mano con la que se sostenía la nariz aplastada, que goteaba sangre, le amortiguó las palabras.

Jasper le pasó un pañuelo arrugado y entró a grandes pasos al vestíbulo, gritando el nombre de Eloise.

–¿Qué es todo ese alboroto, Albert? Te dije que... –Eloise se detuvo en la parte superior de la escalinata-. ¿Jasper?

–No sé por qué estás tan sorprendida de verme. Deberías saber que este sería el primer lugar donde la buscaría. ¿Dónde está? –Mantuvo una conducta sosegada, sin estar convencido de si

Eloise había participado, o no, en la desaparición de Lucy. Iría de farol.

–¿Qu... quién, Jasper?

–Nada de juegos, Eloise. Tú sabes por qué estoy aquí. Ahora, ¿vas a bajar o voy a tener que ventilar tus trapos sucios ante los sirvientes?

–Puedes subir.

–¿No hay truco? –preguntó–. No tengo tiempo.

–No, no hay truco –respondió ella suavemente.

Se halló un poco desconcertado al escuchar semejante capitulación en su voz. Suponía la evidencia de que ella sabía algo. Jasper subió los peldaños a zancadas, y, cuando finalmente alcanzó el punto más alto, la mujer se dio la vuelta y se dirigió al tocador. Parecía un ardid para seducirlo.

Apretando los dientes la siguió. Una vez dentro de la habitación, Eloise levantó la vista y él entonces pudo verle la cara. Se le estaba formando un desagradable cardenal púrpura debajo del ojo izquierdo y tenía uno de los labios rajado e hinchado.

–¡Dios! ¿Qué te ha pasado?

–Yo... Yo pensé que podría recuperar a Richard. Pensé que apreciaría la información que yo poseía. –Hizo una pausa para tragar las lágrimas–. Le dije que teníamos cosas en común. Tú no sabes lo que es aguantar esto, Jasper... Esas matronas de la alta sociedad mirándome siempre desdeñosamente, burlándose. No son mejores que yo. Y Richard... él también odiaba esa afectación, pero se ha transformado. Me llamó ramera manipuladora y... me golpeó. Nunca me había pegado antes. –Eloise rompió en sollozos, con el rostro entre las manos.

Aquello no era una treta.

Jasper se acercó y la sentó en el delicado diván. Poniéndose en cuclillas, le retiró las manos frías de la cara. Las lágrimas le corrían hacia abajo por las pálidas mejillas y tuvo la certeza de que eran reales, ya que ella tenía los ojos enrojecidos y sorbía impropriamente. Eloise nunca habría permitido que eso ocurriera en su presencia, a menos que estuviera realmente afligida.

Retirando un pañuelo, Jasper le secó delicadamente las lágrimas.

–Lo siento mucho. Solo un ser muy malvado sería capaz de hacerte esto. –Jasper le inclinó suavemente el rostro hacia un lado–. Es un hematoma serio. ¿Tienes una compresa? –Ante un asentimiento le llevó la otra mano a la mejilla–. Eloise, eres verdaderamente hermosa, astuta y, cuando quieres, bondadosa. Cualquier hombre honesto estaría encantado de tenerte.

–Tú no me quisiste –contraatacó ella.

–Yo no deseaba tener a ninguna mujer en ese momento. Ni Helena de Troya me habría tentado. Y, de todos modos –murmuró–, no estoy convencido de poder ser considerado honesto...

–Pero en cambio te has enamorado de esa pequeña dama, ¿no es así? Ví la forma en que la mirabas durante la cena. Me refiero al momento en que ella te contemplaba con ojos de cordero y tú la observabas como un lobo.

¡Con ojos de cordero! Le hubiera encantado discernir esa cara en Lucy. Lobo, podía ser una descripción apropiada para él, pero Lucy era más bien como una cierva: grácil y tranquila, aunque fuerte y con unos grandes ojos que irradiaban inteligencia. Y ella también era endemoniadamente veloz corriendo por el bosque.

–¿Crees que escogería enamorarme de la hermana de la misma persona a la que atribuyo la muerte de mi hermano? –Agitó la cabeza–. Sin embargo, ella es inocente de todo esto, Eloise. Le he hecho mucho daño, y, si alguna vez puede perdonarme, me consideré el más afortunado de los mortales. Por favor, si sabes algo...

–Perdóname, Jasper, yo le dije a Richard dónde encontrarla. –Se echó un vistazo a las manos

entrelazadas—. Él estaba tan enojado. Le dije que podríamos estar bien juntos, pero solo se rio de mí. Hablé con alguno de sus compinches, y hay rumores de que tiene tras él varios acreedores, más de uno bastante desagradable. También he oído que lo han visto en fumaderos de opio y en casas de juego de la peor reputación. Tienes que ir con mucha cautela porque se ha vuelto muy violento.

Jasper suspiró.

—He visto al opio causar efectos repugnantes en un individuo. El láudano obviamente ayuda a paliar el dolor, aunque creo que si abusas demasiado... Bueno, un amigo mío muy cercano llegó a estar extrañamente ligado a esa sustancia. Mutó de estado de ánimo, y las personas próximas a él me dijeron que se volvió... diferente. Dejó de importarle a la gente y sintió que prefería estar muerto.

—Pobre hombre. ¿Qué pasó con él?

—Se curó en gran medida. —Lucas Mainwaring aún no se hallaba completamente restablecido, según él mismo admitía. Pero, quién podía censurarlo por tomar tanto opio, tras sufrir aquellos terribles dolores a causa de las quemaduras. Jasper pensó entonces en Pelotas de Hierro y sonrió—. Ya está casi recuperando su antigua personalidad.

—Quizás se podría persuadir a Richard...

Él pensaba de otra manera, aunque no quería decepcionarla.

—Tal vez, pero tiene que ser él mismo quien decida detenerse. Mi amigo golpeó gravemente a un chico del servicio mientras estaba bajo los efectos del láudano, no obstante, todavía le quedaba algo de dignidad para darse cuenta de lo que había hecho. La experiencia le horrorizó tanto como para querer cambiar.

Enjugándose los ojos, ella agachó la cabeza. Jasper le sujetó la mano y la palmeó dulcemente.

—Eloise, ¿tienes alguna idea de dónde están? Lucy podría estar herida.

—Richard aún espera que el duque de Ketridge se case con ella, así que dudo que la lastime. Hay habladurías sobre que encontró alojamiento en una tasca para escapar de los acreedores, así que a lo mejor la ha llevado allí. Creo que está en St Giles. Ten cuidado, Jasper.

—¿Sabes el nombre del lugar?

—No estoy segura, pero Albert escuchó por casualidad a Richard y al cochero mencionar algo sobre un pato...

—Bueno, algo es algo. Debo irme. ¿Llamo a tu doncella? ¿O acaso al mayordomo? —Jasper le guiñó un ojo. Ella soltó un sonido, entre gimoteo y risa.

—Tanto a la doncella como a Albert, por favor. Creo que el pobrecillo necesitará unos mimos después de que le hayas forzado la puerta contra las narices. Odiaría tanto perderlo. Tiene tan gran... corazón.

—Eloise, eres incorregible. Cuídate, y si necesitas algo envíame un mensaje.

Al verla afirmar con la cabeza, Jasper dio media vuelta y corrió escaleras abajo, sin nada en la mente excepto la determinación de encontrar a Lucy.

CAPÍTULO DIEZ

*«¡Oh, nos dan algo de poder para vernos a nosotros mismos como nos ven los demás!»
Como el granuja de mi querido Robbie Burns, aunque él se abrió camino con las palabras».*
Tía Augusta

–No me casaré con la cría hasta que un médico cerciore que todavía es virgen –rugió el duque de Kettridge.

–Yo... Yo le puedo prometer...

–No me importan las promesas de un fumador de opio embriagado. Algo le pudo suceder mientras estuvo con esos *amigotes*. Hay otras mujeres, ya lo sabe, pero elegí a esta muchacha porque usted me prometió que todo se haría discretamente y aprisa. El tiempo es esencial. Ahora salga de mi condenada vista, Lazenby, y traiga a un doctor de regreso con usted. Que sea de buena reputación. ¡No quiero que un sucio curandero manosee a mi prometida!

La puerta se cerró de golpe.

Lucy se apartó de la pared contigua, sobre la que había colocado el oído, y se sentó con remilgo en una pequeña silla desvencijada junto a la ventana. Esta daba a un callejón lateral, donde se hallaban dos prostitutas hablando en voz alta entre ellas de los últimos clientes, y un hombre, bueno... haciendo aguas mayores.

Arrugando la nariz, trató desesperadamente de idear un plan. La puerta estaba cerrada y la ventana tenía rejas. El cuarto se ubicaba en el piso superior de una taberna bastante repulsiva llamada El... Sucio. No podía ver el nombre completo y tampoco entendió la imagen del letrero de afuera.

Lucy pensó vagamente que podrían estar en St Giles Rookery. Obviamente, ella nunca había estado allí antes, aunque, por las historias que había escuchado, imaginó que bien podía ser aquello. Richard mantuvo corridas las cortinas del carruaje mientras se acercaban a Londres y, cuando se detuvieron, la introdujeron sin ceremonias por la puerta del establecimiento.

Tras escudriñar el grupo de clientes del bar, un tanto abigarrado, había decidido no pedir ayuda. Probablemente, una mujer secuestrada era algo cotidiano allí, e, incluso, si consiguiese que alguien la rescatase, lo más seguro sería que la violasen o la vendiesen a un burdel. Ninguna de las opciones le era atractiva. Ni siquiera Kettridge, el Duque de la Muerte.

Una vez arriba, Richard la había empujado hasta ese cuartucho y luego se fue, cerrando la puerta con llave detrás de él. Ella estuvo buscando algo que le sirviese como arma, pero no encontró nada, solo había un catre sucio, una silla y una mesita. Debajo de la cama podía ver el

borde de un orinal agrietado, olía a mil demonios, por lo que no quiso intentar mirar más allá. El único recurso en ese instante era asestar un golpe certero con la silla en la cabeza de alguien.

Richard había llegado –desafortunadamente demasiado pronto– con KetrIDGE y un escolta gigantesco. Eso hacía un total de tres hombres, y Lucy estaba casi segura de que solo podría lanzar sillazos contra uno de ellos.

KetrIDGE caminó lentamente alrededor de ella.

–Mírame, niña –le exigió, pellizcándole la mejilla con una mano huesuda. Ella deseó escupirle en la cara, aunque, de pronto, rodeada por los tres individuos, fue consciente del verdadero horror de la situación y se sintió asustada e indefensa. No era el momento de ser obstinada, así que solo lo fulminó con la mirada.

El rostro del duque era delgado y demacrado: un lado tenía los rasgos ligeramente deformados y el otro estaba afeado, aún más, por perversas cicatrices. En aquel semblante estaban escritas las señales de una vida libertina, sin embargo, sonrió ante la mirada de disgusto de Lucy.

–Me gusta. La miniatura que me envió no le hace justicia. –KetrIDGE le soltó la mejilla y se volvió hacia Richard.

Lucy echó los hombros hacia atrás y se aclaró la garganta para hablar.

–No voy a casarme con usted... Su Excelencia –aseguró con suavidad.

Él se giró para mirarla de nuevo, de frente, con una sonrisa lasciva arrugándole las retorcidas facciones.

–¿Nena preciosa, quieres pelear conmigo? Espero que sí. Tuve ofertas de otras mujeres, no sé si lo sabes, pero te elegí a ti, aunque me estés costando como un rescate real. Tu miniatura me tocó el corazón. –Se llevó una mano al pecho con deleite fingido.

–Le odiaré y jamás haré su voluntad –refunfuñó ganando fuerza en la voz.

Todo falso romance abandonó la cara del duque, y la agarró por los hombros, hundiéndole las uñas en la piel dolorosamente.

–¡No me importa una mierda! ¿Lo entiendes? Será mejor que me cures, será mejor que me des un hijo. Y no me importa si luchas contra mí hasta tu lecho de muerte. De hecho, adelante, ¡eso me hará la vida mucho más interesante!

Un sollozo quedó atrapado en la garganta de Lucy y el apretón se aflojó.

–Veo que nos entendemos. No tienes escapatoria. El pastor está abajo, y una vez que haya hablado con tu hermano, acerca de un pequeño asunto, nos casaremos. Querida, no puedo esperar más. – Y, tras esas palabras, los hombres salieron.

Lucy enterró la cabeza entre las manos. Ella no era propensa a la desesperación, pero no veía una salida. «Anímate», casi podía oír decir a su tía, «nada es tan malo como parece». Dejó escapar un grito estrangulado. Esa vez realmente sí lo era.



Jasper permanecía de pie, mirando la taberna *El Pato Sucio* desde el otro lado de la calle, apoyado despreocupadamente en un carro de reparto y esperando que ese fuera el lugar al que Eloise hizo referencia.

Hasta el momento le habían hecho proposiciones cuatro meretrices, dos hombres jóvenes y un mozo, que le ofreció una joya. No estaba convencido de si eso último era, o no, un eufemismo.

Después de hacer algunas consultas en la zona sobre los nombres y ubicaciones de varias cantinas, finalmente encontró esa hostería en una de las peores calles de Seven Dials.

Lo que aún no sabía era si Richard o Lucy se encontraban allí, pero aquel era precisamente el

tipo de local donde nadie hacía preguntas. Bill se dirigió a la propiedad de Ketrige, situada cerca de Kent, por si acaso estaban allí; aunque si no tenía suerte se reunirían en Londres, en la casa de Lazenby.

En el ejército Jasper era conocido por su serena estrategia, y, en ese momento, la necesitaba más que nunca. Se había abastecido de armas antes de salir de Danbury Manor. Tenía un cuchillo en cada bota, una pistola metida en la pretina de los pantalones y dos dagas escondidas en el abrigo. No quería arriesgarse. Afortunadamente, también se acordó de llevar consigo la vieja capa de soldado, que ocultaba tanto los elegantes ropajes como el armamento.

Antes de que otra mujer larguirucha, que se tambaleaba frente a él, pudiese probar suerte, se dirigió a la entrada.

La taberna se hallaba abarrotada cerca de la barra, sin embargo, algunas mesas vacías se esparcían más al fondo. Así que Jasper eligió una con la pared tras de ella y una buena visión de la puerta. Había una escalera a la derecha que supuso conducía a las habitaciones.

La idea de que Lucy estuviera en ese cuchitril maloliente le hacía hervir la sangre, y tuvo que obligarse a relajar los puños. Una camarera flaca y de pechos exuberantes, que estaba incluso más sucia que las mesas, acudió hacia él.

—¿Puedo *traéte* algo, guapetón?

—Cerveza e información. —Deslizó algunas monedas sobre la mesa y una mano codiciosa las usurpó.

—*Güervo* en un periquete, cariño mío. —Ella le guiñó un ojo.

Jasper inspeccionó el bar mugriento. Algunos individuos echaron un vistazo cuando él entró, pero en esos lugares las preguntas equivocadas, o incluso las miradas equivocadas, te podían hacer comer tierra con un cuchillo clavado en el cuello, por lo que, en general, fue ignorado.

La altura siempre le había supuesto una ventaja y, aunque esbelto, era bastante fuerte. La gente a menudo subestimaba descaradamente la fortaleza de Jasper, corriendo serio peligro. Cuando era un joven impetuoso esto le había enfadado; pero entonces, entendió ese beneficio.

—Aquí tienes, mi amor.

Una jarra de cerveza cayó pesadamente frente a él y el turbio líquido marrón se derramó sobre el tablero. La chiquilla se le sentó con rapidez en el regazo, sorprendiéndolo, e, involuntariamente, la rodeó con el brazo para evitar que se cayera al suelo.

Un aliento rancio le rumoreó al oído—: Si quieres información, cariño, tendrá que ser *asín*. No quiero *poblemas*, solo algunas monedas más.

Jasper entendió lo que quería decir. Si traicionabas a un hombre allí tentabas al filo de una espada. Entonces se vio obligado a acariciarle la oreja y a agarrarle el escuálido trasero en una parodia de pasión.

—Estoy buscando a un caballero castaño claro y de ojos marrones. Posiblemente va con una doncella, también castaña clara, pequeña.

Ella rio infantilmente y le pringó el rostro con besos húmedos. Jasper tuvo que contener la respiración para evitar el hedor a dientes podridos y sudor. La mano de ella le acarició el pecho, pero él se la prendió antes de que pudiera localizar la bolsa del dinero.

—Todavía no, mi flor —musitó.

—Están arriba. Han alquilado los dos cuartos de la *ijquierda*. También hay otro sujeto, un tipo *mu* feo. Yo no lo tocaría ni con un palo. Parece que tenga la viruela —susurró—. Pero a ti te lo haría *de gratis*, si tienes tiempo...

«Gracias a Dios que están aquí». Fue lo primero que le pasó por la cabeza a Jasper. Luego sintió la otra mano de la camarera, bajando algo más, y entonces la sostuvo. Sinceramente, no la

deseaba cerca de las extremidades inferiores.

Al parecer aquella tasca tenía un nombre acertado.

–Mi rosa, no hay tiempo, aunque gracias por la información. Te aconsejo que te esfumes. Una cosa más: necesito provocar una distracción.

No pareció nada complacida hasta que tanteó en la mano otras cuantas monedas.

–El pelirrojo de la barra no puede ver a Taggart. *Asín* que seguro que se te ocurre algo –cuchicheó ella crípticamente–. Bueno, será mejor que nos salga de rechupete.

Él no entendió lo que eso significaba hasta que de repente ella se irguió, cogió la cerveza y le tiró todo el contenido sobre los pantalones.

–¡Miserable malparido! –berreó–. ¡Yo no soy ninguna ganga! –Y con esas mordaces palabras se alejó, pavoneándose con la arrogancia de una condesa.

Los clientes, obviamente, habían visto esa escena muchas veces antes, porque ni pestañearon. Ese lugar era sin duda más entretenido que un club de caballeros como el Brooks's.

En ese momento la puerta se abrió y nada menos que Richard Lazenby se aligeró a entrar. Jasper bajó el sombrero y enterró la nariz en la jarra vacía.

A la zaga de Lazenby marchaba un extravagante personaje con pinta de ser un excelente comedor de tocino, el cual, con franqueza, no parecía pertenecer a aquel sitio. Llevaba un abrigo verde hierba y un chaleco amarillo que se extendía, o más bien, que no conseguía extenderse sobre un estómago rotundo.

La agitada mirada del colorista pelagatos se movía de izquierda a derecha, como un conejo enfrentado a un zorro, ya que algunos de los usuarios de la cantina habían comenzado a silbar y a rechiflar. Por lo tanto: parecía ser que una mujer secuestrada o una tabernera descontenta no tenían ningún efecto sobre los clientes, en cambio un chaleco amarillo sí. Era estupendo.

Lazenby condujo al compañero escaleras arriba, sin siquiera ojear el bar. Fue entonces cuando Jasper atisbó que el atrevido individuo llevaba un maletín de médico, y se le heló la sangre.

¿Habría sido Lucy lastimada? Era la única explicación. No tenía tiempo que perder, debía actuar ya. Así que, al mirar la camarera en su dirección, él asintió. Ella le guiñó un ojo discretamente y desapareció por una dependencia trasera.

Jasper se incorporó y se apresuró hacia la barra. Deseó tener a Lucas Mainwaring allí. Este no solo le había cubierto siempre la espalda, sino que podía comenzar una bronca más rápido que una prostituta se levantaba las faldas. Era vox pópuli que los hombres de Mainwaring solían apostar por él.

–Esa camarera es un poco juguetona. –Le comentó al zafio de pelo rojizo, que incluso sentado era un ser inmenso.

–Es mi hermana. –«Perfecto», pensó Jasper.

–Solo es una jodida pelandusca.

El bellaco se volvió y Jasper se preparó para el golpe del hombre.

–Sí, es la verdad. –El pelirrojo sonrió con una mueca dentada y continuó engullendo la ginebra.

«Cielos, ¿qué es necesario para insultar a un zoquete?».

–Quizás puedas ayudarme. En este momento en vez de una mujer... –dijo Jasper, guiñándole un ojo sugestivamente– estoy buscando algo un poco más... fuerte. –El individuo ladeó la cabeza.

–¿Me estás llamando *nenaza*?

Eso fue todo. Como siempre, insultando la virilidad de un pelele. Ese debía ser el truco de Mainwaring.

–Estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo –añadió Jasper para enfatizar.

El coloso de cabeza roja se giró hacia el hombre de su izquierda.

–Este cabeza de membrillo me ha llamado *nenaza*.

–No debe apreciar esa cara bonita si quiere que se la rompan.

–Pero ese tipo de allí me propuso que me acercara a ti –interrumpió Jasper rápidamente.

–¿Quién? –gruñó el pelirrojo.

–Creo que su nombre es Taggart.

–Maldito Taggart. Mataré a ese malnacido. Y en cuanto a ti, eres un... mariposón.

Jasper hizo una leve finta hacia la izquierda; así que, aunque el puño lo golpeó, no fue con toda la fuerza. Aun así, el Goliat no lo percibió, al estrellarse Jasper contra varios hombres derribando algunas mesas. Luego se hizo el muerto.

–¡Taggart! –atronó alguien. Y se produjo la disputa.

«Increíble», pensó Jasper. En realidad, había sido muy fácil. Evidentemente el bar ya estaba dividido en facciones y las broncas eran comunes. Se esforzó por esquivar los puñetazos, sin embargo, sufrió un par de golpes perdidos mientras se dirigía a la escalera.



Lucy se encontraba agazapada en la esquina del dormitorio.

–¡No se atreva a tocarme! –chilló cuando el doctor hizo un movimiento hacia ella.

–Ya, ya, sea una buena chica. No voy a hacerle daño. Solo recuéstese en la cama y todo terminará en un instante –afirmó, enjugándose la frente. Quedaba claro que él tampoco se sentía satisfecho con la situación.

–Tóqueme y le arrancaré los ojos –rugió, señalándoselos con un dedo fiero. Esos mismos ojos giraron alarmados.

–Bueno, bueno, yo nunca... Hablaré con su hermano. –Tropezó con la puerta, cerrándola tras de sí, y Lucy se precipitó a escuchar.

–Nunca me había manifestado que la muchacha sería reacia, sir Richard. No le puedo perdonar... –Las palabras fueron interrumpidas por las del duque.

–Harás lo que te digan, sanguijuela, o le diré a John que te retuerza el cuello. ¿Cuál es el problema?

–Ni siquiera s-se estirará sobre la c-cama –tartamudeó el médico– y, además, pretende arrancarme l-los ojos. En mi opinión, la chiquilla está enojada.

–O trata de ocultarnos algo –farfulló el duque–. Lazenby, agárrela de los brazos y sujétela bien mientras el matasanos la inspecciona.

–Maldita sea, no lo haré. Es mi hermana. No quiero ver eso.

«Sí señor, buen momento para ser aprensivo», pensó Lucy.

–Realmente no sé por qué no le mato, Lazenby. Es un inútil –aseveró Ketrige, arrastrando las palabras con desprecio–. John, ven. Sujeta a la chica y arreglemos esto de una vez.

Lucy se encogió tras la puerta y los dos entraron al cuartucho sin Richard, quien de repente se había vuelto mojigato. Ella retrocedió, pero el fornido John avanzó hacia ella.

–Venga, niñita, ven conmigo. ¿No querrás hacerte pupa?

Al darse cuenta de que el único recurso que le quedaba era gritar, lo más fuerte posible, para ver si alguna persona, en ese lugar olvidado de Dios, se preocupaba lo suficiente como para ayudarla; tomó aliento profundamente y abrió la boca.

El sonido de un cristal estallado distrajo a todo el mundo.

En ese momento, se podían oír abajo golpes sordos, blasfemias y muebles que se quebraban.

El duque se restregó una mano por la cara.

–¡Miserable condena! ¿Qué diablos pasa ahora? –masculló entre los dientes oprimidos–. A este ritmo estaré muerto antes de casarme. ¿Lazenby? –berreó en el pasillo–. ¿Qué cuernos está pasando?

No hubo respuesta.

–John, sigue con esto. –Y Kettridge salió de la alcoba para determinar de dónde provenía todo ese ruido.

Aquel bruto la agarró por los hombros. Ella trató de luchar contra esa bestia, pero los rudos brazos la rodearon, ceñidos y sofocantes, mientras la remolcaba hacia la cama. Lucy se retorció, y arañó, mordió y atizó lo que pudo, ganando satisfacción cada vez que lo oía gimotear de dolor.

–Pequeña zorra –refunfuñó, mientras ella le hundía los dientes en el brazo. Aun así, la arrojó sobre el jergón–. La única manera de mantenerte quieta va a tener que ser con un porrazo en la cabeza.

El puño del energúmeno se elevó y Lucy supo que todo había terminado.

Cerró los ojos y oyó un gran estrépito. Como el trompazo no le llegó, abrió un párpado con cautela. El rufián corpulento se encontraba desplomado sobre el borde de la cama, y la silla, que ella misma había planeado usar, estaba hecha pedazos. Había partes de esta sobre el cuerpo tendido y otros trozos esparcidos por el suelo. Un hilo de sangre manaba de una brecha particularmente fea, en la parte trasera de la cabeza de John.

–Lucy, gracias a Dios.

–Jasper, ¿cómo lo has hech...?

–No hay tiempo. La pelea va subiendo los escalones. ¿Estás herida? Vi al médico llegar.

El individuo en cuestión estaba temblando en una esquina.

–No. Él se encontraba aquí por... otro asunto.

Jasper frunció el ceño.

–Deberíamos irnos. ¿Puedes caminar?

Lucy se levantó de un salto como respuesta y corrieron hacia la puerta.

En el pasillo se hallaba el duque de Kettridge, inconsciente y sangrando por la nariz.

–¿Has hecho también esto? –preguntó Lucy, pero Jasper simplemente le mostró una sonrisa engreída.

Dos hombres estaban despojando al duque del anillo, el reloj y la bolsa de dinero, y, al pasar ella, comenzaron a arrancarle las sedas que vestía. Con gran probabilidad quedaría en cueros cuando terminaran con él.

Asiendo Lucy el brazo que Jasper le ofrecía, pasaron por encima de aquel escollo y bajaron corriendo las escaleras. La taberna era un alboroto. Él vaciló. No quería aventurarse a arrastrarla a través de la confusión. Entonces vislumbró a la camarera. Esta gesticuló hacia ellos desde la relativa seguridad de detrás de la barra, y ambos se deslizaron a lo largo de la pared para después agacharse bajo el saliente del mostrador.

–Podéis tomar la puerta de ese *lao*... pero por supuesto, eso tiene un precio –ronroneó.

Jasper sacó dos monedas más. Esa mujer era una maldita extorsionadora. Ella se las metió en el corpiño mientras le examinaba el cuerpo con lentitud.

–Es *güeno* hacer negocios contigo. Si alguna vez necesitas un poco de placer...

La invitación quedó abierta. Lucy la fulminó con la mirada antes de ser empujada, sin miramientos, por una puerta y sacada a un callejón lateral que había pasado por alto desde la habitación.

–Esa mujer, Jas... –Los labios de él la interrumpieron, firmes y feroces sobre los suyos.

–Dios, mi amor, pensé que te había perdido. –Y descendió la boca una vez más. El beso fue brusco y salvaje, y despertó el ardor en Lucy. Quizás fuese por la conmoción de todo aquello, pero de repente se sintió hambrienta de Jasper y se le arrojó al cuello, acercándolo más a ella.

La boca de Jasper la abandonó brevemente.

–Te amo, Lucy –musitó, antes de enroscarle los dedos en los enmarañados rizos de la nuca.

Tiró de ella y la estrechó en busca de otro beso. Con la otra mano le agarró el trasero, atrayéndola contra él con gran fuerza, como si quisiera absorberla.

Súbitamente, Lucy le fue arrebatada de los brazos y Jasper escuchó un desgarrón del vestido. Al levantar la vista, vio que Richard Lazenby le rodeaba la cintura con un brazo y aferraba con el otro un puñal, corto y afilado, contra la pálida garganta de Lucy. El pavor se le aferró al corazón, oprimiéndole hasta que casi no pudo respirar.

–¡Lo has arruinado todo! –bramó Lazenby–. ¿Por qué has tenido que arruinarlo todo? –Parecía enloquecido: las lágrimas le corrían por el rostro, tenía la ropa salpicada de sangre y sostenía con fuerza el arma con los nudillos blancos.

Jasper sabía que el hombre no estaba en su sano juicio y era capaz de cualquier cosa. No habría posibilidad de reflexionar con él, no obstante, si lograba sacar a Lucy ilesa, tal vez podría dominarlo.

–Lo lamentamos, Richard –dijo, intentando aplacarlo–. No queríamos arruinar nada. No querrás herir a tu hermana, ¿verdad? Ella te ama.

–Si me amase me habría ayudado. Ella lo ha tenido todo y yo me quedé con... –El brazo se ciñó fuertemente alrededor de Lucy y el cuchillo le amenazó el cuello–. Quizás el duque todavía la quiera –murmuró Lazenby para sí mismo–. Él puede quedársela sin necesidad de casarse con ella, siempre y cuando me pague algo.

Disimuladamente, Jasper alcanzó la parte de atrás del abrigo y desabrochó la daga que pendía de allí. Mantuvo la calma y llevó la mano hacia abajo, pero los ojos no abandonaron el puñal, detenido en la garganta de Lucy. Lazenby no se dio cuenta; pero sí ella, que abrió los labios. Esperaba que esta no hiciese nada arriesgado que distrajesse al enajenado.

–Richard –susurró ella dulcemente–. Yo... puedo reconocer que te he hecho daño. Ahora voy a ser una buena hermana y te ayudaré. Richard. Hermano. Mírame.

Sin pensarlo, Lazenby bajó la vista como reacción a la sincera súplica. El cuchillo se movió una fracción y el hombro le quedó visible. Jasper aprovechó la oportunidad y le arrojó la daga, rezando para que Lucy no se moviera ni una pulgada. La puntería fue certera, y el hombre retrocedió cuando la hoja le atravesó la parte superior de la clavícula, liberando a su prisionera.

–¡No! –aulló, soltando el cuchillo para asir la prominente empuñadura de la daga mientras se tambaleaba en dirección a la calle principal, que aún estaba sumida en el caos. La riña se había desparramado fuera de la tasca.

Jasper corrió hacia Lucy y la abrazó mientras ambos miraban al hermano.

–¡Richard, ten cuidado! –vociferó Jasper, levantando el brazo para atraparlo a pesar de que no existía ninguna posibilidad de alcanzarlo. Lucy chilló y el hermano se estrelló contra un caballo aterrorizado, frente a la taberna.

Asustado por la conmoción de la calle, el animal se irguió agitando las pezuñas y girando los ojos con espanto. La multitud se dispersó en todas las direcciones, pero Richard fue demasiado lento y se vio impulsado hacia atrás por una coz.

Lucy intentó correr hacia él, aunque Jasper la sujetó estrechándola con fuerza hasta que el caballo quedó bajo control. Finalmente la dejó ir y ambos corrieron hacia el cuerpo tendido del hermano.

La sangre se derramaba copiosamente sobre el camino, manando del cráneo de Lazenby. Jasper entonces lo supo. Había visto suficientes muertes como para saber que no había nada que hacer.

Lucy se apresuró y se colocó la cabeza de Richard sobre el regazo, acariciándole la cara.

–¡Jasper, Jasper! ¡Necesitamos un médico! –Las lágrimas le brotaban de los ojos.

Él, sosteniéndole las mejillas entre las manos, le besó la frente.

–Lucy, no hay nada que podamos hacer por él. Lo siento.

–¡Debe haber alguna manera, Jasper, por favor! –gritó.

Pero no la había. Todo lo que él podía hacer era abrazarla, mientras lloraba su congoja por Richard entre la suciedad de la calle.

CAPÍTULO ONCE

*«Si encuentras la felicidad, no la dejes escapar. Lucha por ella.
Yo tengo a mis animales. Tú puedes encontrar a un hombre que te dé la dicha.
Blinky tiene una pelota de rayas rosas y naranjas. Un lacayo intentó quitársela una vez.
Nunca lo volvimos a ver... Al lacayo, quiero decir».*

Tía Augusta

Jasper apoyó la cabeza de Lucy en su pecho mientras el carruaje los mecía hacia el destino. Se había quedado sentada, con los ojos secos y en silencio, cuando el cadáver de Richard fue retirado de la calle. Él reconoció que la conmoción la había sobrepasado.

El coche se detuvo en la morada de Stonebridge, donde Lucy había solicitado con anterioridad que la recibiesen. Era el lugar de residencia de su amiga Rosalind y, aunque él no podía soportar la idea de separarse de la joven, trató de comprender que esta necesitaría la compasión y la compañía de una amiga mientras asumía la muerte del hermano.

Rosalind era prima del actual conde, y Jasper solo podía desear que en Stonebridge no les pesase la repentina carga.

Al abrir la puerta el lacayo, una esbelta figura vestida de verde brillante voló bajando los escalones.

–Lucy, mi pobre Lucy –exclamó la damisela–. Sabía que algo terrible podía sucederte, pero nunca pensé...

Jasper la liberó de un apretado abrazo y ella salió del coche, hacia los brazos de Rosalind. El cuerpo de él se quedó frío por la pérdida, y se sintió abandonado. Una sensación totalmente egoísta, reconoció, ya que Lucy precisaba a una compañera y un lugar donde reponerse, lejos de él.

Observó impotente mientras la conducían, sollozando, por las escaleras hacia la puerta principal. Ella miró por encima del hombro cuando alcanzaron el último peldaño.

–¿Jasper?

–Ve con Rosalind –le dijo con voz suave–. Te visitaré pronto.

Lucy asintió, cruzó el portal, y la gran casa las engulló a las dos. Jasper sabía que estaba sobrecogida. Sabía que necesitaría tiempo para afligirse por la muerte del hermano, sin contar, además, con la recuperación de los acontecimientos de la semana anterior. Sin embargo, hubiese deseado desesperadamente ser *él* quien le enjugara esas lágrimas y sosegara las pesadillas.

Desviando la mirada se giró, y estaba a punto de entrar de nuevo en el carruaje cuando

escuchó el fuerte sonido de la voz de un varón. Miró hacia atrás para ver al conde de Stonebridge deslumbrando desde el primer escalón. Se conocían vagamente el uno al otro, habiendo intercambiado cortesías en el pasado, pero eso era todo.

—¿Le importaría explicarme por qué estoy alojando a esta joven dama en mi casa, Danbury?

Jasper no sentía, realmente, que fuese ese el momento idóneo para charlar: se encontraba agotado, inmundo y con todos los huesos molidos por el viaje a Londres. Además, le dolía tanto el corazón... Pero supuso que le debía una aclaración al conde. Encogiéndose de hombros, subió los escalones ignorando al severo mayordomo que le tomó la capa olfateándola con desdén.

Afortunadamente, una vez dentro del estudio, Stonebridge se dirigió directamente a las licoreras que invitaban a beber desde en un extremo del pesado escritorio de roble.

—¿Brandy? ¿Burdeos? ¿Whisky? ¿Oporto?

Jasper inmediatamente se sintió mucho mejor, podía hablar con un ser humano que tenía algo más que brandy en el despacho de bebidas. En el silencio que continuó estudió encubiertamente al conde. El hombre, supuestamente, era dueño de algunos de los mejores purasangres del país. A juzgar por la tez bronceada pasaba una buena cantidad de tiempo con ellos. Ya en la treintena, tenía un cuerpo esbelto de estructura recia y, aunque era severo, irradiaba serenidad.

—Entonces, Danbury...

El conde también era conocido por ser de pocas palabras, lo que, de hecho, parecía evidente. Jasper no estaba seguro de cuánto contar de sí mismo sin pasar a la historia como un completo sinvergüenza. Además, no iba a revelar sus sentimientos por Lucy a un individuo que apenas conocía. Por lo que decidió no mentir exactamente, en todo caso, omitiría uno o dos detalles relevantes.

Bebiendo un gran trago del costoso whisky, Jasper abrevió. Le contó que había estado cortejando a Lucy y que luego desenmascaró al hermano, que planeaba casarla con el duque de Ketridge.

Stonebridge maldijo el nombre, y Jasper descubrió que el conde le gustaba cada vez más. Describió cómo los dos sujetos se habían llevado a Lucy por la fuerza y cómo él logró evitar el matrimonio. Al menos en ese punto pudo exponer toda la verdad, incluida la muerte de Lazenby.

—Mmm —murmuró Stonebridge después de un silencio interminable—. Pobre chica. Verdaderamente es bienvenida a quedarse aquí tanto tiempo como necesite. Hay bastante espacio y a Rosalind también le irá bien.

—¿Cómo sabía Rosalind que Lucy...?

—Ella tiene una enorme intuición.

Jasper abrió la boca para indagar más. Pero Stonebridge le dio la espalda para servir otro vaso, estaba claro que el asunto quedaba zanjado. El silencio se estableció otra vez y el cansancio entonces se le coló hasta el tuétano, mientras el whisky hacía su labor.

—¿Supongo que pretende prometerse con la chica? —Stonebridge enarcó una ceja.

Esa pregunta era demasiado íntima, pensó Jasper, considerando que apenas conocía al hombre. Por supuesto que quería a Lucy, aunque aún no estaba del todo seguro de que el sentimiento fuera recíproco.

Jasper agotó la bebida.

—Disculpe mi reticencia, lord Stonebridge, pero solo discutiré ese tema con miss Lazenby.

El conde asintió.

—¿La visitará en breve entonces? Le aconsejo que le dé un poco de tiempo para descansar y recuperarse. —Los labios se curvaron mientras los ojos barrían a Jasper—. Usted también parece necesitar unos días de reposo. Y otros tantos en remojo.

Bajando la mirada, pudo ver que Stonebridge tenía razón. Se encontraba cubierto de sudor, sangre y algún que otro fluido no identificado proveniente de las cunetas de Rookery. No era de extrañar que, obviamente, el mayordomo lo hubiese desaprobado: Jasper apestaba.

Era hora de retirarse a la casa de la ciudad, asearse y esperar a Lucy.



MÁS DE DOS SEMANAS DESPUÉS...

Jasper estaba deprimido.

En realidad, se dio cuenta, se estaba volviendo muy bueno en ello, casi tan bueno como Lucas Mainwaring. Rápidamente, había perfeccionado el permanente ceño fruncido, el pelo alborotado y los ojos cansados. A lo mejor, también comenzaría a escribir como esos malditos poetas. Aunque, como la de Mainwaring, su melancolía no era fingida. Era real.

El despacho de la casa no era tan cómodo como el de la mansión. Se recostó en una dura silla de cuero marrón tratando de encontrar una posición más agradable. El padre siempre había tenido un gusto bastante gótico para los muebles –en realidad, tenía un pésimo gusto– y Jasper no había encontrado el tiempo para renovar la casa todavía. Se estremeció.

La decoración, sin embargo, se ajustaba a su estado de ánimo. Observó la gárgola de madera tallada, bastante fea, que sobresalía de la biblioteca. Sentado hacia adelante señaló la talla con un dedo acusador.

–Dos semanas. Han pasado dos malditas semanas desde que vi a Lucy por última vez.

Jasper se desplomó en la silla mientras la gárgola se negaba a simpatizar con la revelación. Simplemente, continuaba pareciendo horrenda.

Pensando que Lucy necesitaba algún tiempo para recuperarse –sin que las declaraciones de amor la desconcertasen–, Jasper no la había visitado de inmediato. Le envió flores, eso sí, pero ese acto le parecía demasiado soso y trillado. Ya no se encontraban en la primera etapa del cortejo.

Stonebridge, a quien consideraba un ser excelente, había despachado un mensaje a los parientes de Lucy de Escocia, quienes, con el clima favorable, pudieron llegar a tiempo para resolver todos los asuntos inmobiliarios pendientes.

Jasper se había mantenido alejado del funeral de Richard. Le pareció grosero asistir, teniendo en cuenta el papel que él mismo había desempeñado en la prematura muerte de Lazenby. Fue entonces cuando todo comenzó a ir mal. Primero Stonebridge fue arrastrado fuera de Londres por algún problema relacionado con los caballos. Después, esa misma semana, al visitar Jasper a Lucy por primera vez, le dijeron que estaba indispuesta. Acudió al día siguiente y le comunicaron que tenía fiebre. Esa repugnante farsa duró toda la semana.

Envío más flores. De hecho, tantas, que podría haber comprado la condenada floristería. Lucy le mandó una nota, pero era escueta y carente de detalles. Solo le rogaba que esperara hasta que ella estuviera mejor.

La preocupación lo devoraba cada vez que lo rechazaban, y las dudas comenzaron a aflorar. Era cierto que Lucy le había correspondido en ocasiones con pasión. Tal vez era lo único que sentía por él y, una vez estuvieron separados, incluso eso se había extinguido. ¿Podría ser que ella ahora lo culpaba de la muerte de Richard y de todo el endiablado desastre de la taberna?

Quizás, solo quizás, ella no estuviese enferma en absoluto, sino que simplemente no deseaba verlo. No quería recordar a un individuo que la secuestró, abusó de su confianza y, finalmente,

contribuyó a la muerte de su hermano.

La última vez, él había llamado a la puerta de Stonebridge para escuchar que se había ido *de compras*.

Eso le dolió. Profundamente. Durante el día se estiraba del cabello, frustrado por no verla. Por la noche le angustiaban los sueños en los que el cuerpo de Lucy, apenas cubierto, se unía al suyo. Él se volvía medio loco, y ella estaba comprando.

En consecuencia, dejó de ir y de enviar flores, aunque solo la tienda actuó con decepción. No sabía ni una palabra de Lucy.

Así que allí estaba: sensiblero, borracho y solo.

Alzando el vaso, saludó a la gárgola y luego se volteó hacia el retrato del hermano que colgaba en la esquina de la dependencia. Había dispuesto de tiempo de sobra para pensar mientras se hallaba, jornada tras jornada, en el estudio. Lazenby pudo conducir a Simon al abrevadero, pero este último no tenía por qué echar un trago en él. Su hermano siempre tuvo una curiosidad obsesiva por todo, por lo bueno y por lo malo, y esa complacencia al final lo llevó a la muerte.

Jasper se había dado cuenta, tan pronto como puso el primer pie en el campo de batalla, de lo real que era la muerte y de lo duro que era pugnar por la vida. No solo en la guerra, sino todos los días. Contra los demonios invisibles que podían destruir a un hombre. A Simon se le había otorgado todo: juventud, buena apariencia y dinero. Puede que creyera en algún momento que bebía de la copa de la inmortalidad.

Un bostezo lo sorprendió. Se encontraba fatigado esa noche. Sin Lucy, se sentía cansado todo el tiempo. Incorporándose de la silla, se desperezó y le dio las buenas noches a la gárgola, antes de dirigirse al dormitorio y tropezar contra la cama.

Lord Danbury había solicitado, dos semanas antes, que Robinson y algunos otros sirvientes se unieran con él en Londres, y, durante ese tiempo, el mayordomo había visto cómo Su Ilustrísima declinaba con lentitud. Robinson miró al señor con ojos preocupados desde el pasillo.

Ahora hablaba con las esculturas. Lo que faltaba. Robinson sacudió la cabeza y suspiró mientras apagaba la vela del salón.



Jasper recuperó la conciencia con un sollozo y trató de abrir los ojos. Los pesados párpados no se levantaron, sometidos por la palpitante cabeza. No percibió luz en la alcoba y trató de alzar las manos para frotar el dolor. Pero estas no se movieron.

Una punzada le apuñaló las muñecas. Entonces se dio cuenta de que las tenía atadas a la espalda, no con demasiada fuerza, sino de tal manera que no podía girarlas. Esa rígida posición había conseguido que se le entumecieran los dedos.

¡Maldición!

Qué era eso... Jazmín, olía a jazmín. Temía mirar, pero elevó los perezosos párpados lentamente.

Lucy se encontraba inclinada sobre él.

–Eres solo un sueño –dijo, y cerró los ojos una vez más.

Estaba oscuro, daba la impresión de ser media noche. Parecía que sus sueños se tornaban cada vez más eróticos, ya que, hasta el momento, nunca había aparecido en ninguno de ellos atado al cabecero de la cama... Claro estaba que con Lucy todo era otro cantar.

Un par de manos cálidas le ciñeron ambos lados del rostro.

–Soy real –bisbiseó una voz–. Pruébame.

Jasper esperó, durante lo que le pareció una eternidad, con impaciencia, antes de que los suaves labios de Lucy finalmente encontrasen los suyos. Comenzaron, pausadamente, con ligeros besos fluyendo sobre las mejillas, los párpados cerrados y la boca. Él se giraba para capturarlos por completo y al fin abrió los ojos.

–¡Estabas despierta! –Fue la primera declaración de Jasper, cuando ella se separó un poco–. Aquella noche, en tu habitación, esas fueron exactamente mis palabras.

Ella trató de no parecer culpable, aunque le surgió una sonrisa.

–Lucy, ¿por qué fingiste que era un sueño? –La miró con fiereza–. Pensé que...

Un dedo le rozó los labios. Él forcejeó con las cuerdas para incorporarse, pero ella lo empujó firmemente hacia abajo.

–Yo estaba despierta esa noche, aunque todo era tan bello, tan perfecto, que me convencí a mí misma de que no podía ser real.

–Desátame y te mostraré más belleza, más perfección –bramó.

–Aún no, Jasper –por fin lo tenía exactamente donde quería–, primero tenemos que hablar. –Vaciló, mordiéndose el labio–. ¿Por qué no has contactado conmigo todos estos días? ¿Y por qué no fuiste al entierro o viniste a verme?

–¡Oh, Lucy, perdóname! Pensé en darte tiempo para llorar el luto. Pensé que alguna temporada a solas con Rosalind, una amiga íntima, te resultaría beneficiosa. Habían sucedido demasiadas cosas. Y luego asumí que no querrías verme en el funeral. Después de todo, fue por mi culpa...

Esta vez, Lucy colocó la palma, completamente abierta, sobre la boca de Jasper y sintió cómo los labios de él seguían murmurando debajo de esta. Aquello le produjo cosquillas de una manera placentera y le envió escalofríos hacia la espina dorsal. De repente, ella sintió la intensidad del momento.

Sola con Jasper, en su alcoba, con las manos confinadas, los labios bajo la mano, los senos presionándole el torso y los ojos de él brillantes en la penumbra de la luz de la luna.

Lucy jadeó ante el ligero y agradable movimiento de la lengua bajo la palma, y apartó la mano para no sucumbir. Primero debían hablar y *eso...* luego.

–Jasper, nunca te he culpado y nunca te culparé de la muerte de Richard. Él me amenazó con un cuchillo, mi propio hermano. E, incluso entonces, solo le lanzaste una daga para herirlo, aunque por algún motivo él estaba totalmente enloquecido en aquel momento. Su muerte fue horrible y triste, pero nadie tiene la culpa. –Hizo una pausa, la mano trazó un garabato en la arrugada camisa de lino–. ¿Recuerdas cómo nos enviaron, a Richard con el tío Cosmo y a mí con la tía Augusta, cuando nuestros padres murieron? –Jasper asintió–. Bien, mi tía me contó que trataron de conseguir anular la custodia de Richard al tío. Supuestamente, cuando los visitaron por primera vez vieron signos de negligencia. El pobre niño se encontraba medio muerto de hambre y muy delgado, y luego... le vieron cardenales. Cosmo se rio diciendo que era normal que un chico se metiera en líos. Finalmente, tuvieron una gran pelea y mis tíos fueron expulsados de la casa. –Mientras parpadeaba, la mano de Lucy se detuvo en la piel desnuda del cuello de Jasper–. No estoy diciendo que eso sea una excusa, ya que muchas personas encuentran dificultades, sin embargo... siento que Richard no tuvo la mejor suerte en la vida, especialmente a esa edad tan temprana. Al final, ya no era él mismo. Mi tío me habló sobre el opio y el efecto que puede tener, y creo que Richard, voluntariamente, buscó el olvido. Aunque eso lo dañó de idéntico modo.

Al no poder mirarla a los ojos, Jasper volteó la cabeza. Había juzgado a Lazenby como un

imprudente contrariado, pero entonces comprendió que las acciones del hermano podrían haber sido impulsadas por algo más que la mera codicia.

–Richard necesitaba ayuda para superar los problemas y no a un vizconde zote empeñado en la venganza –suspiró tristemente. Lucy negó con la cabeza.

–Eso ya es pasado. Al final, solo podemos aprender de la vida y continuar adelante. De otro modo nos autodestruimos... al igual que Richard.

Una lágrima rodó por el rostro de Lucy y Jasper trató de incorporarse para enjuagarla con un beso. Las sogas se tensaron con el movimiento y escuchó como crujía el cabecero.

–¿Cuándo te volviste tan sabia? –susurró.

–Bueno, cuando me dejaste sola durante más de dos semanas. Tú, hombre malvado –dijo ella, golpeándole con astucia el pecho con una mano, para que él cayera hacia atrás.

–Lucy, lo siento, pero fui a verte muchas veces. En la última ocasión me informaron de que estabas de compras. –Él la contempló fijamente con ojos acusadores–. Y, antes de eso, me contaron más de una patraña. Me dijeron te hallabas *indispuesta*. Tuviste fiebre alojándote en mi propiedad y apenas te mantuvo un día en cama.

–Realmente tuve un resfriado horrible. Fue espantoso. Sentí que... que me encontraba... – Jasper esperó con el aliento suspendido–. ¡Horrenda! –espetó ella.

Él parecía desconcertado.

–¿Horrenda? No te entiendo.

–Con la nariz roja como un tomate y los ojos llorosos. Parecía un gorrino. No paraba de estornudar, tenía los oídos taponados, el pelo lacio... –Hizo una pausa para respirar, permitiendo a Jasper reír a carcajadas.

–¿Me dejaste esperando más de dos semanas para verte, haciéndome dudar de mí mismo y desconfiando del interés que te producía, porque pensaste que te veías horrenda?

–Bueno, sí –respondió Lucy.

Se sintió algo mezquina entonces. Sin embargo, en aquel momento se encontraba tan poco atractiva, se vio tan espantosa, que todas las emociones se le enredaron en una maraña de confusión. Ella había escrito una nota bajo la atenta mirada de la tía, por lo que no pudo expresar ningún sentimiento más allá del mero hecho de escribir. Aunque Lucy tenía muy claro que ellos se encontrarían pronto.

–Últimamente –explicó–, parece que siempre estoy magullada, despeinada, asustada o con fiebre. Quería estar bonita para ti. Así que el primer día en el que me sentí mejor, fui de compras con Rosalind para hacerme con ropa nueva. Luego esperé tu visita... pero nunca llegó.

–Pensé que no querías verme, tonta.

–¿Tonta? –Ella hizo un puchero.

–Sí, tonta. Te he deseado desde la primera vez que te vi. Fea, magullada o febril, no me importa. En un principio, mi mente puede que encontrase excusas para justificar el porqué te amaba así. Aunque si considero los sueños que siempre he tenido contigo... Bueno, el resto de mí sabía la verdad. –Alzó la cabeza para prenderle los labios de nuevo con un beso fogoso.

–¿Y las palabras que me dijiste fuera de la tasca? Antes de que Richard apareciera –preguntó ella tímidamente.

–Mmm, ¿qué dije? –le susurró contra la mejilla, sabiendo lo que quería escuchar.

Él había sufrido durante dos semanas porque a ella le chorreaba la nariz, así que no estaba dispuesto a rendirse fácilmente. Cayó sobre la almohada. Tan solo pudo sostener la cabeza levantada durante algún tiempo con las condenadas muñecas atadas.

–Dijiste... dijiste que me amabas, Jasper. No habría tenido el coraje de venir aquí esta noche

si no fuese por esas palabras. Las escucho en mis sueños, todas las noches, y entonces, de repente, te vas.

–Te amo, Lucy –manifestó Jasper ferozmente–, te amo con cada fibra de mi ser. Amo tu amabilidad, tu inteligencia y tu humor. Podría continuar, pero lo más importante es que me haces muy feliz. –Sin el uso de las manos, debía esperar que la intensa mirada y las palabras, por sí solas, la persuadiesen lo suficiente–. Me encontraba tan avergonzado de mi maquinación y de cómo te utilicé, que estaba dispuesto a dejarte ir a Escocia si eso era lo que querías.

–¿No hubieras luchado por mí? –bromeó ella.

–Mi plan era llevarte al norte yo mismo. Pensé que algunos días en un carruaje conmigo serían capaces de convencerte de mi devoción servil. –La miró con fervor–. Ahora, debes ser justa conmigo, dime que prometes amarme el resto de tu vida. –La expresión se le tornó seria–. ¿Te hago feliz, Lucy?

–Creo que me enamoré un poquito de ti cuando eras mi pretendiente y, aunque no recomendaría secuestrar a tu futura compañera, no pude evitar enamorarme profundamente. Incluso al saberlo todo. Sí, me haces feliz.

–Te engañé, Lucy. –Jasper frunció el ceño, todavía no estaba dispuesto a dejar atrás el pasado.

–¿Te arrepientes?

–¡Dios, sí!

–Entonces demos un paso adelante. Y seamos siempre sinceros el uno con el otro. –Lucy se inclinó y lo besó. Un beso que él le devolvió con todo el corazón.

De repente, a Jasper se le pasó algo por la cabeza.

–¿Cómo llegaste hasta aquí? ¿Y cómo pudiste entrar? Oí cómo Robinson cerraba las puertas. – Los labios de ella se curvaron en una sagaz sonrisa.

–Pues quizás, Rosalind y yo, *pedimos prestado* el coche a Stonebridge para el viaje. Sin embargo, yo no tenía muy claro cómo iba a entrar aquí. Entonces vi a Bill merodeando afuera. Y, como puedes ver, fue muy servicial. Por cierto, además de a secuestrar, ¿a qué se dedica ese hombre?

–Bueno, se supone que debe de vigilar la casa para evitar que mujeres chaladas entren en mi cuarto por la noche y me aten. –Ella soltó una risa.

–Debo de ser muy persuasiva entonces.

–Desátame, Lucy –protestó, después de haber decidido que habían hablado lo suficiente–. Quiero tocarte. Quiero despojarte de cada prenda y sentir por fin tu piel desnuda contra la mía. Cásate conmigo, Lucy. Cásate conmigo mañana, pero no me abandones esta noche.

Lucy levantó la cabeza y sonrió ampliamente.

–Me casaré contigo, Jasper, aunque primero, mientras te tengo así... hablemos honestamente...

Ella arrastró la mano sobre el pecho de Jasper y la respiración de él se contrajo. Los brazos se le tensaron nuevamente contra las cuerdas. Observó cómo los delicados dedos de Lucy se deslizaban por su estómago, se desviaban hacia la cadera y finalmente se le ajustaban alrededor del miembro, mientras a él se le escapaba un gemido estrangulado.

–¿Cómo debo llamarlo, Jasper? No creo que *chisme* sea lo correcto. –La mano de Lucy lo apretó suavemente.

Hubo un agudo chasquido y Lucy se encontró tendida de espaldas. Jasper apareció sobre ella moviendo ligeramente las caderas. Ella echó un vistazo por encima de la cabeza de su amado. Había destrozado los postes del cabecero.

–Tu pregunta es ahora algo inoportuna, mi amor.

Lucy abrió la boca para consultar algo más y una sonrisa maliciosa se le formó en los labios,

pero Jasper la sofocó con un beso apasionado. Ya había tenido suficientes preguntas.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Gracias por leer *Cautivada por el vizconde*. Espero verdaderamente que lo haya disfrutado.

Las imágenes que inspiraron esta historia se pueden encontrar en mi Pinterest, ¡incluido Blinky!
uk.pinterest.com/EmilyWindsorBks

O, como alternativa, están publicadas en mi página de Facebook. Para contactar o recibir noticias de versiones futuras, sígame en:
facebook.com/AuthorEmilyWindsor

BIOGRAFÍA

Emily creció en el norte de Inglaterra siguiendo una dieta de romance histórico y mitología clásica.

Desafortunadamente, entonces no era posible estudiar *Jerga Georgiana* ni *La Época de la Regencia en Londres*, por lo que optó por la siguiente mejor opción y se graduó en Clásicos e Historia. El destino la condujo a un periodo de ocho años dedicada a la ingeniería.

Tras abandonar la vida urbana ahora vive en una destartalada casa de campo, donde pasa los días escribiendo, arreglando las goteras del techo, luchando sin fin contra la vegetación y descubriendo imágenes de corbatas bien anudadas.

Feliz lectura.
Con cariño.
Emily

